

LA BATALLA DE ZALACA

(EPISODIO HISTÓRICO-EXTREMEÑO)

PRIMERA PARTE

Los Reyes de Castilla.

I



El ínclito Alfonso VI, el conquistador de Madrid y de Toledo, el ídolo de los cristianos españoles y terror de la morisma, al frente de un brillante séquito de caballeros y capitaneando un ejército aguerrido, llega sobre un piafante cuatralbo á las puertas del alcázar toledano. Desde sus arabescas ventanas, cien damas le saludan agitando blancos cendales y un tropel de pajecillos apostados á la puerta del alcázar avanza para darle la bienvenida. El pueblo grita y lo vitorea. Solo el silencio de las campanas, en medio del general alborozo, denuncia que, á pesar del nutrido ejército que acaudilla, no vuelve victorioso á su real morada.

En efecto: era la primera vez que tornaba sin haber añadido á su floreciente corona ni una hoja de laurel. Sin embargo, apresurémonos á afirmar, que tampoco volvía vencido.

Así que descabalga, sube las escaleras de su primoroso palacio, á cuyo fin encuentra á una bellísima joven, de veintidos años, que le presenta, estremecida de placer, la límpida y nacarada frente.

Aquella beldad era su régia consorte, á la que besó con acendrado cariño.

—¡Cuánto me alegra tu inesperada venida, Alfonso mío!—le dijo,

TOMO XI.—CUADS. II Y III.—*Febrero-Marzo de 1909.*

marchando hacia el salón de recepciones, como hoy se diría, conducida de la mano por el rey.

—En cambio yo no he regresado jamás á tu lado tan desairado y pesaroso,—le contestó D. Alfonso.—Una jornada tan sin fruto como la presente, es poco satisfactoria para el que está obligado á arrancar diariamente de poder de tus hermanos, una ciudad, un castillo... un palmo de tierra, por lo menos.

—Bastantes les has ganado ya; muchos puedes arrancarles aun. ¡Si al menos me permitieras seguirte á todas partes!...

—Sería para tí harta molestia.

—A muchas bienandanzas he renunciado por ser tuya. Con tal de estar siempre á tu lado, no habría penalidad que no sobrelleva con placer.

El rey apretó dulcemente la mano de su enamorada compañera, en señal de agradecimiento por tanta solicitud, en ocasión en que entraban en el salón de corte del alcázar.

Tras la real pareja más de cien caballeros penetraron en él, gran número de los cuales ostentaban sobre sus armaduras y sobrevestas, la veneranda insignia de los cruzados. El rey fué presentándolos sucesivamente á su esposa y designándolos por sus nombres, muchos de ellos extranjeros. Inmediatamente ordenó á su mayordomo que aposentase dignamente á los paladines de allende las fronteras, á quienes los ricos homes castellanos no hubiesen ofrecido hospitalidad, y saludando á aquella ilustre pléyade de soldados de la cruz y despidiéndose de su adorable consorte, pasó á su cámara, adonde mandó entrar á su armigero.

Este era un caballero que podría contar veintiseis años próximamente, de arrogante presencia, y que algún día debió ser tipo acabado de belleza varonil. Y digo que algún día, porque sus facciones, á pesar de su perfecta corrección, se hallaban afeadas por una protuberante cicatriz, que naciendo en la mejilla derecha, iba á terminar en el maxilar inferior izquierdo, cruzándole el rostro, en el que se pintaba dolorosa melancolía.

—¿Me llamaba vuestra señoría?—preguntó.

—Sí; ayúdame á despojarme de estos arreos. ¡Nunca me los he quitado tan limpios, voto á Barrabás!... Y, sobre todo, cuando uno contaba ya por suya tan importante plaza.

El armigero, que había empezado á dese villar el gorjal de D. Alfonso, suspiró en silencio.

—Pero juro por mi real corona,—continuó el monarca,—que así

que conjure el peligro que nos amenaza, he de volver sobre ella, y no he de comer pan en manteles hasta que Abu-Djafar me haya entregado las llaves de sus puertas y de sus tesoros.

—Con tres días más...—se atrevió á observar el armigero.

—No hubiesen bastado, Rodrigo. Tu natural deseo te engaña. Aún hubiéramos necesitado dos semanas para rendirla.

Rodrigo, que desligaba los braquiales, hizo un gesto de duda.

—Es cuestión—añadió el rey,—de que te prives por algún tiempo más de la dulce compañía de tu adorada Teresa. Pero te prometo, que como la tierra no se la haya tragado, hemos de dar con ella.

El armiguero, suspendiendo su tarea y mirando á D. Alfonso, con los ojos preñados de lágrimas, le interrogó con acento que revelaba profunda compunción:

—Pero ¿cómo?...

—Tan pura y tan amante como siempre— le respondió el rey, que adivinó el sentido de aquella interrogación.

—¡Si hubiese sido menos bella!...—repuso el doncel con intensa pesadumbre, volviendo á su tarea.

—No augures de esa suerte, mi buen Rodrigo: la esperanza es lo último que debe abandonarnos.

—Y sobre todo la fe,—concluyó una voz tras ellos;—pues como dijo San Pablo, *qui ex fide sunt, benedicentur cum fideli Abraham*.

El que así se expresaba era D. Bernardo, recientemente elevado á la silla primada de la península, quien por su autoridad y el cariño que debía á D. Alfonso, tenía entrada libre en la cámara real.

II

El sol reclinaba su enrojecida frente sobre las montañas occidentales, y la tibia sombra del crepúsculo devolvía á las campestres margaritas de los valles la frescura que el ya ardoroso sol de Junio les había robado.

Tres días hacía que D. Alfonso, de bruces sobre uno de los ajimeces que miraban al Mediodía, con la vista fija en el camino que conducía al Sur de la península, parecía querer penetrar los arcanos que ocultaba á sus ojos la lejana bruma que borraba los límites del cielo y tierra.

—Hoy como ayer... tal vez mañana como hoy, y nuevas no me llegan—murmuraba.— ¡Ah! ya debía ser mía Zaragoza, y con el pres-

VICENTE PARRES
GUILLERMO
ARQUITECTO

tigio de tal empresa, podía contrarrestar el de ese lejano enemigo, cuyo nombre es el terror de los niños y las viejas, y á cuya presencia cuentan los supersticiosos que gimen las concavidades de las rocas, y se desmoronan las almenas de los castillos... ¿Tardaré mucho en saber cuál es á la postre la suerte que el cielo me depara?...

Como respondiendo á este deseo, un remolino de polvo se levantó allá, en donde el camino se perdía á las regias miradas. D. Alfonso al percibirlo, se incorporó y contuvo el aliento.

—¿Será Gorrik?—se preguntó.

La polvareda avanzaba, avanzaba, con vertiginosa rapidez. Al fin, entre el torbellino de polvo descubrió un jinete, en quien el rey reconoció á la persona cuya tardanza causaba su impaciencia.

Apenas desmontó, subió á saltos las escaleras y se presentó á don Alfonso. Su traje era el de un árabe sevillano, y desde que saludó al monarca, pudo advertirse que, en efecto, era musulman.

—¡Gracias á Dios que llegaste!—exclamó D. Alfonso al verlo.—
¿De donde vienes al cabo?

—De Wald-el-Nasa, donde los ejércitos de Yusuf han acampado.

—¿Son numerosos?

—Solo el Creador es capaz de contarlos.

—¿Y qué has visto? ¿qué has indagado que pueda servirnos de norte en el trance que nos espera?

—Que no hay rey árabe en España que no se haya puesto á las ordenes del africano. Ebn-Habus-ben-Badijs, de Granada; Ebn-Hamadah, de Almería; Ebn-Mos-lemah, de Soghr-el Aala, Ebn-Dzy-el-Nun, de Valencia; Ebn-el-Afthas, de Badajoz, y otros muchos walíes y grandes jeques, han engrosado sus filas.

—!No me importa! yo á mi vez cuento con la ayuda de aragoneses y navarros, borgoños y lorenenses. Las preces de la Iglesia alentarán nuestros corazones, y la cruz nos cobijará bajo sus brazos.

Hubo un momento de pausa.

—¿Y qué han prometido á ese caudillo en pago de su ayuda? ¿Has averiguado algo?...

—A punto fijo no se sabe, y sobre este particular discordan los príncipes. Solo de Aben-Abed, que parece el jefe de los demás emires españoles, se sabe positivamente que ha cedido al príncipe de Lanmtuna la isla Verde.

—¡Ah, perro!...—exclamó D. Alfonso, dando una fuerte pisada—
y á mí me niega los pueblos que constituían la dote de su hija, con lo que hubiera evitado los males que ha de ocasionar esta algarada!

—Dícese que es el más empeñado en que se lleve á cabo y al que el héroe del desierto mayormente distingue.

—¿Y qué aspecto presentan las tropas de allende el mar?

—No deja de ser imponente, señor. Su cutis es atezado; no muy altos, pero de mucho nervio y ágiles como ardillas; vienen vestidos de pieles de fieras, blanden lanzas larguísimas de hierro y manejan admirablemente enormes *al-kandjares*.

—¿Y has podido vislumbrar cuál será su itinerario?

—Ciertamente. Desde Sevilla deben partir para Badajoz, porque Al-Mostansir, el hermano del rey de los Algarves, ha partido ya hacia su comarca á preparar víveres para tan inmensa muchedumbre.

—Sin duda se proponen recobrar las plazas que más recientemente les he arrebatado.—¡Allá nos encontraremos!

III

Al siguiente día y en el mismo lugar, D. Alfonso departía amistosamente con el arzobispo D. Bernardo, que se hallaba sentado junto á la ventana, en un enorme sillón de cuero, y con Alvar Fañez, primo del Cid, y á la sazón el caballero de más autoridad en los dominios castellanos.

—Conque no pueden contarse ¿eh?—preguntaba D. Bernardo.

—Así lo afirma Gorrik,—contestó el rey, que al par del infanzón su privado, paseaba á lo largo de la estancia.

—Quizás el miedo de que puedan colgarle por los pies sus compatriotas, si triunfasen, habrá centuplicado los enemigos á sus ojos.

—No creais, padre, que es un hombre que tema á la muerte.

—De cualquier modo, no es el número el que consigue el triunfo. Solo estaba Sansón y destruyó un ejército de filisteos, con la gracia del Señor.

—Ella nos asista.

—Dudarlo es un pecado. Sabiendo, como sabéis, que nuestro Santísimo Padre ha excitado el celo de la cristiandad para esta empresa y que ha concedido indulgencia plenaria á cuantos en ella tomen parte activa, debéis contar casi con el triunfo.

—Pues no obstante... ¿queréis que os lo confiese?—preguntó don Alfonso al primado, haciendo alto ante él.—Jamás he tenido, como tengo al presente, desconfianza en el éxito de mis empresas.

—¿Qué os la inspira?...

El rey miró en torno suyo, como para cerciorarse de que en la estancia no había nadie que pudiese oírle mas que sus dos interlocutores.

—Hace dos noches tuve un sueño terrible. Me parecía estar cabalgando sobre un elefante y redoblando sobre un atambor de figura extraña para mí, cuyo instrumento producía un ruido tan descompasado y aturdidor, que ponía pavor en mi corazón y hacía temblar mi mano. Yo trataba de evitar aquel redoble infernal; mas parecía que un poder superior al mío movía mi mano, hasta que al ruido desperté inundado de sudor y lleno de sobresalto.

—¡Bah! ¿y es esa la causa de vuestra desconfianza?...

—Durante la pasada noche, continuó el conquistador de Toledo, sin hacer alto en aquella interrogación que trataba de quitar importancia á la visión que describía—el mismo sueño me ha asaltado; pero el elefante había crecido en proporciones; su color era más negro; la atmósfera que me rodeaba más sofocante; la luz del sol que alumbraba mi camino, más apagada, pero más roja y como si el astro del día llorase lágrimas de sangre. Sobre todo el redoble del atambor, que era pavoroso. ¡No parecía sino que los discordantes ruidos que debe haber en los infiernos, resonaban á una dentro de la caja!

—Pero ¿creéis verdaderamente en los sueños?—preguntó el prelado revolviéndose en el sillón hasta encararse con el rey.

—Nunca creí en ellos hasta ahora... mas esta repetición me alarma sobremanera.

—*Multos errare fecerunt somnia.* No hagais alto en ellos y sobre todo ocultad á vuestros soldados semejante alucinación, para que el decaimiento de ánimo que os produce, no entibie el suyo.

—¿Y qué podría yo hacer para apartarla de mí?

—Orar. La oración fortalece el espíritu y apartándonos de toda ilusión engañosa, nos acerca á Dios, que es la verdad única que consuela y reanima á los espíritus conturbados.

El rey aquella noche se retiró más temprano que de costumbre á sus cámaras reservadas.

Antes de acostarse, estuvo largo rato arrodillado ante un venerando crucifijo, en una habitación contigua á su dormitorio; pero orando con fervor y ofreciendo á Dios votos y más votos, si lo libraba de tan hórrida congoja. La repetición del mismo sueño, era al par que extraña significativa.

Terminadas sus oraciones, tomó agua bendita, se santiguó y penetró en su alcoba.

La reina, que había notado algo anómalo en su marido, y que tampoco parecía muy satisfecha, aunque se esforzaba por aparentarlo, no se dejó vencer del sueño para velar el de su esposo. Este, aunque muy tarde, plegó sus párpados; mas á poco su inquietud, su desasosiego, quejidos ahogados, palabras incoherentes, y otros síntomas análogos, revelaron á la joven que su augusto consorte luchaba con la congojosa pesadilla.

—¡Alfonso, Alfonso mío!—le dijo á media voz, removiéndolo dulcemente.

Pero nada consiguió. El sueño de D. Alfonso, sobre desagradable, era profundo.

Volvió á intentar despertarlo, y sus excitaciones tuvieron el mismo resultado. Por fin, levantando más la voz, gritó:

—¡Alfonso! ¡Alfonso, despierta!

El rey, incorporándose bruscamente, con los ojos extremadamente abiertos, la mirada extraviada, convulso y trasudoso, vociferó:

—¡No!... ¡jamás!... ¡Mis leales... al rey! vuestros hijos... la patria... Dios, peligran.

—¿Qué dices, amado mío?... Todo es pura ilusión. Estás conmigo, con tu Isabel, lejos de todo peligro. Cálmate, pues.

—¡Ah! ¿eres tú, querida mía?... Perdona, te habré molestado mucho... ¡mucho! porque yo estaba fuera de mí. Pero es la tercera pesadilla, más espeluznante que las otras. ¡Es imposible! yo no puedo estar tranquilo hasta saberlo todo... absolutamente todo... y lo sabré. Espera.

Y arrojándose del lecho, comenzó á vestirse.

—Pero ¿á dónde vas?...

—No temas; no me alejaré mucho de tí. Mas es fuerza que yo me aconseje de todos, porque aquí estamos todos interesados.

—No te comprendo.

—¡Cuánto más te vale!

—Creo que lo que debes hacer es volver á tu lecho. Mañana, cuando el día sonría en nuestras ventanas y tú hayas descansado, tomarás acuerdo con mayor tino y libertad.

—No, no, esto no admite demora.

—¡Pero, Alfonso!...

—Duerme tú, duerme tú, que yo... pronto volveré.

Y salió de la alcoba, mas como un loco, que como persona que tiene sobre sí el dominio de la razón, según llevaba de torva la mirada y desencajado el semblante.

IV

A los pocos momentos el salón de corte del alcázar empezó á llenarse de caballeros cristianos, nobles jeques y rabinos. D. Alfonso había convocado á estos al consejo que tan á deshoras pensaba celebrar, en consideración á su conocimiento en las ciencias ocultas, dado el cual, ellos eran los indicados para llevar la voz cantante en aquella asamblea magna. Solo que formaban grupo aparte de los magnates cristianos, entre los que se veían algunos abades y prebendados.

La media hora que tardaron en llegar los convocados, fué de impaciencia y angustia para el monarca de Castilla. Una vez reunidos todos, el rey, sin preámbulos que dilataran la exposición de sus sueños, les refirió con todos sus detalles las visiones que había tenido durante las tres noches consecutivas.

—Y lo que más me asombra y previene—añadió—es ese elefante descomunal, cuadrúpedo que ni nace, ni asoma por estos países, y aquel atambor extraño en el que redoblaba. Todo esto me alarma, y quisiera saber de vosotros sin demora, qué es lo que puede significar.

Los caballeros cristianos, para los cuales no sólo las ciencias ocultas, sino las más positivas y evidentes eran cosas ignoradas, se miraron unos á otros, y encogiéndose de hombros, se declararon tácitamente incapaces de descifrar los sueños de su rey. Los musulmanes, por su parte, conversaron entre sí en voz baja, sin responder á los deseos de su nuevo señor. Los hebreos fueron los que, apresurándose á tomar á su cargo la satisfacción de los antojos de D. Alfonso, le dijeron:

—Señor: para desentrañar el arcano de esos sueños, desearíamos que nos concediéseis algunos minutos de estudio y aislamiento.

—Desde luego. Entrad en esa cámara.

Los israelitas penetraron en una próxima, que cerraron por dentro, apareciendo de nuevo en escena al cabo de un cuarto de hora próximamente.

D. Alfonso, que conversaba con el infante D. Ramiro y Alvar Fañez, en cuanto los vió salir les preguntó impaciente:

—¿Habéis encontrado ya la clave de tales visiones?

—Ciertamente.

—¿Y qué significan?

El rabino más anciano, ahuecando la voz, y en estilo campanudo y sentencioso, contestó:

—Señor: los sueños que te han asaltado, significan que has de vencer á esa crecidísima hueste de musulmanes que se dirige contra tí; que saquearás sus reales y te apoderarás de cuantas preciosidades atesoran; que allanarás su país y volverás victorioso y aclamado por la fama, que hará volar tu nombre por los ámbitos del mundo. Ese elefante que en sueños se te aparecía y sobre el que cabalgabas, es ese rey Yusuf-ben-Taxfin, grande como pocos por sus hazañas y los inmensos territorios sometidos á su dominio, cuya grandeza está representada por ese enorme paquidermo, el más corpulento de los animales conocidos, que sale de sus desiertos y candentes arenales, y viene á España para que tú lo venzas y lo sometas á tu albedrío, como somete todo ginete al animal en que cabalga. El atambor extraño en que tocabas, significa la fama universal de la victoria que te espera, tanto más publicada y extendida, cuanto mayor fuese el ruido que la caja produjera.

—Entonces no habría habido otra más famosa en el mundo.

—Y no la habrá. ¿Por qué ha de ser la que os aguarda menos memorable que las de Josué, César ó Alejandro?...

D. Alfonso quedó pensativo unos instantes, y moviendo negativamente la cabeza, repuso:

—Muy lejos me parece que estáis de acertar con la verdadera interpretación de mis pesadillas.

—Señor...

—No pretendo amenguar la valía de vuestros conocimientos, pero mis corazonadas, que rara vez suelen engañarme, las interpretan en un sentido enteramente contrario.

La mirada del rey se encontró con la de D. Bernardo en este instante, y creyendo leer en ella una reconvención, se apresuró á añadir:

—No quiere esto decir que el valor falte en mi espíritu.

—Por aquello de que más grande es un caudillo,—interrumpió D. Bernardo, siguiendo la oración comenzada por el rey,—cuanto más difícil es el trance que lo espera. Si es verdad que este es extraordinario, no lo fueron menos los de Covadonga y Clavijo; que alguna ventaja han de tener sobre sus enemigos, quienes batallan bajo la advocación de Santiago y á la sombra de los estandartes de la cruz.

Estas palabras atenuaron al mal efecto producido por las del rey en el auditorio.

D. Alfonso, que por un lado agradeció el giro dado por el arzobispo á sus sobradas explícitas manifestaciones, á la vez que se sintió en cierto modo abochornado, cuando comprendió el efecto que en los

ánimos de los presentes pudieron haber producido, se volvió para disimularlo hácia el grupo de los árabes toledanos, y les preguntó:

—¿Y vosotros conocéis algún *imán* de vuestra nación perito en explicar los sueños?

—¡Oh! hay uno consumado en el conocimiento de todas las ciencias,—respondió uno de los interrogados.

—¿Cómo se llama?

—El *faki* Mohamed-ben-Isá, natural de Maghama, *alime* de la mezquita.

—Id á su morada y decidle que el rey lo espera.

Dos de los mahometanos presentes, los más autorizados entre ellos, partieron á participar al faki la orden del rey; y cuando le comunicaron el motivo de su visita, Mohamed les dijo:

—No, no quiera Aláh que yo atraviere el umbral de un infiel con semejante objeto.

—Piensa lo que dices, Mohamed, y considera que D. Alfonso está vivamente empeñado en que vayas á descifrarle el enigma de que te hemos hecho sabedor.

—Mi resolución es inquebrantable.

—Vas á concitar su enojo sobre tu cabeza.

—Sea en buen hora. Aláh es mi señor y me arrimo, y en sus manos están cuantos bienes y males me puedan sobrevenir.

—Lo sentimos por ti.

—Sentidlo más bien por vosotros mismos; que algo más meritoria es para Aláh mi negativa, que vuestra oficiosidad en servicio de un enemigo de vuestra religión.

.....

Los emisarios, una vez fuera de la casa de su compatriota, se pararon uno frente de otro y se miraron con esa expresión particular del que interroga á su colega, y que traducida en palabras quiere decir—
«¿qué hacemos?»

—No hay más remedio que disfrazar la dureza de la repulsa dada por el alime. De otra suerte él lo pasaría mal y nosotros... no lo pasaríamos muy bien.

—Sí, sí,—convino el otro—doraremos la píldora, que la masa no está para picos.

Llegados ante el rey le dijeron:

—Señor: Mohamed-ben-Isá es un faki austero como pocos, hasta el extremo de considerar cosa ilícita su entrada en alcázares y palacios.

—Eso ¿quiere decir que se ha negado á obedecer mi mandato?

—Tanto como negarse... no; mas él, con más tranquilidad de conciencia y sin los escrúpulos propios de esos creyentes timoratos, podría servirnos mejor desde su casa.

—¿Cómo?

—Siendo nosotros mismos, si á bien lo tienes, los relatores de tus sueños, y encargándonos de traerte la explicación que les diera, que ha de ser la más verídica sin duda alguna.

—Partid en seguida.

Los comisionados se encaminaron nuevamente á casa del sabio mahometano; mas no encontrándolo en ella, se dirigieron á la mezquita.

Allí estaba Mohamed leyendo el Koram con monótona canturia, al recogido y numeroso auditorio que reposaba bajo sus bóvedas.

Porque es de advertir, que reconquistada Toledo, hacía poco más de un año, la mayoría de su vecindario era arábica, la cual podía seguir profesando la religión de Mahoma, regirse por las mismas leyes que antes de ser reconquistada, obedecer á sus particulares autoridades y otros muchos derechos que en las capitulaciones de entrega se pactaron, y que no son de este lugar.

Así que Mohamed terminó uno de los *surás* ó capítulos del Koram, los embajadores se acercaron al *mimbar* ó púlpito desde el cual lo recitaba y le exigieron que les explicase desde luego los sueños del rey, pues eran de temer sus iras.

Mohamed reconvino á sus correligionarios por la interrupción que le habían proporcionado, mas ellos le advirtieron.

—Perdona todo en bien del pueblo mahometano. De no dar á don Alonso una respuesta cumplida, tememos cualquier demasía de sus ímpetus y violencia.

El faki apoyando la frente sobre ambas manos, meditó unos instantes. Alzó luego la cabeza y con tono profético:

—Id—dijo á los cortesanos—y participad al rey, que está cercano el cumplimiento de su visión; que le espera un descalabro; que huirá con un corto número de los suyos, y que la victoria quedará por los musulmanes. Decidle que esta explicación tiene por base el venerado Koran, en donde se dice: «¿No estáis viendo lo que hizo vuestro Dios con los del elefante? ¿No acaba de anonadarlos, volcando sus horrosos intentos? ¿No ha disparado sobre ellos las aves de Babil?» Pues estas palabras recuerdan la derrota y descalabro del rey de los abisinos, Ismael, cuando juntó poderosa hueste contra la Arabia, para destruir la casa del Dios Alharam. Iba cabalgando un elefante descomunal y Dios les disparó las aves de Babil, que con piedras de vivo fuego

destruyeron aquella hueste y dieron al través con los intentos del rey de Etiopía, reduciendo su boato y engreimiento á pequeñez y polvo. En cuanto al atambor que dice el rey vió colgado en el aire sin asidero, en el que estuvo redoblando, significa que el día de un ruido parecido, será de refriega pavorosa y de sumo daño para los infieles.

Con tan poco edificante explicación, tornaron los enviados al alcázar y con esquisita puntualidad trasladáronla al rey.

—¡Bien lo decía yo!—exclamó, hiriendo con el pie el pavimento.— Mas ¡vive Cristo! que si vuestro faki me engaña, he de hacer en él un ejemplar escarmiento.

Cuando D. Alfonso quedó solo, su joven esposa aparecióse en el salón. El insomnio de la angustiosa velada, había hecho palidecer las rosas de sus mejillas.

—De modo, Alfonso mío, que yo no debo considerarme la misma para ti.

—¿Por qué tan dolorosa reflexión?

—Porque veo que tu alma se oculta á la mía. Siempre fuí la depositaria de sus cuitas, y hoy has esquivado comunicarmelas, para hacer partícipes de ellas á tus indiferentes cortesanos.

—Perdóname, pero mi intención ha sido el evitarte el pesar que naturalmente habían de proporcionarte mis preocupaciones.

—Sería uno más... y nada más. ¡Son tantos los que van dejando su dolorosa huella impresa á su paso en mi corazón!

—Ya llegarán días más venturosos.

—¿Cuándo? De la expedición que se prepara, no puedo esperarlos. De ella no resultará más que tu ruina ó la de mi padre. Los gritos de triunfo de cualquiera de los dos, resonarán en mis oídos como el sonido de las lágrimas sobre la cubierta de un féretro.

D. Alfonso calló á esta observación.

—Si siquiera me otorgases una gracia...

—Pídemela.

—La de compartir contigo las penalidades de la jornada.

—¡Oh! tu deliras, amor mío.

—De lo contrario no voy á estar tranquila. Quizá está escrito en el libro del destino, que uno de los dos ha de quedar en el campo de batalla; y si eso sucediese, yo rastrearía el lugar de la hecatombe, para recoger de cualquiera el último suspiro.

—No pienses en tan extremo desenlace.

—¿Que nó?... El, como tú, es valiente y pundonoroso; y si veis á vuestras tropas cejar, ¿qué habéis de hacer, sino ponerlos á su cabeza y

buscar el sitio del peligro?... Pues allí quisiera yo volar para valeros.

—Yo no puedo consentir en exponerte en tan incierta jornada.

—¡Alfonso!

—Además razones de estado me lo vedan.

—Siempre las razones de estado. ¡Cuántas lágrimas me tienen arrancadas esas razones, que de todo tienen menos de lo que se las llama!

V

Después de anochecer, dos personas llamaban á la puerta de la casa de Mohamed-ben-Isá. Por lo que la escasísima luz del agonizante crepúsculo permitía distinguir, la más baja iba vestida á la arábiga y la otra á la española.

—¿Quién llega á mi puerta?—preguntaba desde adentro el alime.

—Antiguos conocidos que te aprecian y desean verte,—respondió con dulce voz femenil, en castizo árabe, la persona que de tal iba vestida.

La puerta se abrió, apareciendo tras ella Ben-Isá con una lamparilla en la mano, y los recién llegados penetraron en la morada de aquel.

—La gracia de Aláh te acompañe,—saludó entrando la dama mahometana.

—Ella venga con vosotros,—contestó el saludado.

Así que entró el segundo encubierto, que se recataba en el embozo de un cumplido pellizón, Mohamed atrancó la puerta, y tomando la delantera, guió á los recién llegados á través de pasadizos y torcidas escaleras de peldaños desmoronados, á una habitación destartalada, en cuyo fondo aparecía entreabierto un desvencijado falsete.

—Tú, pasa aquí,—dijo á la musulmana; mas cuando su acompañante quiso seguirla, lo detuvo diciéndole:—no, tú no: tú aguardarás en esta estancia.

Y dejando en el suelo la lamparilla, para que siquiera viese, entró tras la mora y cerró el falsete.

La dama al penetrar en el nuevo recinto (que era ni más ni menos el despacho ó laboratorio químico del faki, con sus instrumentos geométricos, sus redomas, sus hacecitos de yerbas secas, sus esqueletos colgando de las paredes, su hornillo, sus pergaminos, etc. etc.) se desembozó, y descubrió, al par que su peregrino rostro, la deslumbrante riqueza de su traje. Finísimo *wischah* de cachemira, con franjas de rubíes, rodeaba su cabeza, cuyas puntas rematadas con flecos de perlas, resbalaban sobre sus hombros. Un costoso *yelek* egipcio, de

mangas largas, bajo el que se descubría la trasparente y finísima *gilâlah* ornada de arrequives, vestía su cuerpo, cuyo talle ajustaba un *tikkeh* ó cinturón de seda, cuajado de pedrería. Amplio *shirwal* ó pantalón de Armenia, sujeto en la ganganta de la pierna por costosas ajorcas, y delicados *koffs* ó zapatos de finísimo cordobán adornados de cordones de seda, completaban su vestido.

De las joyas que ornaban su cuello y sus brazos, solo diremos que estaban en consonancia con su esplendente y suntuoso traje.

Al descubrirse la recién llegada.

—¡Zaida! ¿eres tú?—esclamó el alquimista, con un acento rebosante de gozo y de sorpresa.

—Yo soy, sábio Mohamed,—contestó sonriendo la joven.

—¡Todavía te acordabas de que yo vivía en Toledo!..

—¿Lo he olvidado ni un solo instante?

—Como la postrera vez que vinistes á esta humilde morada, no saliste de ella muy complacida, juzgué que habías formado resolución de no pisar de nuevo sus umbrales. Luego... tu ascensión al trono de Castilla...

—Pues ahí tienes como, á pesar de todo eso, recuerdo á aquel cariñoso compatriota, en cuyos brazos dormí el primer sueño de mi vida.

—¡Ah! ¿Y qué quieres de mí?

—Quiero...

Y Zaida se detuvo: de sus labios desapareció la plácida contracción de la sonrisa, y en su rostro se pintó una expresión de triste melancolía.

—¿Ves como tu visita no es desinteresada? Eres una ingrata y una egoísta. Solo cuando me has necesitado has acudido á mí.

—Yo te pagaré, Mohamed: tienes sobrada razón para acusarme, y prometo recompensarte con creces... Hoy... es la verdad, vengo á consultarte.

—¡Ya lo sabía!

—¿Por quién?

—Por nadie. ¿Necesito yo que me vengan á revelar tus secretos, para saber lo que pasa en el fondo de tu corazón?

—Es verdad,—murmuró con pleno convencimiento la reina de Castilla.

—Aquí tienes,—añadió el faki, desenrollando un pergamino que había sobre la mesa.—Esta es la historia de tu vida. ¿Quién me ha comunicado á mí muchos de los arcanos de tu alma, trasladados á este lugar, sino el constante estudio que he hecho de tus días, llevado del inmenso cariño de que me eres deudora?

—¡Cuánto te lo agradezco! Mas, á costa de hacerme pesada, quisiera que me dijese...

—Habla.

—Si volveré á ver á mi amado padre alguna vez, ó si debo renunciar para siempre á ese consuelo. Porque los acontecimientos...

—Se van enmarañando mucho, es verdad.

—¿Estás dispuesto, pues, á complacerme?

—¿Cuándo no lo he estado?

—Bien, pues desearía que abreviésemos. Mi ausencia del alcázar pudiera ser notada.

—Es cierto... No recordaba que ya tienes que contar las horas. Espera unos instantes.

Y desapareció por una puerta secreta.

Zaida quedó sola, y llevada de la mujeril curiosidad, para aguardar á Mohamed sin aburrirse, tomó el pergamino que le había mostrado y leyó:

*
* * *

«Alboreaba la mañana del día 7 de Redjeb del año 464 de la Égira. El sábio, el poderoso, el magnífico Aben-Abed-al-Motamid, rey de Sevilla, (cuyos días prolongue Aláh para gloria de su pueblo) se hallaba presa de mortal pesadumbre.

Su bien amada Othamidah se hallaba en el doloroso trance de la maternidad hacía dos días, y los físicos desesperaban del éxito de la operación á que se preparaban.

Yo, valido de la amistad que al rey debia, le dije: Aláh es grande, levantemos á él nuestros corazones por medio de la oración, y espere-mos en su gracia.

Y el rey oró al par mío, y al expirar en nuestros labios la postrera frase invocatoria, la sultana dió á luz una niña, hermosa como un arcángel.

La infanta, una vez purificada por medio del *wadu* ó primera ablución, me fué colocada sobre los brazos para que vaticinase su porvenir, mientras Aben-Abed abrazaba á su consorte, transportado de alegría.

Yo levanté mi espíritu por cima de la materia, y orando nuevamente, cerré los ojos del cuerpo, para ver mejor con los del alma.

Y ví, en efecto, abrirse de par en par las puertas del Paraíso.

Y descender á la tierra, envueltas en nubes de rosa y nacar, una

legión de hadas, ópimas y generosas como dones del Criador, sobre cada una de cuyas cabezas brillaba una estrella de irradiación maravillosa.

Y sin más adornos, envueltas en los vapores saturados de perfumes que los kármenes andaluces enviaban á las alturas, cruzaron en su descenso la región inmensa de los vientos, al son de una música tan ténue como deliciosa, que hizo dormir profundamente á la primera, y al son de la cual dieron siete vueltas en torno mío, sin que sus pies tocasen las inmundicias del polvo.

En esta disposición discurrieron qué dones otorgar á la recién nacida, hasta que una dijo:

—Yo le doy la belleza corporal más acabada.

Y besándola en la boca (á cuyo beso sonrió la dormida agraciada) se elevó por los espacios.

—Pues yo—dijo la segunda—le doy la gracia, porque sin ella conmovería poco su belleza.

Y la besó también, y la niña tornó á sonreír y la hada siguió el camino de su hermana.

—Yo le dono un talento profundo.

—Y yo la virtud más acendrada.

Y así le fueron regalando las demás las dotes más envidiables, hasta la última que le dijo:

—Pues yo te doy el amor más volcánico de los conocidos.

Y al besar á la recién nacida, como las otras hadas, me pareció ver brotar de sus labios una chispa; y la niña se estremeció y lloró, como si aquel beso hubiese abrasado sus carmíneos labios.

Al alzar los ojos para ver desfilár el cortejo celestial, noté que la estrella que brillaba sobre la frente de la última hada, palidecía hasta perder su brillo.

Y le referí mi visión á Aben-Abed.

Y como ningún padre se aviene á las primeras de cambio á esperar mal para su hijo, quiso explicar con su gran sabiduría el último detalle de mi visión, como efecto de la luz del sol que ya había nacido, ante la cual había palidecido la de la estrella de la hada postrera.

—Sin embargo—le advertí—vigila mucho á tu hija el día que adviertas que en su seno se revuelve ese germen inmortal, alma del mundo.

*
* *

Día 5 del mes de Schawal del año 468 de la Egira.

Zaida tiene cuatro años y no puede darse criatura más encantadora bajo la bóveda celeste. Las dotes con que la agraciaron las deidades moradoras del Eden, refulgen en ella como el sol en los espacios.

Cuando sentada sobre mis rodillas siento sus diminutas manos de seda perderse entre las revueltas hebras de mi barba, y sus labios del color de las cerezas cubrir de besos mis tostadas y áridas mejillas, casi comprendo las dulzuras de la paternidad en medio de mi ascetismo.

Mas ¡ay! qué envidias sórdidas y tenebrosas enajenándome en parte la confianza fraternal de Al-Motamid, me impulsan á ausentarme de este paraíso, en donde me había propuesto esperar la última hora de mi vida.

Zaida sabe que se aproxima el momento de mi partida y llora mi cruel separación.

¡Que Aláh le devuelva, convertidas en venturas, cada una de las lágrimas que brotan de sus ojos luminosos y hechiceros!

*
* *

Día 13 del mes de Ramadhan del año 175 de la Egira.

Hoy ha sido un día venturoso para mí. ¡Loado sea el altísimo!

Zaida ha venido á visitarme á mi retiro de Toledo.

Al pronto no la he conocido; estaba hecha una mujer, á pesar de no contar más que treçe primaveras. Pero su ser, donde irisan todos los encantos terrenos, parece un ramillete mágico, digno de un profeta.

Dice que viene á pasar una temporada al lado de su tío el esclarecido rey Al-Mamun, y que su primera visita ha sido para mí. ¡No me ha olvidado!

¡Aláh la bendiga desde el Paraíso, como yo la bendigo desde mi mísero tugurio!

*
* *

Día 13 del mes de Djulkadah.

Zaida ha tornado á mi mansión.

¡Qué pálida y ojerosa venía la hermosa niña!

—¿Qué tienes, hija de la dicha, que tu rostro angélico se ha teñido con tintas de gualda?

—Mohamed—me dijo con misterio,—siento dentro de mi espíritu algo que me roba el sosiego.

—¿Recuerdas á tu patria y su ausencia te entristece?

—Los recuerdos no caben en mi alma. Más bien parece que he perdido la memoria. Solo el presente me preocupa.

—¡Oh! ábreme tu corazón y empápame en tus cuitas. Yo revolveré los más recónditos secretos de mi ciencia para aliviarlas si alivio tienen.

Y después de mirar recelosa á todos lados, me dijo con acento balbuciente, pero con una ingenuidad que daba gozo:

—¿Has conocido tú á Alfonso de Castilla?... Yo no, ¡ni quiero verle! Pero ¿qué tiene ese ser de extraordinario, que no oigo á mis primas, ni á las demás jóvenes de la corte toledana, ocuparse de nadie más que de él?... Me lo pintan tan galán, tan apuesto, tan valiente, tan generoso como ninguno. Anoche hubo zambra en el alcázar en mi obsequio. Todo respiraba alegría y magnificencia; mas al empezar, díjome mi prima Othûl: «Por allí aparecía Alfonso, tales noches como esta.» Y sin saber por qué, mis ojos se dirigieron mil veces, sin quererlo yo, hacia aquel pórtico, como si esperasen á alguien. Hace noches que el sueño no bate sobre mis párpados sus alas voluptuosas. Esas relaciones diarias, esas aventuras de exquisita galantería, esos detalles insignificantes que del príncipe leonés me han referido mis amigas y parientas, más dichosas que yo por haber disfrutado de su trato, durante su estancia en Toledo, resurgiendo sin tregua en mi imaginación calenturienta, son como fantasmas que lo ahuyentan sin descanso... Mohamed, ¿qué es esto? ¿qué me aconsejas para que yo vuelva á mi envidiable tranquilidad, y mi natural alegría?...

—La chispa que brotaron los labios de la hada, se revuelve ya en el alma de Zaida,—pensé yo con dolor.

Más á ella le aconsejé:

—Cierra tus oídos á esos cánticos de sirena, y volverás á recobrar tu contento y tu sosiego. Ese joven de quien tanto te han hablado, es el enemigo más cruel y encarnizado de tu raza.

—¿El?—preguntó con extrañeza la infanta.

—Sí: tú no sabes cuán protervos son sus propósitos respecto de los estados musulmanes españoles. Su ambición no tiene límites.

—¡Pues si lo pintan tan generoso!

—En ocasiones.

—Y tan agradecido...

—El tiempo lo dirá.

—Y tan caballero...

Yo al ver su tenacidad y su calor en defenderle, la pregunté:

—¿Estás enamorada de él, Zaida?

Ella, con una precipitación que la vendía y coloreándose súbitamente de escarlata sus mejillas, pálidas por el desvelo amoroso, respondió:

—No, ¡si no le conozco!

—¡Ah! pues líbrete Aláh de conocerlo.

—Luego tú opinas...

—Que de no sofocar en breve ese interés que en vano tratas de ocultarme, sobre los millones de bocas que te alaban á porfía, sonará una voz que ensordecera todas las demás, maldiciendo tu pasión y concitando sobre tus hermanos la cólera celeste.

Zaida afirmaba que no estaba enamorada; pero al oír estas palabras, se oprimió con ambas manos el seno y lanzó un suspiro prolongado.

Y volviéndome la espalda, abandonó mi casa, sin decirme por cumplido «¡Aláh te guarde!»

*
* *

La ambición es el abismo en que se han perdido la mayor parte de los hombres, al dejarse seducir por sus vislumbres halagüeños.

Zaida ha partido de Toledo hacia Sevilla. A mi oído han llegado anuncios de alianzas entre el rey castellano y Al-Motamid.

¿Quién sabe si Zaida ha sugerido la idea de esta alianza, y si su beldad va á ser la garantía de tan nefasto concierto?

Preocupado con esta idea, el sueño me ha sorprendido.

Y he visto á la hada de la estrella moribunda, cruzar una, dos y tres veces el espacio, sobre los estados musulmanes, blandiendo en la diestra una tea encendida... encendida por otra chispa brotada de su boca, como aquélla que abrasó los labios de la infanta. Y allá, en el fondo del cuadro, entre negros nubarrones, el genio del Islam, contemplando lloroso los pueblos que alumbraba la roja tea, cubiertos de una bruma grisácea, macilenta y pavorosa »

*
* *

Aquí llegaba Zaida en la lectura de los apuntes de Mohamed, dan-

do sabroso pasto á su femenil curiosidad, cuando aquél volvió á aparecer en su zaquizamí.

—Qué ¿repasabas la historia de tus días?—la preguntó sonriendo al sorprenderla devorando con la mirada los renglones.

—¡Oh! la conoces mejor que yo misma.

—A fuerza de desvelos. Mientras tú dormías arrullada por mil quimeras halagüeñas, yo preguntaba á tu destino el secreto de tu porvenir.

—¿Y qué te ha revelado respecto de la pregunta que te he hecho?

—Que volverás á ver, una vez más, al autor de tus días.

—¡Ah! ¡me haces feliz!—exclamó la bella consultora, cruzando las manos, en raptó de espontánea alegría.—¿Y será pronto?

—Sí, pronto... muy pronto tiene que ser, porque si no...

—¡Era lo que deseaba!—interrumpió en su filial transporte Zaida, sin aguardar á que Ben-Isá terminase el concepto.

Y en verdad que á su precipitación debió tal vez el que su gozo no se hubiese truncado, porque las tres últimas palabras del faki, no indicaban una conclusión muy satisfactoria.

—Aláh pues, te proteja, inolvidable Mohamed.

Y embozándose en su albo jaique, se dispuso á partir de aquel tugurio.

Mohamed se adelantó á la dama y abrió su raquítica y desvencijada puerta, tras la que apareció la silenciosa figura de Rodrigo Ordoñez.

Mas al ir á atravesar su dintel, la hija de Aben-Abed, se volvió exclamando:

—¡Se me olvidaba! Si no te ofendiera, desearía recompensarte el servicio que acabas de hacerme.

—¿Recompensarme?—repitió éste.—¿He puesto yo en la vida mi ciencia á tu servicio, mediante precio alguno?...

—Tú te ayudas de ella.

—A medias.

—¿Cómo?

—Porque las puertas de mi casa hace tres años que se cerraron á los *rumies*.

—¡Oh!—interrumpió Ordoñez.—¡Y yo que esperaba!...

—Son descortesés é irritantes... y perdonad vos, mancebo.

—¡Prevención tuya!—le advirtió Zaida.

—¡No, por mis trabajos! Un día...—¡mirad aquella tabla!—y apuntaba á una colgada en la pared entre cuyos signos cabalísticos se destacaba una rueda.—Un día llegóse á mí un magnate castellano, que

arrostrando el peligro de ser conocido, penetró disfrazado en Toledo, cuando tu esposo oprimía por la vez postrera á los fieles tus hermanos. Venía á consultarme cuál sería el trance más comprometido de su vida. Yo trabajé cuanto no es decible, para desentrañar tal arcano, que se me presentó oscuro como pocos... y al cabo de algunas horas, le revelé su horóscopo en estas breves palabras:—«Guárdate de una rueda.»

—¿Eh?—prorrumpió picado de curiosidad, alargando el cuello cuanto podía, el real escudero.

Mas Mohamed, que no se percató de la espontánea interrogación, continuó:

—En vez de tomar en serio mi prevención, como un principio de buena educación aconsejaba, soltó una risotada despreciativa é insultante, reponiendo: «¡Ja, ja, ja! ¿piensas que te las has con algún carretero? Yo cabalgo siempre sobre el alazán más brioso de Castilla», y volviéndome la espalda desapareció de mi presencia. Sus frases me lastimaron profundamente; y á no haberle valido la confianza con que hasta mí había llegado y la hospitalidad que le debía, á fuer de Mohamed-ben-Isá que...

—Perdona, mahometano,— interrumpió el armigero.—¿Pudieras decirme el nombre de ese caballero?

—Sin inconveniente alguno. El tal se llamaba D. Gonzalo Salvadores, conde de la Bureva y rico-home de Castilla.

—¡Oh!—exclamó el escudero cerrando los ojos y estremeciéndose de pies á cabeza.

—A los pocos meses era muerto en desagravio de los muchos entuertos que debía á la morisma, en la jornada de Rueda.

Rodrigo ahogó un suspiro entre sus labios.

—Desde entonces juré no franquear mi ciencia ni las puertas de mi casa á cristiano alguno; y ya has visto que hasta á tu mismo marido me he negado.

—Sin embargo, le has predicho males sin cuento. ¿Se realizarán?

—Yo leía en la mezquita edificando el espíritu de los verdaderos creyentes, y no era ocasión de promover un escándalo. Para que los falsos mahometanos que de su parte me importunaron me dejasen en paz, fijé mis ojos en el libro santo, y su lectura me dió á la casualidad la interpretación de sus sueños. Tal versión no ha sido hija de mi estudio.

—¡Bah! entonces...

—Después he sabido que exasperado ha fulminado un juramento exterminador contra mí. ¡No me arredra! Ni el rey ni nadie me han de dañar sin la voluntad de Aláh.

SEGUNDA PARTE

Los emires mahometanos.

I

Dejemos á Zaida y á su custodio tornar al regio alcázar, la primera con la seguridad—(ella la daba por cosa corriente)—de volver á abrazar al emir de Sevilla, y el segundo con su preocupación habitual, fomentada por la relación que acababa de escuchar al severo faki, relativa al renombrado progenitor de los Sandovalos: dejémoslos tornar, repetimos, y completemos con algunos antecedentes históricos, los esparcidos por las páginas precedentes.

La posesión de la corona de León y Castilla, llevaba consigo una obligación patriótica y sagrada al que la ajustara á sus sienes, desde que el héroe de Covadonga izó en aquel rincón de la península el estandarte que la desorganización social, la concupiscencia y la cobardía del pueblo visigodo, en todas sus clases,—más que el poderío de las tribus berebéres,—la habían hundido en las aguas del Barbate (1).

Esta obligación era la de no pactar treguas con los sectarios de

(1) Las investigaciones historias modernas han rectificado el lugar de la derrota sufrida por el ejército visigodo en su primer encuentro con el agareno. Hasta el último tercio del siglo pasado se había venido admitiendo la especie, afirmada por el arzobispo D. Rodrigo, y seguida por los historiadores cristianos sucesivos, de que tan famosa batalla tuvo lugar á orillas del Guadalete; mas conocidas recientemente las crónicas árabes de ABEN-EL-ADE-HAQUEM, ABEN-ALCOTIA, EBN-ADARÍ, el EDRISE y otros, resulta que el encuentro tuvo lugar á orillas del *Barbate*, palabra que en árabe significa *rio de la conquista*, cerca del lago de la Janda, por bajo de Vejer y Medina Sidonia.

mahoma, mientras la cruz del Nazareno no cobijase con sus brazos desde las costas caantábricas hasta las marinas gaditanas.

Alfonso VI, que era valiente y pundonoroso, así que la traición de Zamora le facilitó las gradas del sólio de sus mayores, se dispuso á continuar la obra iniciada por D. Pelayo. Sus dominios estaban limitados al Oriente por los estados del rey de Navarra y los de Ahamed-ben-Soleiman, emir de Zaragoza, al Sur por los del sabio Al-Manum, emir de Toledo, y al Occidente por los de Yahya-ben-Mohamed-ben-al-Aftas, emir del Algarbe, cuya corte era Badajoz.

Contra el navarro, su pariente, no era cosa de hacer armas. Contra Al-Mamun, tampoco. La hospitalidad que le había dispensado, cuando destronado por su hermano D. Sancho huía vencido y sin guarida, se lo vedaba; aparte de que existía un juramento que su protector le había exigido, de no hacer armas jamás contra él ni contra su hijo y sucesor Heschan, y de auxiliarse mutuamente en las guerras que á uno ó á otro le suscitasen sus enemigos. De suerte que forzosamente había de romper con el badajoceno ó el zaragozano.

¿Hacia cuál de estos extremos le convendría dirigir sus aguerridas huestes?

Perplejo se hallaba el juramentado de Santa Gadea, cuando su aliado Al-Mamun demandó su auxilio contra el inquieto y ambicioso emir de Sevilla.

Allá fué, pues, no cejando hasta ver al viejo toledano tomar posesión de las ciudades de Córdoba y Sevilla, á las cuales lo acompañó.

Muerto aquí Al-Mamun, le sucedió Heschan en el sólio de los beni-Dzy-el-Nun; mas á los dos años, abandonando las dulzuras de la tierra por las del Paraiso, dejó el trono á su hermano Yahya-al-kader, joven despótico é inepto, cobarde y libertino, respecto del cual ningún compromiso había adquirido D. Alfonso. Este, juzgando la ocasión propicia, acudió al reclamo de parte del vecindario de Toledo, que harto de soportar los vejámenes de que Yahya lo hacía objeto diariamente, prefería el señorío del rey de Castilla, y á fines del año de 1081, requirió sus mesnadas y puso sitio á la capital toledana.

A su vez Aben-Abed que había recuperado á la muerte de Al-Mamun, sus estados, y que consideraba inevitable la toma de la imperial ciudad por el afortunado rey de Castilla, entró en cuentas consigo mismo, y después de laboriosas meditaciones, concluyó por determinarse á proponer á aquel una alianza ofensiva y defensiva.

Dos objetos perseguía. El primero evitar que reconquistada Toledo, el estandarte de la cruz penetrase en son de conquista por sus flo-

recientes estados; y el segundo, engrandecerse á costa de los demás reyezuelos musulmanes, sus convecinos, contra los que, descansando en cuanto á los proyectos de Alfonso, podía emplear toda la fuerza de sus armas. Y como el asunto no admitía dilaciones, su favorito Ebn-Omar partió para el campamento de D. Alfonso y entabló las diplomáticas negociaciones.

Estas no pudieron tener mejor resultado. ¿Qué iba perdiendo en ello el rey cristiano, que aunque abrigase algun proyecto hostil hacia Aben-Abed, no podía curarse de él, con la empresa que traía entre manos? En cambio impedía que, movido por un espíritu de religión y de raza, socorriese á los sitiados.

La alianza, pues, quedó convenida, y Toledo cada vez en situación más comprometida.

Yahya escribió al emir de Badajoz, y éste no fué sordo á sus cuitas. Reunido en Mérida un brillante ejército, voló en auxilio del sitiado. Prudente D. Alfonso, y sin fuerzas bastantes para continuar el sitio y hacer frente al emir del Algarbe, levantó el asedio y se retiró á sus estados. Mas apenas las tropas auxiliares abandonaron la comarca, tornó al cerco con más pujanza que nunca; sin que fuese ya de temer el auxilio de Mohamed-ben-Al-Aftas, que á su regreso de su victoriosa correría, expiró en la ciudad de Mérida, dejando el trono á su hermano Omar, apellidado Motawakil.

II

Desde que Zaida había vuelto de Toledo al lado de su padre, se la había notado presa de ignota melancolía. El fastuoso monarca había preparado en su obsequio espléndidas zambras y certámenes poéticos, en donde recrear el ánimo y solazar el espíritu.

¡Cuánto arrullo! ¡cuánta lisonja! ¡cuánto incienso quemado en honor suyo! Mas en vez de distraerla y animarla, Aben-Abed la vió irse retrayendo poco á poco de la sociedad, y buscar con avidez los parajes solitarios, con aquellos párpados entornados, prolongando la arqueada y oscura sombra de sus larguísimas pestañas, sobre las pálidas mejillas; siempre con los labios entreabiertos blandamente, como dando paso á un suspiro interminable; siempre desojando margaritas, como si les preguntase el destino que la esperaba.

Una tarde, á esa hora en que el sol envía su última caricia á los mineretes de las mezquitas y en que empiezan á jugar al escondite las

blancas mariposas con los silfos de las florestas, Aben-Abed halló á su hija sentada en un mármoleo sitial, sobre el que formaba caprichoso pabellón una tierna pasionaria.

—¿Qué haces aquí, sol de mi vida?

Zaida por toda contestación se incorporó del asiento y abrazando á su padre reclinó la cabeza sobre el hombro de éste sollozando.

—¡Ah! pero ¿por qué lloras? ¿No ha de llegar un día en que tu padre sepa cuál es el torcedor de tu felicidad, por la que tanto se ha desvelado?

—¡Ten compasión de tu pobre hija!

—Pero ¿te ha ofendido alguno? Pagaré con la existencia su osadía.

—Todos son á complacerme

—¿Deseas una joya?

—Tengo más que estrenar pueda, una por día.

—¿Te ha conmovido la desgracia ajena?

—En torno mío bullen á todas horas la felicidad y la alegría. ¡Solo vive la muerte en mi corazón!

Aben-Abed, al oír esto á su hija, sintió algo doloroso que le punzó el alma, al cruzar por su imaginación como un relámpago, la idea de que el recuerdo de algún hombre pudiese robarle el cariño de aquel ser idolatrado.

Porque, dicho sea en corroboración de la ceguera del cariño paternal, Aben-Abed no había pensado hasta aquel momento que Zaida pudiese ser víctima de una pasión tan vehemente.

Y sin quererlo, le vino á las mientes el consejo que en época remota le diera su amigo Mohamed-ben-Isá.

Así que tras de breves instantes de muda contemplación, preguntó á la infanta con cierto temor.

—¿Es que estás enamorada?

—¿Por qué lo he de negar?... Sí, padre amado; enamorada, ¡pero con un amor que me mata!

—¡Oh! que te mata, cuando ese afecto simboliza la vida.

—Es que yo amo sin esperanza.

—¡Qué dices! ¿Sin esperanza tú, la criatura más perfecta de las creadas; tú por cuyas miradas darían sus más preciados dones los monarcas más grandes de la tierra?

Zaida por toda contestación suspiró dolorosamente.

—Pero dime, dime quién es el hombre que esa pasión te ha inspirado... dímelo y antes de una hora estará rendido á tus pies, delirante de alegría.

—No es súbdito tuyo. A él no alcanza tu poder.

—¿Algún príncipe extranjero? ¿de los Gehwar, de Córdoba? ¿de los Ben-Hud, de Zaragoza? de los Al-Aftas de Badajoz? ¿de los Taher de Murcia? ¿de los Dzy-el-Nun, de Toledo?... ¡Ah! pronuncia el nombre de ese dichoso mortal y lo verás correr deshalado hacia tus brazos.

—También las creencias religiosas nos separan.

—Pues adjuraré de las que profese. ¿No vales tú más que todas las religiones del mundo?

—Además, es casado.

—¡Casado!—repitió Aben-Abed, comprendiendo que en otra religión que la suya, este era un obstáculo insuperable.—¿Su nombre?

—Alfonso-ben-Federland, rey de Castilla.

—¡Mi aliado!

Y ambos interlocutores quedaron como petrificados sin pronunciar una sílaba más y sumidos en profundas meditaciones. El caso no era para menos.

Al cabo de unos diez minutos de vagar perdido por un laberinto de ideas, tornó á preguntar el sevillano á su hija:

—¿Pero tú conoces á ese hombre?

—Mis ojos no le han visto, pero mi alma vuela sin cesar en busca de la suya.

Esta contestación confundió al emir.

—¿Y si esa pasión no hallara eco?...

—¡Ah! Si no le hallara... pronto los brazos del *kandac* robarían al cariñoso padre los restos inanimados de su pobre hija.

Y esta poética perifrasis compungió el pecho del preminente sevillano.

.....

Un día, todo un día pasó Aben-Abed en su *mhirab* á solas con su ingenio, al que torturó una y mil veces buscando medio de satisfacer las aspiraciones de su hija querida.

A la hora de *asohbi* del siguiente día, cuando el oriente clareaba, su frente irradiaba una temperatura elevadísima: aquella cabeza debía estar hecha un volcán. Entonces, moviéndola con impaciencia al conceptuarse impotente para dar solución á tan árduo problema, exclamó colérico:

—¿Qué significaría ser un monarca poderoso, si todo mi poder no había de conseguir hacer la felicidad de mi Sobeiha?

Y como buscando auxilio en aquella jornada intelectual, mandó llamar á su diplomático hadjeb Ebn-Omar.

¿Cuántas cábalas no formarían aquellos dos hombres que la historia nos ha pintado como políticos extraordinarios? ¿Cuántos recursos no forjarían para lograr su *desideratum*? Pero ¡nada! Al cabo de otras tres horas, la cuestión que trataban de dilucidar, no se presentaba más clara. Entonces, fatigados, desvanecidos, confesándose vencidos, apelaron al recurso de Alejandro. Cortar el nudo. ¿Pero y las armas?...

—Parte al momento hacia el campo de D. Alfonso, díle que en Ocaña le espero; que su ausencia de los reales, será de brevísimos días; y que en esta cita, más que el interés material de su reino, va empeñada la proverbial galantería castellana.

Omar partió hacia la imperial ciudad, con la velocidad de una saeta.

Recibido por D. Alfonso, le dió la cita que le había sido encomendada, y D. Alfonso, sin más acompañamiento que su escudero, siguió al habjed á Ocaña, donde lo esperaban Aben-Abed y su hija.

Fuera tarea insuperable para nosotros el hacer la descripción del hechizo irresistible con que el instinto mujeril más refinado supo exhoronar las perfecciones de Zaida. La riqueza del traje que vestía y de las joyas de su prendido, excedían á toda ponderación.

Y no hay por qué extrañarse. Iba á librar la batalla más difícil que la mujer puede afrontar en toda la vida,—la de ganar marido;—y aunque ella podía contar con el irresistible auxiliar de su hermosura extraordinaria, tenía que luchar con mil obstáculos que se interponían entre ella y su adorado. Mas ¿para qué han nacido los héroes, sino para las empresas que parecen insuperables?... Y ella estaba en situación de serlo, dado el enlace á que aspiraba, las condiciones en que se hallaba y su volcánico amor. Así que acopiando ingénio, y desparmando seducción, aguardó el ansiado choque. Este tuvo lugar... y el campo quedó por ella.

Dicen las rancias tradiciones, que D. Alfonso, al ser presentado á la enamorada doncella por su padre, permaneció largo rato inmóvil y mudo, con los ojos embriagados en aquel portento de gracia y de belleza, como víctima de un encantamento, y que cuando sus labios se movieron para cumplimentar á la jóven, su voz temblaba como la de un adolescente, al hacer la primera declaración de amor á la mujer que lo fascina.

A las veinticuatro horas, cuando el filtro magnético que irradiaban los ojos de la mora, había penetrado hasta los más recónditos pliegues del corazón del rey, el emir le planteó la negociación que le había inspirado la cita; y D. Alfonso, subyugado por la pasión que había sentido hervir en su alma, sin reparar en ulteriores inconvenientes, admitió

desde luego á la hija de Al-Motamid *cuasi pro uxore ut præmissum est*, como dicen las crónicas, con la cuantiosa dote de ciudades, fortalezas, alhajas, ropas y otros efectos que constituían su dote. (1)

¿Qué liturgia determinó las ceremonias de tal consorcio? ¿Quién dispuso á D. Alfonso de los sagrados compromisos que lo ligaban á D.^a Constanza de Borgoña, afianzados por el nacimiento de la infanta D.^a Urraca?... Sobre estos extremos, ningún historiador ha conseguido descubrir el más ténue rayo de luz.

Lo que sí se sabe, es que en los estados del rey de Castilla no se movió con tal motivo el más pequeño alboroto, ni hubo un seglar ni un clérigo que anatematizasen la conducta del recién desposado. Es más: hasta el Papa, que tanta parte tomaba en aquellos tiempos en los enlaces de los príncipes de la cristiandad, contemporizó con tan extraña unión. Y desde entonces la reina Constanza se eclipsa para la historia, sobre cuyo pavés el pueblo castellano, de imaginación ardiente y corazón entusiasta, levantó á la beldad cuya cuna arrullaron las ondas del Betis, fascinado por su liberalidad y sus seducciones.

En cambio en los dominios del emir su padre, los imanes y fakies, secundados por la parte ortodoxa del pueblo musulmán, tronaron en las mezquitas y en las plazas públicas, contra aquella que llamaban *alianza vergonzosa y sacrificio de familia*, y cuya conmoción á tal punto llegó, que Aben-Abed se vió obligado á adoptar serias medidas militares, para evitar una revolución popular.

III

Toledo, al fin, cayó en poder de los cristianos, á pesar de los buenos descos del emir Ahmed-ben-Hud, de Zaragoza para evitarlo, y de los socorros que con su hijo Al-Fadal, envió al desdichado Yhaya-al-Kader el soberano de los Algarbes. El día 25 de Mayo de 1085, sobre la mezquita principal de la señora del Tajo tremoló la enseña del crucificado.

En tanto Aben-Abed se engrandecía al Sur, á costa de los arracces independientes fronteros á sus estados, arrebatándoles las ciudades de Ubeda, Martos y Baeza.

Pasados los primeros transportes del alborozo cristiano, por la in-

(1) Entre los pueblos dotales se contaban, Cuenca, Huete, Ocaña, Vélez, Mora, Alarcos, Valera y Consuegra.

signe conquista realizada, D. Alfonso volvió á campaña, y fueron muchos los pueblos y fortalezas con que engrandeció el perímetro de sus dominios, á costa del de los emires de Badajoz y Zaragoza.

Aben-Abed que lo veía avanzar con tal rapidéz, y que empezó á recelar de las buenas disposiciones de su yerno, á fuerza de advertirselo sus consejeros, no pudo menos de llamar á aquel la atención, cuando lo vió enseñorearse de Madrid, Maqueda y Guadalajara, y le intimó que no pasase adelante.

—Me avengo á ello,—le respondió D. Alfonso;—pero me tienes que dar los pueblos que constituían toda la dote de tu hija, ó de lo contrario, pagarme réditos adecuados, en pena de tal demora.

Y por cierto que según los historiógrafos musulmanes, estos no tenían nada de módicos.

Aben-Abed, que había declarado guerra al emir granadino, no tuvo más remedio que pasar por esta exigencia, para no tener que combatir á dos enemigos á la vez. Pero D. Alfonso no podía contener sus impulsos, y en son de auxiliar de su suegro, pretestando cumplir las condiciones de la alianza entre ambos acordada, pero en realidad practicando un reconocimiento militar, se presentó un día ante Sevilla, al frente de 1.500 caballos, cubiertos de hierro, desde donde pasó hasta Medina-Sidonia, en donde estaba Aben-Abed. Este, lleno de zozobra, se esforzó en demostrarle la ineficacia de sus socorros, estando como estaba ya en ajuste de paz con el emir de Granada; más Alfonso, llevado de un impulso de vanagloria, avanzó hasta el mar Mediterráneo, y espoleando su caballo, lo hizo entrar dentro de él, hasta el petral, exclamando:

—¡Toqué el extremo de las tierras del andáalus!

Después de lo cual, tornó á Toledo.

Mas el ócio era incompatible con su natural actividad. A los pocos meses de esta correría, mandó á su rico Fhome Alvar áñez, y á su tesorero Ghaleb, judío á quien tenía en gran estima, en calidad de enviados á la ciudad del Betis, á cobrar los réditos devengados por la parte de la dote de Zaida, que no le había sido entregada por su suegro; y no entró la embajada en la ciudad, sino que acampando fuera de ella, exigió que saliesen allí los empleados del *zekat* á hacer entrega de la suma adeudada.

Tratando de evitar por su parte motivos de ruptura, Aben-Abed aconsejó á su tesorero mayor Ebn-Zeidun, que accediese á tal exigencia, y éste, seguido de otros empleados, pasó al pequeño campamento en que los emisarios castellanos se encontraban, y con toda la escrupu-

losidad hebrea, Galet revisó los *dineros* que Zeidun le llevaba, exclamando al cabo de un par de horas de laboriosa inspección:

—Estas monedas no son de recibo: les falta ley.

Afirmaron lo contrario el sevillano y sus empleados, insistió el judío, y enredándose en disputas, las cosas iban tomando mal cariz, cuando llegó al campamento Aben-Abed. Alvar Fañez, que hasta entonces había callado, terció en la contienda, y propuso, como medio de zanjarla, que el emir entregase, en vez de la suma que se le exigía, ciertas alhajas de su propiedad.

Al escuchar tal proposición, Aben-Abed perdió los estribos, y echando á rodar, como vulgarmente se dice, toda clase de respetos, repuso:

—Pues ahora, ni entrego cantidad alguna, ni tolero tanta insolencia y altivez.

Y recabando á sus súbditos, se internó en la ciudad.

Como esto pasaba ya á la caída de la tarde, los comisionados del rey de Castilla determinaron pasar allí la noche, y partir para Toledo al alborar el siguiente día. Más cuando se hallaban entregados al reposo, fueron asaltados por una turba desenfrenada de esclavos, que atropellando á los pocos soldados que escoltaban á los embajadores, buscaron al hebreo y le dieron de puñaladas.

¿Fué este lance sangriento inspirado por el emir á los wazires?... Sospechóse que sí, pues el encono de aquellos sanguinarios alborotadores, no tenía por objetivo más que á Ghaleb, esquivando hacer el más leve daño, ni al capitán castellano, ni á la escolta; consideración que estaba robustecida por la conducta del emir, que ni hizo caso de semejante atentado, y aún disculpó á sus autores.

Antes de volverse para Castilla, Alvar Fañez solicitó una audiencia de Aben-Abed, y ya en su presencia, le increpó duramente por la conducta observada, tanto respecto del pago de su deuda, como del atropello que se había cometido contra los enviados del rey su yerno y aliado, sin que por su parte hubiese tomado medida alguna, ya que no para evitarlo, al menos para castigar á sus autores.

—Si á quejas me provocas, —le contesto Al-Motamid, —no serán ni menos, ni de menor calibre las que yo formularé contra tu señor. Así que queden las unas por las otras.

—Pues bien, yo á nombre de ese señor, á quien tan sin tino has ultrajado en sus intereses y en las personas de sus representantes, te anuncio sangrientas represalias y días de luto y de ruinas.

Y tornó con los suyos á Toledo.

Sabedor D. Alfonso de lo ocurrido, dijo:

—Siento en verdad la muerte de Ghaleb, porque era un fiel y diligente servidor; pero me congratulo del desenlace, porque así que vuelva de la jornada que proyectó sobre Zaragoza, iré á enseñar á mi suegro, cómo debe tratarse á los embajadores de los reyes de Castilla.

IV

Lector: en alas de tu imaginación, sígueme al salón de los consejos de la aljama de Sevilla, en donde tiene lugar un acto de importancia. No temas al cierzo del mes de Enero: las heladas invernales no afectan ni entorpecen la gimnasia del espíritu.

Ven y ocultémonos entre los perfumados pliegues de las amplias *nukhas* que visten los alisados muros, para ver y oír á nuestro antojo.

¿Los distingues bien á través de esas azuladas nubes de humo que vomitan á porfía sus bocas y las filigranadas pipas que succionan?

El que preside es Abu-Bekr, *cadhi-al-kebir* ó Juez supremo de Sevilla. Aquel que ocupa el primer divan á su derecha, es el sesudo y prudente Abdalá-ben-Yakut, *cadhi* de Málaga. El que se sienta en el diván opuesto es Abu-Djafar, *cadhi-al-kebir* de Granada. A seguida del primero, puedes ver á Ishak-ben-Mokynah, de Badajoz, y al ínclito Abu-Walid, de Beja; y á continuación del granadino, á Abu-Bekar-Mohamed, de Córdoba, y á Abdalá-ben-Zeidun, de Murcia.

Los otros, hasta en número de treinta, son *jekes*, *walies* y *jarifes*, menos conocidos.

Ayer, odiándose de muerte, concitaban unos contra otros las tropas de los distintos estados musulmanes de la península. Ahora el común peligro, simbolizado en la interesante figura de Alfonso de Castilla, los auna para concertar el medio de conjurarlo.

Pero,—¡oh fatalidad!—aunque hemos hecho el viaje con más rapidez que si hubiésemos caminado arrastrados por el moderno automóvil ó impulsados por la electricidad, sobre el alambre telegráfico, hemos arribado tarde á la sala del consejo. La discusión ha terminado, el *kateb* extiende el acta, y Abu-Bekr ha pasado recado á los emires de haber terminado su cometido.

Estos, que para dejar á sus ministros discutir con toda libertad se habían retirado á una estancia contigua, penetraron en el salón, y los consejeros á su presencia se levantaron.

—Me congratulo de la unanimidad de pareceres que me dicen ha

reinado en asunto tan delicado como el que aquí nos ha reunido...—dijo Aben-Abed.

—Señor, perdona que te advierta el engaño en que estás—objetó Yakut:—yo he opinado en sentido contrario á mis compañeros.

—¿Tú? ¿y en qué te fundas?...

—En que no conviene traer á España á los musulmanes morabitos, esas gentes bravías y avezadas á la vida de los desiertos africanos, como los tigres y leones con quienes comparten el dominio de sus candentes arenales.

—¿Desconfías del poderoso y magnífico Yusuf-ben-Taxfin?

—Desconfío; y bien sabe Aláh, que apostaría mi mano derecha á que aniquilará en cuanto llegue, el poderío y la soberbia del castellano.

—Entonces...

—Pero temo que esas huestes que hoy invocamos en nuestra ayuda, una vez derrotado el rey de los rumíes, se vuelvan contra nosotros, y seducidos por la fertilidad y hermosura de nuestro suelo, no nos dejen ni un palmo de tierra en que poder alentar, libres de su opresión.

—Tu suspicacia inventa peligros imaginarios,—le advirtió el emir del Algarbe.

—Puede que algún día te arrepientas, ¡oh, esclarecido Omar! de no haber apreciado mi advertencia.

—Pero ¿qué pruebas tienes tú?...

—Tiende tu mirada al otro lado del Estrecho. ¿No ves los extensos territorios del Maghreb avasallados á su dominio y entregados á la rapiña de sus hermanos del Zahara?

—Es que nosotros no consentiríamos...—se atrevió á advertir el pusilánime Yahya-Dzy-el Nun, destronado monarca de Toledo, y á la sazón emir de Valencia.

—¡Inocente! ¿Qué huestes íbais á oponer á las suyas victoriosas?... El triunfo sobre nuestro enemigo, debeis buscarlo, no en el auxilio del príncipe de Lamtuna, sino en el olvido de vuestras rencillas, y en una sincera unión entre todos. Apagad la tea de la discordia que habéis estado aventando en perjuicio propio; hermanaos para siempre y contactad con la victoria.

Esta sesuda exhortación, produjo en el concurso un efecto contrario al que debiera. Una explosión de destemplados calificativos estalló por todas partes. Alguno de los circunstantes, lo trató de ruín musulman; no faltando quien lo tildase de corifeo é instrumento pagado de D. Alfonso.

Él, al verse blanco de tan duras diatribas, no conceptuó prudente insistir en sus reflexiones, y solo contestó:

—El tiempo será quien me de la razón ó el desengaño.

Restablecida la calma, se acuerda dirigir una carta á Yusuf, invitándole á que pase á España, en ayuda de sus hermanos en la fe del Profeta, y su redacción se encomienda al emir de Badajoz Omar-ben-Al-Aftas, comó consumado literato; y designada después la comisión que había de ir á ponerla en manos del almoravid, se levanta la sesión.

Y cuentan las historias arábigas, que ya á solas Aben-Abed con su hijo Raschid, joven tan ilustrado como maduro en los consejos, oyó de boca de éste reflexiones análogas á las del cadhí de Málaga, tildando de peligroso el paso acordado respecto de Yusuf.

—«Él nos arrojará de nuestros hogares,—profetizó,—y con sus huestes desenfrenadas nos dispersará y expatriará.»

Aben-Abed trató de persuadirlo de que tal no ocurriría, así como de lo política que era la resolución tomada.

El joven sólo repuso:

—«Hágase, pues, lo que Aláh te está inspirando.»

V

¡Los almoravides!

Hacia treinta años, nadie los conocía. Moradores de las ardientes llanuras del Zahara, las innumerables tribus de aquella raza, tan ignorante como belicosa, sólo se ocupaban en disensiones intestinas ó en alguna que otra excursión contra sus vecinos los negros del Senegal. En los interregnos de paz (que eran pocos y cortos) se dedicaban á la pastoría de meherris y de avestruces: la labranza no la usaban; y su alimento cotidiano consistía en la leche y el queso que producían sus ganados, y en los frutos que espontaneamente les brindaba la tierra.

A mediados del siglo en que se desenvuelven los hechos que vamos historiando, un *thaleh* llamado Abdalá-ben-Yasin, de la tribu de Djezulah, hombre instruido en la ley de Mahoma, les empezó á predicar esta religión. El éxito que alcanzó fué maravilloso, y en breve en aquellos dilatados territorios preponderó la religión del Profeta. Como hombre experto y político, concibió la idea de crear un estado fuerte y poderoso, sojuzgando y sometiendo á aquellas pequeñas kábilas á una autoridad superior y común, y al efecto preparó la elección de un

emir, que por las atribuciones que le asignó, sólo venía á ser un general de ejército, reservándose él toda la autoridad espiritual y civil.

Varios fueron los que acaudillaron en poco tiempo aquellas huestes batalladoras, hasta que, habiendo muerto en 1056 Yahya-ben-Omar, de la tribu de Lamtuna, en una expedición contra los negros, recayó el emirato en su hermano Abu-Bekr. Desde esta época puede decirse que los almoravides empezaron á representar un papel importante en la escena social, alarmando con sus rápidas é importantes conquistas, no sólo al mundo cristiano, sino hasta á sus mismos hermanos en la fe del koram.

Abu-Bekr encomendó á su primo Yusuf-ben-Taxfin la vanguardia de sus ejércitos, y á poco le nombró su *kalifa* en el Maghreb (1060) al cual sometió en breve tiempo, extendiendo sus conquistas hasta el Estrecho, y fundando la ciudad de Marruecos para su corte. Su trato y comportamiento con las tropas, le hicieron su ídolo, su valor é inteligencia en las campañas, le conquistaron toda la Mauritania, y los consejos de su esposa Zeinab,—mujer tan hermosa como de extraordinario talento—afianzaron su autoridad y engrandecimiento.

Abu-Bekr, celoso de su fortuna y nombradía, lo llamó á Aghmat, pretextando felicitarle y enterarse de la misión que le había dejado encomendada; pero convencido de que no le quedaba arbitrio contra el poderío de Yusuf, y alardeando de desprendimiento, le cedió en propiedad y renunció en su favor el imperio de los dilatados reinos que gobernaba en su nombre, retirándose él hacia el Zahara.

Tal era, en tres plumadas bosquejado, el auxiliar invocado por el consejo de los cadhíes habido en Sevilla.

Recibió Yusuf en Fez la embajada de los soberanos españoles, y aunque ya había sentido deseos de dirigir su planta batalladora hacia España, país que le habían pintado mas de una vez como el más cabal trasunto del Paraiso, sobre todo desde que conquistada Ceuta, pudo alcanzar con la mirada á sus amenas costas, desde la cumbre del Hacho, no quiso dejarse llevar de los primeros impulsos de su corazón, y consultó el caso con la inteligente Zeinab y con Esbath su diplomático *kateb*.

La solución fué favorable á la petición de los emisarios; pero á condición de que el emir de Sevilla había de ceder al lamtunita, para tener siempre libre el paso, la isla Verde.

Aunque el príncipe Raschid conceptuó injustificada y exorbitante tal demanda, su padre no titubeó en acceder á ella, y la escritura de cesión se envió en seguida al soberano de los morabitas. Este, sin de-

mora, expidió órdenes y emisarios á los cuatro vientos de sus dominios, anunciando la grandiosa expedición que proyectaba; los *imanes* y los *marabuts*, leyeron sus cartas en las mezquitas y plazas públicas de las ciudades, en los aduares y tiendas desparramadas por los desiertos, predicaron á sus súbditos el *djihed* ó guerra santa, y durante cuatro meses estuvieron llegando al punto de reunión, que eran Tetuán y Tanger, hordas innumerables de *taurikes*, cuyo campamento se extendía desde una á otra ciudad, ocupando un perímetro de 45 kilómetros próximamente.

Allí descollaban por su aspecto imponente y sombrío las compañías de su guardia negra, armadas de corvos *alkhandjares*. Las tribus de Lamtuna, Masufa y Djedala, favoritas de Yusuf, con las bocas tapadas por el *litsam*, eran las más numerosas: en sus aduares de las estribaciones del Atlas, no debían haber quedado mas que los niños y las mujeres. Los ginetes bereberes caracolean aquí y allí haciendo prodigios de equitación sobre sus modelados y alígeros corceles. Y Yusuf desde el alminar de su castillo de Tánger, acompañado de sus caides predilectos Syr Abu-Bekr y Dawd-ben-Aischa, se deleitaba el día antes de la partida, en contemplar el ejército más numeroso y entusiasta de cuantos había guiado á la victoria.

A mediados de Junio aquel hormiguero humano empezó á botarse al agua desde Ceuta, en la multitud de embarcaciones que tanto Yusuf como los emires peninsulares habían dispuesto para el transporte. El Emir-al-Moslemyn (*Emir de los musulmanes*, que así titulaban á Yusuf) fué el último que se embarcó, con su hijo Ibrahim y los generales y capitanes más señalados de los morabitas.

Era el día 30 de Junio de 1086 y la mar estaba bastante picada. No bien entró aquel en la nave, levantó las manos al cielo, invocó el nombre de Aláh todopoderoso, y prorrumpió en esta plegaria:

«Señor, si la empresa que acometo ha de redundar en beneficio de los musulmanes, tú que lo sabes, refrena las revueltas olas de este piélago; mas si no ha de serles provechosa, acrece la tempestad hasta impedirme zarpar en la otra orilla.»

Y afirman las historias de aquel pueblo, que Dios oyó su ruego, y abonanzando el temporal, quedó tranquilo el mar como una balsa.

Posesionado Yusuf de la isla Verde, por cuyas orillas rebosaba la morisma que acaudillaba, prosiguió su viaje hacia las costas de Algeciras, que ganó á la una de la tarde. Aben-Abed á la cabeza de los demás emires españoles sus aliados, lo aguardaba en la pintoresca playa. Todos le dieron gozosísimos la bienvenida, y Yezid, hijo de Aben-

Abed y walí de la ciudad, le hizo entrega de las llaves de ésta. Sin demora hubo un consejo de soberanos. Yusuf se enteró detalladamente del país, su riqueza, su estado de civilización, de los abastecimientos y tropas con que podían auxiliarle, y en una palabra, de todo aquello que necesitaba saber para determinar sus operaciones. En seguida despidió á los emires para sus respectivos estados, á recabar las tropas de que pudiesen disponer, y sobre todo provisiones para mantener á aquella innumerable y extraña muchedumbre, partiendo por el camino de Arcos, en donde se detuvo tres días, y continuando luego por el camino de Sevilla. Aquí hizo alto algún tiempo: los preparativos de la campaña, juntamente con la hermosura de aquel suelo privilegiado, lo retuvieron en él hasta tres meses.

A este término, tornaron á moverse aquellas masas de carne y hierro, (previo un espurgo de los soldados inservibles) que como plaga de langostas arrasaban cuantas comarcas hallaban al paso, llevando el espanto por su feroz aspecto á los moradores de ellas, sobre todo á las mujeres y á los pequeñuelos, que no se consideraban á salvo sino refugiándose en las mezquitas.

La ruta que emprendieron fué la de Extremadura, en donde y en el resto de los países de los Algarves, se habían barrido todas las alhóndigas y graneros, para acudir á la voracidad de aquel ogro informe é insaciable.

VI

Noticioso Alfonso VI del acuerdo tomado por el consejo de los kadies en Sevilla, é impuesto más tarde por el converso Gorrik, de la respuesta dada por Yusuf á los embajadores de los principes musulmes de España, penetróse de que la jornada que en su contra se aparejaba, iba á ser de las más formidables, quizás la más, de cuantas la morisma había llevado á cabo contra los descendientes de Pelayo. Por sí solo, sería no sólo temerario, sino imposible, hacer frente á las hordas africanas del victorioso Yusuf.

¿A dónde recurrir?

No era únicamente su Estado el que peligraba; la lucha iba á ser más trascendental. La cruz y la media luna serían las que disputasen el triunfo; y como en el de la primera estaba interesada toda la cristiandad, á ella acudió D. Alfonso.

Al efecto envió su correspondiente embajada al Pontífice romano,

exponiéndole al trance en que había forzosamente de encontrarse, y haciéndole presente que si los cruzados se dirigían á la reconquista de la Tierra Santa, en España se iba á pelear por la misma religión, con la diferencia que allí se iba á buscar al enemigo, y aquí lo tenía la cristiandad en casa; lo que era más comprometido y peligroso.

El Papa halló de peso estas razones y acudió á la necesidad que le representaba.

Al efecto expidió sus bulas á los príncipes católicos, sobre todo á los más vecinos de España, exhortándolos á que concurriesen y recomendasen á los caballeros de sus estados, que se estuvieran disponiendo á formar parte de los ejércitos de cruzados que con frecuencia partían á Oriente, que torciesen su camino al Occidente, ofreciéndoles las mismas ventajas temporales y espirituales en esta expedición, que en las encaminadas á Palestina.

La voz del pastor de los fieles no podía ser desoída en asunto tan interesante, y menos en aquella época en que con no haberse declarado dogmática la infalibilidad de los sucesores de San Pedro, se tenían por más infalibles que en nuestros días.

Las casas soberanas de Borgoña, Tolosa y Lorena, mandan á Castilla á sus miembros, con sus estandartes y sus mesnadas; el rey de Navarra envía también sus aguerridos montañeses; el conde de Barcelona capitanea por sí mismo sus huestes, y todo varón que puede manejar un arma en los estados castellanos, abandona el hogar en que naciera, para ir á prestar su concurso en aquella empresa, en que á la vez van á librarse el predominio de la religión, la integridad del suelo conquistado y la vida y el honor de su familia. Los ministros del Señor encienden desde el púlpito el entusiasmo de sus feligreses; las indulgencias concedidas por el Santo Padre ofrecen á los que puedan sucumbir en la pelea, la seguridad de un bienestar eterno; y desde la corte hasta el más insignificante villorrio, no se entonan mas que salmos penitenciales, ni se procura más que ultimar los negocios terrenales aún pendientes, como si fuese el fin del mundo el que se aproximase.

No hay diferencia que no se transija, ni resentimiento que no provoque una sincera reconciliación. Si aquel estado moral hubiese subsistido, casi, casi podía decirse, que en lo que al sentido íntimo atañía, la sociedad había llegado á un estado de completa perfección.

Y no digamos que esto debía entenderse respecto de los hombres solamente. Las mujeres, no menos alarmadas, ni menos codiciosas de eterna ventura, también figuraban, y en número bastante respetable, en la partida.

Como hoy en un trance apurado, se ofrece vestir hábito por un tiempo determinado, entonces se ofrecía servir á los heridos de los ejércitos en las jornadas que hacían. Así que era cosa corriente ver caminar en pos de las huestes un número mayor ó menor de mujeres, haciendo veces de los enfermeros ó practicantes de las modernas ambulancias militares.

En la ocasión que nos ocupa, el número de las alistadas subía de dos mil; y para evitar todo desmán, D. Alfonso acordó que no saliesen hasta el día después que partiese el ejército.

Por último, como auxiliar de D. Alfonso, también figuraba en la expedición un cuerpo de judíos que se hacía subir hasta treinta mil.

El día de la marcha, bendecidas por el arzobispo las banderas, y después de haber confesado y comulgado las tropas, las falanges cristianas partieron camino de Extremadura.

TERCERA PARTE

La batalla.

I

Allí están.

En su marcha paulatina, salvando los aledaños extremeños, han hecho alto en su camino al afrontar al enemigo, en los incultos valles y espesos encinares de Azagala, á que ellos dan el nombre de Zalaca, cuyo suelo retiembla bajo sus pisadas.

Aben-Abed, capitaneando á los emires sus aliados y todas sus almafallas arábigo-españolas, acampa en la falda de aquella sierra. Sus vistosas tiendas y el lujo de los soldados que comanda, dan á su campamento una perspectiva pintoresca.

Dos kilómetros más hacia occidente y sobre un pequeño otero, asienta Yusuf, en medio de sus taurikes africanas, cuyos soldados, contrastando con los anteriores, visten pieles de fieras ú oscuros camisones, ceñidos á la cintura con tiras de cuero retorcidas ó con balteos de esparto.

Más abajo en un extenso valle, piafan los corceles mauritanos, que avezados al fragor de las batallas, aguardan impaciente el ¡hurra! de partida.

Acá y acullá, los gloriosos estandartes islamitas, que tantas veces han guiado á las belicosas tribus al templo de la victoria, tremolan al viento por doquiera, ostentando escritos en su fondo, con rojos caracteres, los surates más preciados del Koran.

Un ruido estrepitoso y discordante, mezcla infernal de choque de armas, relinchos de caballos, voces de mando, brutales risotadas y monótonas canturias, fatiga la secular tranquilidad de aquellos campos.

Media el día. Un redoble general de atambores, en sustitución de la voz plañidera del *muezzin*, anuncia á los creyentes que ha llegado la hora de la oración del medio día. Como por encanto el silencio se hace plaza en aquella Babel indescriptible. Y el ejército todo, con las cabezas descubiertas, é inclinadas con devoción, vuelta la faz hacia el Oriente, murmura la plegaria del *dohr* acostumbrada.

Al terminar y renacer el aturdidor zumbido de aquella inmensa colmena, los pliegues de la tienda de Yusuf se separan, y éste exhibe su simpática figura. Su estatura es mediana, delgado de cuerpo y de facciones finas, la tez tersa y morena, los ojos negros, aguileña la nariz, la barba rala, las cejas arqueadas y la voz clara y sonora. Su traje es oscuro, aseado y sencillo. Nada de bordados, nada de adornos, nada de orepeles.

—Esbath,—llamó.

El *cateb* se presentó y los dos se internaron en la tienda. A una señal de Yusuf, su secretario se sentó sobre una tarima cubierta con una especie de alfombra de pieles de tigres, que servía á Yusuf de lecho, de asiento, de tronó, y de todo en las campañas, y tomando una pluma y una tabla que colocó sobre las rodillas, se dispuso á escribir. Yusuf dictó paseándose, y por lo pausadamente que lo hacía, se comprendía que antes de pronunciar una frase, la meditaba mucho y medía su alcance.

Terminado la carta, firmóla el caudillo y dijo á Esbath:

—Sin demora alguna, ve á ponerla en manos del rey de Castilla.

Esbath no se hizo repetir la orden. Saludó y salió de la tienda, con dirección á los reales de Alfonso, que estaban situados á un kilómetro de distancia, enfrente de los musulmanes.

Las compañías del rey de Castilla, mandadas por Alvar Fañez, confrontaban con las de los príncipes mahometanos españoles, y formaban el ala izquierda del campamento cristiano. El centro, donde figuraban los soldados gallegos y las tropas de los cruzados extranjeros, mandábalos el mismo rey de Castilla. En el ala derecha, regida por D. García, militaban los navarros y las compañías del conde de Barcelona. Y á dos tiros de bala de distancia, detrás de los reales de Alfonso, se veía otro pequeño campamento, en torno de cuyas tiendas, de mayores dimensiones que las otras, eran contados los guerreros que pululaban.

Este era el hospital de campaña, y allí moraban las damas y plebeyas que seguían al ejército para cumplir algún voto, las que á la vista de aquellas turbas amenazadoras, sintieron la garra del pavor clavarse en sus corazones, augurando, inspiradas por éste, un éxito desastroso á la jornada.

Esbath llegó al campamento de los cristianos. Las avanzadas le cortaron más de una vez el paso; mas advirtiéndole que traía un mensaje para el rey, pudo llegar á la tienda de éste.

D. Alfonso discutía con los capitanes principales de sus tropas el plan de ataque, ó mejor dicho, la ocasión de emprenderlo, si el enemigo no lo iniciaba antes.

A la presencia del kateb, todos enmudecieron, mientras el rey leía la carta que Yusuf había dictado. De instante en instante, el color de D. Alfonso mudaba. Ya se ponía rojo, ya lívido, y siempre demostrando afectos violentísimos.

Aquel escrito estaba concebido en estos términos:

«Me han informado, oh rey Alfonso, que ansiabas bajeles para pasar á mis territorios en busca mía. Ya ves cómo te excuso la jornada, viniendo á buscarte en tus estados.

»Y vengo porque Dios me envía para aniquilar tu envidia y engreimiento.

»Puedes, sin embargo, evitar tu ruina y la de tu pueblo, si te avienes á una de estas dos cosas: ó á declararte príncipe tributario mío, ó á abrazar la religión mahometana.»

Alfonso, ciego de cólera, rompió la carta y la pisoteó, fulminando cien improperios contra el almoravid. Luego encarándose con Esbath, le dijo:

—«Anda y di á tu emir, que se deje ver en la batalla, y allí saldaremos estas cuentas.»

Esto ocurría el jueves 10 de redjeb.

Pasado el primer ímpetu, y recobrada por D. Alfonso la serenidad, continuó el interrumpido consejo. Tratábase en él de qué día sería el más apropósito para trabar la batalla, y resuelto que fuera el lunes, el soberano de Castilla escribió al emir de los mahometanos otra carta concebida en estos términos:

«Mañana, como viernes y día festivo para tus muslimes, no me parece oportuno encender la pelea. Al siguiente es sábado, en que los judíos que tanto abundan en mis filas, celebran su festividad, y no conceptúo justo que atropellemos sus ceremonias. Tras él viene el domingo, que es el día de fiesta para la cristiandad, y la misma razón

que respecto de los anteriores debe militar para no romper en él las hostilidades. El lunes ya no hay obstáculo de este género para que se crucen nuestras armas. ¿Convienes en diferir para ese día el trance que hace tanto hemos estado preparando?»

Yusuf consultó esta proposición con los emires, sus aliados, los cuales no encontraron inconveniente en que se accediese á ella. Al-Motamid, al hacerse cargo de esta generalidad de pareceres, no discrepó de ellos.

—Pero está muy alerta, esclarecido Yusuf—advirtió,—y no te fies de las palabras del rey de los rumies. Quizá son un lazo, una asechanza que nos tiende; pues es muy aficionado á estas estratagemas y engaños en la guerra. Yo, por mi parte, te aseguro que viviré prevenido.

—De cualquier modo no quiero dejar de ser condescendiente. Tendré en cuenta tu advertencia, y aplazaremos para el lunes la batalla, demostrándole con esto que no me duelen prendas.

Y así lo participó á D. Alfonso.

II

El día daba sus últimos bostezos para dormirse en el anchuroso lecho de esmeralda que le ofrecían los mares de Occidente. La tienda de Aben-Abed, de forma octogonal, que más parecía un lujoso camarín palaciego que guarida de campaña, con sus forros y borlones de seda y oro y sus divanes de plumas, estaba ocupada por una joven de estremada belleza y en la flor de la vida. Era rubia como un querubín, y su arabesco atavío no podía ser más ostentoso. Su diestra mano oprimía un artístico *mihazor*, y la izquierda separaba con cierto temor, pero con acentuada curiosidad los pliegues del cortinón de entrada.

Aunque inmóvil en aquella situación hacía largo rato, sus ojos de cielo se revolvían dentro de sus órbitas con anhelosa celeridad, como buscando en el campamento cristiano algún ser ú objeto que no descubría.

—¡Ah! ¡loca esperanza!...—murmuró con desaliento—¡Debió morir en aquel terrible trance!... ¡Cuándo he de llegar á convencerme, de que soy al par huérfana de padres y de amor!

Aben-Abed la sorprendió en aquella actitud curiosa; que ella intentó disimular, y entrando en la tienda le dijo:

—¿Te solazabas en la guerrera perspectiva del campamento cristiano, bella Luilín?...

—Me había acercado... en este instante...—balbuceó ésta, toda ruborosa.

—¿Por qué lo niegas?... ¡Si yo lo encuentro muy natural! Al cabo son tus hermanos.

Luilín suspiró en silencio.

—Ya el crepúsculo se desvanece, y las sombras nocturnas envuelven el campo enemigo. ¿Cómo no descansas, hija mía?...

—Cuando vos veláis, yo no debo dormir.

—¡Siempre tan discreta! Mas sospecho que el miedo no deja de tener su parte en tu resolución.

—¿El miedo?... ¡Ah! sí, temo, no por mí, sino por vos.

—¿Quieres demostrarme que te importa más mi vida que la tuya propia?

—No es necesaria esa demostración. ¿Qué puede prometerse de sus días una infortunada esclava? El único aliciente que me hace llevar la existencia, es el que me prestan vuestras deferencias paternales; y ¿no he de desear que el cielo os conserve la vida, para paño de mis lágrimas?

—¡Pobre Luilín! Si no fuese por el afecto filial que me inspiras, yo te haría libre. Un egoísmo justificado, ha remachado las cadenas de tu cautiverio. Yo necesito tu compañía, por que en tí—¡ya te lo he repetido muchas veces!—encuentro algo de lo que hacía á mí Zaida, la joya más preciada de Andalucía. Tu presencia me la recuerda á todas horas, y por eso te amo tanto.

—Vuestra hija es feliz, señor, yo os lo aseguro.

—¿Feliz?... Pudiera serlo, si mis cuitas no amargarán las auroras de sus días.

Un *nahib*, ó capitán de caballería, previa vénia, entró en la tienda.

—¿Han faltado ya á sus compromisos?—preguntóle alarmado Al-Motamid, que ya había tomado posesión de un diván, poniéndose de pie instintivamente.

—Ignoro, señor, á quién aludes—respondió un tanto confuso el recién llegado.

—Entonces... ¿qué ocurre?—volvió á preguntar más tranquilo Aben-Abed.

—Rompiendo cinchas acaba de llegar al campamento un jinete del Riff.

—¿Y bien?...

—Cortéle el paso, y me suplicó no sólo que lo dejase continuar, sino que lo guiase á la tienda del emir al-Moslemyn, pues era portador de una nueva que le interesaba.

—¿Y lo dirigiste?...

—Más aún: pude enterarme del objeto de su comisión, que era la de participarle que su hijo Abu-Bekr está en Ceuta expirando.

—¡Poderoso Aláh!

—Nueva de tal calibre, no he dudado en venir á noticiártela.

—¡Oh! ¡y yo sin poder acudir á consolarlo, por si esos infieles hacen de las suyas!... Pero aguarda, si no yo, irá Luilín, que es la delicadeza y la discreción sumas, á prodigarle consuelos en mi nombre. ¿No tienes reparo en ello, hija mía?

—Señor, yo no tengo otra voluntad que la vuestra.

—Sí, sí, al momento.

Y con un lapiz rasgó sobre un pergamino estos reglones:

«Acabo de saber la novedad que te aflige. Los cuidados convenientes me impiden volar á tu lado; pero ahí te envío á Luilín, mi esclava favorita, cuya compañía sabrá endulzar tus penas. Solo á tí la confío, pues es la mejor joya de los tesoros de Al-Motamid.»

Sin demora el sevillano mandó poner la litera de manos en que había caminado su esclava desde Sevilla, y dándola un beso en la frente, con la ternura de un padre, se despidió de ella. Recomendó al nahib el mayor cuidado, y el vehículo, balanceándose sobre los férreos puños de dos mulatos gigantescos, se perdió en las sombras.

III

—¡Es una alhaja!—murmuró Aben-Abed, volviendo al interior de la tienda, en donde un esclavo había encendido el *atanor* ó lamparita de plata que pendía del centro de la misma.—A falta de mi hija... ninguna como ella. ¡Ah! ¡Cuándo volveré á ver á mi Zaida!

No habían expirado estas palabras en sus labios, cuando una persona embozada en un albornoz granate, apareció en ella. Al leve ruido de sus pasos, el emir se volvió y al verla en su estancia, sin haber demandado licencia, le interrogó de mal talante:

—¿Quién te ha dado permiso para penetrar aquí?

Aquella, después de haberse cerciorado, con una mirada en derredor, de que nadie mas que Aben-Abed podía verla, contestó desembozándose y lanzándose con los brazos abiertos al cuello del emir:

—¡Nadie, padre mío!

Y Al-Motamid, ahogando una exclamación profunda y amante como pocas, la estrechó contra su seno, besándola delirante mil veces en la frente, y llorando, al par de ella, como un niño. Porque la recién llegada era la reina de Castilla.

Pasados algunos instantes, en que la emoción no les permitió pronunciar palabra, el padre ofreció á aquélla un diván, junto al en que él tomó asiento, y le preguntó:

—¿Cómo tú á estas horas en estos sitios, luz de mis ojos?

—Por si no te vuelvo á ver.

—¡Oh! agradezco esta deferencia á tu marido...

—No: Alfonso ignora que me hallo tan cerca de él.

—¿Vienes de incógnito?

—Sí: yo partí de Toledo al siguiente día de haberlo hecho él, con las damas y plebeyas que en cumplimiento de algún voto siguen sus reales.

—¿Y cómo te expones tanto, querida Sobeiha?

—¿No vale tal peligro el placer de abrazarte?...

—Es que arriesgas la vida. La batalla amenaza ser exterminadera. Yo no podré hallarme en todas partes para velar por tí; y cuando esos hijos rudos del desierto asalten vuestro campo, ¿quién te va á librar?...

—¿Cuando lo asalten?—interrumpió Zaida.—Puede que tus cálculos salgan fallidos, padre amado.

—No saldrán.

—¡Oh! lo dices con una seguridad... que me da pavor.

—La derrota de tus soldados es segura.

—Son muchos y valientes.

—No importa. Está escrito y así tiene que suceder, hija mía. ¿Tienes tú noticias de algún poder en el mundo que haya contenido hasta el día esa avalancha humana que va á rodar, impulsada por Yusuf, sobre las mesnadas que acaudilla tu marido?

—¡Ah!—dijo contristada Zaida—¡por qué este trance!

—Pregúntaselo á Alfonso; su arrogancia, su ambición...

—Por Aláh, padre mío, ¡que es mi esposo! Óyelo á él, y tú mismo convendrías en que la causa de tantos males eras tú y sólo tú.

—Bien, Zaida: hagamos punto en esto, que Aláh que todo lo penetra, dará el premio y el castigo á quien los merezca. Pasemos á lo que más me interesa. ¿Sigues tú tan feliz con él, como en aquellos días en que sobre tu espalda flotaba el velo nupcial y aún resonaban en el espacio los ecos de *walima*?

—Sí, padre mío; y creo que cada día que pasa añade un eslabón á la dulce cadena que liga mi voluntad á la suya.

—¡Oh! ¡qué gozo infundes con tan grata nueva en el alma de un padre que tanto se desvive por sus hijos!

—¿Y tú... sin mis caricias...?

—Érrante y desolado, he vagado mil veces por tus camarines, sin hallar otro lenitivo á mi tristeza que el tenue de los recuerdos... hasta que un día vino á mi poder una esclava castellana, en quien hallé algo de lo mucho que había perdido en tu partida. Su edad es tu edad; su carácter, sus aficiones, sus modales, son un fiel trasunto de los tuyos: por eso la amo como á una hija; y ella, que aprecia mi modo de ser y mi ternura, no me habla más que de ti.

—¡Me conoce!

—Sí, en verdad.

—¿Cómo se llama?...

—*Luilin*... la nombró así, porque en realidad es una *perla*.

—Pero su nombre cristiano...

—Teresa.

—¡Calla!—exclamó Zaida, llevándose la mano á la frente—¿Te han dicho quiénes eran sus padres?

—Sí.

—¿El Conde D. Gonzalo Salvadores, quizá?

—Ciertamente.

—¡Oh, padre mío! pues cuida de ella, si es que no consientes en libertarla.

—Libertarla, nunca. ¿En dónde encontraría otra tú?

—¿La has dejado en Sevilla?

—No: ahora mismo acaba de partir á la tienda de mi aliado Yusuf. Le aflige un pesar, y la he enviado para que lo distraiga y consuele.

—¡Pobre niña!

—No temas por ella. Yusuf es un caballero, y hartos tiene él en qué pensar, para abusar de mi esclava.

IV

Aben-Abed acompañó á su hija hasta la primera línea de avanzadas de sus tropas. A distancia de un tiro de ballesta, se veía el bulto de otra persona, en actitud de espera. Era Rodrigo Ordóñez que había acompañado á su soberana hasta aquel punto.

Esta y su padre se abrazaron estrechamente, y confundiendo sus lágrimas se despidieron.

El emir quedó inmóvil en aquel lugar, hasta que las sombras nocturnas desvanecieron los contornos de su hija.

—Rodrigo, á la tienda de mi esposo.

—¿Habiendo venido de incógnito, señora?

—No importa: me he despedido de mi padre, y quiero despedirme de él. ¡Quién sabe si volveré á verlo!

Y á los pocos pasos añadió:

— En cuanto á tí... el horizonte se despeja.

—No os entiendo.

—Teresa vive.

—¡Qué oigo!... ¿Qué vive?... ¿Y dónde?... ¿cómo? ¡Ah, señora! hablad, hablad. ¿Puedo esperar todavía?...

—No lo sé. Sólo puedo decirte que en medio de sus desgracias, ha encontrado un hombre que la respeta y la quiere como á una hija.

—Pero ese hombre...

—No está en ánimo de desprenderse de ella.

—Es que yo lo buscaré y se la arrancaré con la vida.

—¿Por quererla y respetarla?

—Por no entregármela, aun cuando luego adorase su memoria.

—Comprendo tu impaciencia.

—Pero su nombre...

—¡Chist!... te lo diré luego: estamos en la tienda real.

—Una palabra sola...—suplicó con marcada ansiedad al caballero

—¡Alto!—gritó el guardia que custodiaba la puerta de entrada de la tienda de D. Alfonso.

—Paso franco,—le ordenó Zaida con imperio.

—¿A quién?

—A la reina de Castilla.

Y se descubrió.

—Señora... perdón,—balbuceó apartándose á un lado el soldado.

Y Zaida penetró en la campal morada de su marido.

Este, sobre un lecho portátil, dormía profundamente. Ella lo contempló con cariño breves instantes, dudando en despertarlo. Por fin se decidió, y selló sus labios con un beso lleno de ternura.

—¡Qué!—gritó el rey, despertando azorado é incorporándose—¿Los africanos? ¿atacan?...

Y como Zaida iba con el traje de abolengo, él que fijó en ella la mirada, pero sin detenerse en más detalles, continuó arrojándose del lecho:

—Sí... ¡mi espada!... ¡esterminio en ellos!

—Pero Alfonso mío, si soy yo, tu esposa.

—¡Cómo! ¿tú, Isabel? ¿Qué significa esto? ¿Cómo has partido de Toledo?

—¡No te enfades! He querido despedirme de mi padre, por si no lo vuelvo á ver...

—¿Y lo has visto?

—Sí: ahora acaba de darme el postrer adios.

—¡Oh! qué imprudencia. Pero si ya has conseguido tu objeto, parte al punto á Toledo, que el trance peligroso se aproxima.

—¿No me permites?...

—¡De ningún modo! Dentro de dos horas se habrá bautizado el suelo con sangre, y tú tienes que estar ya lejos de aquí.

—¿Pues no decían que hasta dentro de tres días...

—Ese plazo ha sido sólo una estratagema. Por muy mal que la jornada nos pintase, siempre habíamos de resistirnos todo el día; y en ese tiempo tú puedes haberte alejado de aquí, lo suficiente para no temer por ti.

—Cúmplase tu voluntad—repuso Zaida, conformándose, aunque con cierta pesadumbre, con lo dispuesto por su esposo.

—¡Gorrik! llamó éste.

—El guardia, pues él era, apareció en la puerta.

—Avisa á mi armigero y al conde Suero Ovequez.

Estos comparecieron en breve ante el rey.

—Vais á acompañar á la reina ahora mismo hasta Toledo—dijo dirigiéndose al segundo—y tú Rodrigo á armarme de punta en blanco.

—D. Alfonso cambió un beso con su esposa, que toda contristada se separó de él, sin fijarse en Ordoñez, cuyos ojos pugraban por saltarse de las órbitas, repitiéndole aquella pregunta que ella había ofrecido contestarle.

V

Luilin, en tanto, temblaba como una corza lanzada á la jaula de un león, en la tienda del soberano almoravid. Cuando guiada por el *nahib* entró en ella, Yusuf era presa de un dolor dilacerante, causado por la nueva del estado en que se hallaba su hijo predilecto. Su semblante rebosaba una expresión de suprema angustia.

Al penetrar la esclava y su acompañante en aquella estancia, el acudillo procuró serenarse é hizo alto en su solitario paseo.

—Señor—dijo el *nahib*—mi amo el esclarecido emir de Sevilla, me envía á tí con esta joven y esta carta.

É inclinándose ceremoniosamente y acercándose á los labios la misiva, se la entregó al *lamtunita*. Abierta y leída por éste, dijo al oficial conductor:

—Had presente á tu señor, mi profundo agradecimiento por tanta solicitud.

El *nahib* saludó y partió.

Entonces quedaron frente á frente Luilin y Yusuf. Aquélla, sosteniéndose apenas sobre sus piés, ni se atrevía á levantar los ojos del suelo: de tal modo le imponían las extraordinarias narraciones que había oído respecto del hombre en cuya presencia estaba, y el peligro en que conceptuaba su honra, á merced de aquel hijo del desierto.

Taxfín, en una mirada lividinosa, más que apreciar, devoraba sus hechizos.

Súbitamente su rostro tórnóse sombrío, frunció el entrecejo y suspiró. El recuerdo de su hijo expirante, había venido á amortiguar sin duda, los impuros deseos que habían fulgurado en sus ojos.

—Siéntate joven—la dijo.

Ella obedeció en silencio.

—¿Cuál es tu nombre?

—Luilin.

—¿Y tu patria?

—Castilla.

—¿Eres nazarena?

—Lo soy, señor.

—¿Cómo te cautivaron?

—¡Ah!—exclamó estremeciéndose la esclava.—Después de una horrosa catástrofe... y antes de tocar el cielo de mis ilusiones.

Yusuf había vuelto á su paseo de un extremo á otro de aquel reducido recinto, y Luilin que creyó que aquel aguardaba la relación de su desgracia, refirió:

—Hace dos años vivía yo con mi padre y mis hermanos en la ciudad de Burgos, al abrigo de la casa solariega de mis mayores. Enamorada de un apuesto doncel, que servía en calidad de paje de lanza al rey de Castilla, acababa de ser pedida por éste en matrimonio á mi padre, y los aprestos nupciales se empezaron á hacer con tanta celeridad como complacencia, pues mi futuro reunía al lustre de su cuna, una apostura sin igual y una nombradía digna de un héroe. Fijado el día de nuestro enlace que, iba á apadrinar el mismo rey, declaróse

guerra entre éste y el emir de Zaragoza, á la que volaron, á la vez que mi prometido, mi padre y mis hermanos cuya, expedición tuve el gusto de seguir, habiendo todos convenido en que mi boda se verificaría en la mezquita del primer pueblo que se conquistase al enemigo después de consagrarla. Apenas había dado comienzo la campaña, el *caid* de Rueda, Ebn-Farach, ofreció entregar esta plaza, y desde los reales D. Alfonso envió allá, para hacerse cargo de ella, á mi padre con otros caballeros, hasta en número de cincuenta, entre los que se contaban los infantes de Navarra, el conde D. Nuño de Lara, mi amado y otros. No ofreciendo la expedición peligro alguno, los seguí con infantil alborozo, ¡ay! como que en Rueda iba á ver realizados mis sueños de oro! Más que de conquista, la cabalgata tenía aspecto de una alegre romería, y antes de llegar á Rueda Ebn-Farach salió á depositar en manos de mi padre las llaves de sus puertas. Estas estaban francas y por ellas penetramos, bien ajenos á la horrorosa traición que nos aguardaba. Las puertas se cerraron tras nosotros; Farach hizo una señal, y un enjambre de musulmanes se desplomó sobre nosotros, blandiendo sus armas mortíferas. Mi padre, mi novio, mis deudos, todos me rodearon; los esfuerzos que hicieron para dominar á la morisma, fueron titánicos, pero infructuosos; viendo, después de hartos de matar, caer uno á uno á todos los expedicionarios, y por último á mi padre, atravesado el cuerpo por una pica, y á mi prometido que me escudaba con su cuerpo, con la cabeza abierta de una cruenta cuchillada. Sin sentido di conmigo en tierra... y luego, cuando la razón tornó á mí por desgracia, me hallé al lado del odioso Farach, que exhortaba á un médico judío, á que me devolviese en breve el conocimiento. Mi protervo aprehensor en aquel mismo día, me envió como presa de guerra al emir zaragozano; éste, como presente de gran valía, me remitió al emir de Sevilla, juntamente con media docena de alazanes, ricamente paramentados... y doy al cielo gracias por haberme deparado tan caballeroso y compasivo dueño, que me trató desde luego como á hija más que como esclava, por cierto parecido que dice haber hallado en mí con su adorable Zaida, hoy reina de Castilla.

Al llegar aquí, Luilin se percató de que el almoravid, sumido en sus dolorosos pensamientos, no la daba oídos y suspendió su relato, que después de todo tocaba á su término.

VI

Los vislumbres del alba, al arrancar á los templados picos de as

avecillas la primera salutación musical, apagaron los cadenciosos ecos de las *zendanis*, tonadillas berberiscas en que los hijos del Africa celebran las grandezas y hazañas de sus héroes, monótonas y pausadas como las cantilenas meridionales de nuestra patria, que de aquel abolengo se glorían, pero como ellas respirando amor y poesía, en cuyas notas palpitaban almas apasionadas y soñadoras.

Todo había quedado en calma... pero esa calma chicha que precede á las más espantosas tempestades. La naturaleza, presintiendo una hecatombe, parecía sobrecogida y como replegada sobre sí misma, con el sobresalto en el corazón y el aliento contenido.

Así que la claridad naciente permitió distinguir los objetos, pudo verse al ejército cristiano en orden de batalla. Sobre los apiñados escuadrones se elevaban las banderas castellanas, en las que resplandecía la gloriosa enseña de nuestra redención, los cuales recibieron la orden terminante de avanzar hacia el enemigo. Y aquellas masas de hierro adelantaron al campo musulmán.

Avisado Aben-Abed de tal novedad, cuando rezaba la oración del alba, envió inmediatamente recado á Yusuf noticiádosele, el cual, aunque prevenido, fiaba en la palabra dada por el castellano respecto del día de la batalla. No era, sin embargo, ocasión de parar mientes en el mayor ó menor grado de consecuencia del enemigo, sino de combatir, y mandó á un edecan que ordenase á su caid Daw-ben-Aixa que acudiese al encuentro de D. Alfonso.

Dawd era el héroe legendario de las tribus morabitas; su nombre había sido siempre el grito precursor de la victoria: Yusuf lo distinguía, los soldados lo adoraban, y presto á las órdenes de su jefe, partió contra los escuadrones cristianos, seguido de sus jinetes arrogantes.

¡Qué choque tan terrible! El estridente ruido que produjo, corrió rodando de valle en valle, tétrico y pavoroso, como deben ser las maldiciones de los condenados que ruedan por las entrañas del Averno. Mas el génio protector de Dawd en los combates, con sin igual extrañeza, se vió obligado á replegar sus centellantes alas. Las tropas del rey de Castilla, impávidas y ordenadas, como protegidas por un ensalmo, habían roto y aventado á los bravos escuadrones morabitas, que jamás habían vuelto grupas al enemigo.

D. Alfonso mandó hacer alto á los suyos, mientras los jinetes bereberes se amparaban de la infantería hispano-musulmana; y Al-Motamid hizo que su astrólogo leyese el destino que les esperaba, en el inmenso libro del firmamento.

—La conjunción de los astros, es propicia á los musulimes en esta empresa,—le respondió:

Y de pie, sobre un terso pergamino, Aben-Abed, como fácil y elegante poeta, trazó estos renglones para el jefe de los almoravides.

La ira de Dios contra la adversa hueste
cruda matanza por tu mano envía,
y el cielo anuncia la cabal victoria
de los musulimes en tan fausto día.

El hijo predilecto de Lamtuna, contrariado por la desgracia familiar que le amenazaba, y por la nueva desventurada del primer choque, se reanimó,—superticioso, como todos los de su raza, —con aquel aviso del cielo, y dió las órdenes oportunas para que la batalla se generalizase. Él mismo se preparó para volar á la pelea, y ya dispuesto á cabalgar sobre su blanca yegua, oyó tras sí la voz de Luilín que decía:

—Señor, Aláh te guie. Mientras tu en la refriega, yo permaneceré aquí, rogando al cielo por tu vida y la de tu hijo.

Yusuf al oír hacer votos por la salud de su amadísimo primogénito, volvió dos pasos atrás y dijo:

—¿Que rogarás, dices, por la vida de Abu-Bekr?

—Rogaré durante mi soledad.

—¿Tú sabes?...

—Que está enfermo de peligro... y como esa desgracia te afectaría más que la pérdida de esta jornada, pediré á Dios que te libre en primer término de tal angustia.

—¡Ah, Luilin! esas frases han conmovido dulcemente mi corazón. ¡Tu has interpretado fielmente mis sentimientos! Por su vida daría yo todos mis estados. Ora tu por él, que Aláh no puede ser sordo á ruegos de tu boca, como yo no he de ser desagradecido.

Y salió.

Luilín entonces cayó de rodillas sobre el terroso pavimento, deshecha en lágrimas, y pidiendo á Dios favor para las armas cristianas, ya que no para sus infortunios.

La presencia de Yusuf en el campo de batalla enciende y anima el valor de los tostados africanos, como á la presencia del sol se reanima la naturaleza. En socorro de Dawd hace volar á el caid Abu-Bekr, al que siguen las tribus bereberes, y él mismo capitaneando las hordas de Lamtuna y las tribus morabitas de Sanhadjah, acomete el campamento del rey de Castilla, quien ajeno á aquella maniobra, lleva á Dawd casi vencido, y ahuyentadas camino de Badajoz, gran parte de las huestes que le habían cerrado el paso. Los pocos soldados que lo

custodian, son pasados á cuchillo; los enardecidos hijos del desierto, hacen presa en las piadosas y amantes mujeres que en él se guarecían, y la roja cabellera del incendio, consumiendo las tiendas, ondea en el espacio, como siniestra é infernal oriflama.

Sabedor el castellano del estrago causado en sus reales, hace volver caras á su tropa, y se encuentra con el soberano del desierto, que agota su coraje para domeñar el engreimiento de los cruzados: uno de estos blandiendo su acerado tajante, hiérele en la mano y trábase entre ambos lid mortal; mas las oleadas de combatientes,—que como las del mar alborotado se suceden, chocan, se sobreponen y todo lo arrastran,—los separan.

El movimiento de D. Alfonso, ha causado un efecto deplorable. Los guerreros andaluces se detienen, admirados al pronto, viéndose libres de la persecución mortífera de los rumíes. ¿A qué causa obedece este cambio repentino? Lo ignoran, pero es lo cierto que ha vuelto las espaldas, y que ahora les toca cambiar el papel de perseguidos por el de perseguidores. Los demás fugitivos vuelven de nuevo al campo y ayudan á sus hermanos.

¡Qué cuadro tan espantoso! Desde que el día nació, aquellos campos han sido sin cesar una horrorosa carnicería. Ya el sol trasmonta y todavía ninguno de los ejércitos ha escuchado á los bardos vocingleros entonar el himno del triunfo. Alfonso de Castilla hace los últimos esfuerzos de la desesperación, para constreñir á sus casi desordenadas falanges á volver á la batalla. Mas los atambores y añafles berberies y el gozoso vocerío que eleva la morisma, le anuncian el término desgraciado de su jornada. ¡No hay remedio! El triunfo de la media luna es un hecho. La flor de sus infanzones y capitanes ha pagado con la vida su cristiano heroísmo; y él, el caudillo invicto de la cristiandad, herido por la gumia de un negro en una pierna, se ve obligado á huir del campo, seguido de unos quinientos ginetes, al amparo de las sombras de la noche.

Y añade Abu-Merwan, actor é historiador de aquella cruenta tragedia, que cortadas por curiosidad las cabezas á los muertos, se contaron hasta veinte mil, que los reyes mahometanos repartieron y enviaron á las principales capitales arábigo-españolas, en testimonio de tan señalada victoria.

.....

VII

Por los lejanos gritos de los combatientes, y alguna que otra expresión de los soldados que cerca de la tienda pasaban, Luilín había llegado á comprender, que tras larga y sangrienta pelea, el campo había quedado por los musulmanes. En la incertidumbre, no obstante, y cuando ya el sol se escondía tras las montañas occidentales, quiso cerciorarse por sí misma de tan negra realidad, y acercándose á uno de los dos extremos de la tienda de Yusuf, entreabrió con mano trémula sus pliegues. Apenas deslizó por entre ellos su intensa y escrutadora mirada, lanzó un grito agudo y desgarrador, dando dos pasos hacia atrás, presa de nerviosas convulsiones.

En este instante penetró en la tienda el intrépido Taxfín, anhelante, fatigoso, salpicado de sangre su sencillo vestido, y destilándola gota á gota el temible alfange, que oprimía su crispada diestra.

—Salud, bella cautiva. ¿Qué te pasa?—preguntóle advirtiendo su zozobra.

—Señor—contestó á media voz y titubeando—¡tanto horror!... ¡tanta sangre! Quizás venis herido...

—No temas; es un pequeño rasguño en esta mano,—y mostraba la izquierda.—En cambio esta otra está cansada de hendir cráneos y segar cabezas. ¡Oh, qué día de embriaguez!

—Permitidme que os socorra,—repuso Luilín.

Y rasgando la fina y riquísima toca que rodeaba su cabeza, hincóse de rodillas ante el caudillo lanturita y le vendó la herida.

—¿Sabes cuál es el premio del esclavo que restañe la sangre del general, después de la batalla, entre los míos?

—No aspiro á otro,—contestó discretamente la cautiva,—que al pequeño agradecimiento á que tiene derecho el que hace un bien al prójimo

—Yo te debo algo más. Mi agradecimiento quedó á tu devoción, desde el instante en que te condoliste de mis penas, como padre. Como emir de los creyentes, yo te pago esta atención restituyéndote la libertad.

Luilín, cubrió de besos la mano que acababa de vendar.

—¡Que Dios os corone siempre con el laurel de la victoria!

—¿Aunque fuera contra tus hermanos?

—No. Quisiera que entre ellos y vosotros no volviese á haber choque alguno.

—Asómate y verás si la presente ha sido cumplida.

—¿Luego es cierto que habéis quedado vencedor?—preguntó la joven con angustia.

—Tu antiguo rey, huye herido á ganar las ásperas montañas. La nobleza de tu patria yace muerta en el campo ó prisionera. Mira.

Y alzó el paño de embocadura de la tienda.

A unos veinte metros de distancia, y atados unos con otros en interminables hileras, la flor de la nobleza castellana se hallaba reducida á ignominiosa esclavitud. Muchos de aquellos rostros le habían sonreído mil veces en las justas y en los corredores del palacio. Con las cabezas inclinadas sobre el pecho, rotas las armaduras, hechas girones las sobrevestas y los ojos clavados en el suelo, aquellos esforzados paladines, los más padres de familia, demostraban en 'la desgracia una dignidad y resignación acreedoras á todo encomio.

Luilín que aun conservaba entre las suyas la mano del Emir, la estrechó contra su pecho y lanzó un gemido prolongado.

—Qué ¿conoces á alguno de ellos?

—Dios mío, ¿pero vive aun?—interrogó la cautiva sin hacer caso de la pregunta de su interlocutor.

—¿Quién?—tornó éste á interrogarle.

—Mi prometido: el que cayó herido de muerte por salvarme, el día de la traición de Rueda... ¡Aquel á quien mi corazón había elegido para esposo!

—Ve adonde está, desátalo por tu mano, y torna aquí con él.

La joven avanzó trémula de gozo hacia la cuerda de cautivos, con el corazón palpitante y la mirada efulgente de alegría.

—Rodrigo mío, respira ¿no me conoces ya?—le preguntó en voz baja.—Deja que te dé libertad por mi propia mano. ¡Oh! ¡qué dicha después de tantos sufrimientos!

Al timbre de aquella voz argentina y apasionada, el mancebo alzó los ojos, en los que, al conoer á su prometida, se dibujó una expresión indefinible. Ni era de amor, ni de odio, ni de piedad, ni de ira, ni de agradecimiento, ni de pesar, ni de alegría, ni de tristeza; tenía de todo. ¡Prueba inequívoca de que eran tan múltiples como variados los afectos que aquella aparición inesperada había revuelto en su apesadumbrado espíritu! Su labio permaneció mudo, y tan ingrato, que ni una ligera sonrisa se asomó á él, á pagar tanta solicitud.

Luilín con un puñal que quitó á uno de los guardianes de tan valiosa presa, desjarretó las ligaduras de su amado, que dejándose mover como un autómeta, solo dió señales de vida en un suspiro hondo y estremecedor.

La joven, una vez libre, lo tomó de la mano y lo arrastró consigo hacia la tienda del príncipe de los creyentes, notando que aquella mano estaba fría y que no correspondía á la dulce opresión con que la suya la estrechaba. La bella liberta de Yusuf, sintió en su alma algo parecido á la punzada del desvío, ya que no á la del desprecio; pero disimuló el efecto producido por aquella indiferencia á la que no se juzgaba acreedora, y llegó á la tienda del primer almoravid.

Cuando compareció nuevamente ante éste con su favorecido, ya habían llegado á felicitarlo algunos emires y jefes de las tropas aliadas y entre ellos el monarca sevillano.

—Señor—dijo á Taxfin la nazarena:—aquí tenéis al hombre cuya suerte me interesa más que la propia. Si aceptáis el cambio, yo no tubeo en permanecer en el triste estado de esclavitud en que ha dos años me veo, con tal que él vuelva libre á su país.

Rodrigo al escuchar estas frases, cuyo valor, cuya generosidad no hay necesidad de encomiar, cerró los ojos y se estremeció de pies á cabeza.

—¡Ah!—repuso el musulmán, al fijarse en el predilecto de su liberta—¡me lo figuré! Para dama como tú no debía haber mejor partido en Castilla. Tu protegido es un héroe. El fué quien me causó la pequeña herida que acabas de curarme. Y puesto que hoy es día de gracia para los que me rodean, yo lo hago libre, como á tí... y sed felices en mi nombre.

Luilin cayó de rodillas ante el hijo del desierto y bañó sus manos en lágrimas de gratitud. Rodrigo solo se inclinó al recibir el inapreciable don de la libertad.

—Señor—dijo entonces Aben-Abed—te advierto que esa esclava...

—Esa dama, debeis decir.

—Pues bien, esa dama, te la envié solamente...

—Como regalo ¿no es verdad? Y yo te lo he agradecido mucho, porque con su discreción ha entretenido mi soledad y mi humor endemoniado. Me hizo luego el favor de vendarme la herida recibida en la refriega, y yo la he hecho libre. ¿No hubieras hecho tú otro tanto? ¿O es que te reservaste algún derecho sobre ella?...

—¡Oh! donde están los tuyos, no cabe otro alguno,—contesó inclinándose el político andaluz.

Y Yusuf remachando el clavo añadió:

—No querrá un príncipe tan ilustrado y caballero, cuya generosidad corre el mundo en boca de la fama, escatimar tan pequeño don, á una desgraciada joven, digna de mejor suerte.

Estas palabras picaron el amor propio de Aben-Abed, quien para demostrar que no en vano se le tildaba de caballero galante y desprendido, repuso:

—Y tan no quiero, que yo mismo la regalo tres mil doblas para su dote.

—Gracias, señores—dijo ella.—Harto os debo para admitir favores que nunca os podré pagar. Contad uno y otro conque en algún rincón de Castilla habrá siempre quien bendiga vuestros nobles sentimientos.

Yusuf mandó traer al punto dos caballos, uno para Luilin, de los cogidos á las damas que habían acompañado á las huestes de la cruz, y otro para Rodrigo, de los pertenecientes á los magnates prisioneros. Este, que quiso que nó, tuvo que aceptar del héroe de Lamtuna algunos obsequios, consistentes en ricas armas, elegidas de entre los despojos de sus hermanos, y despedidos de los príncipes mahometanos, partieron del campo de éstos hacia su pátria, guiados hasta rebasar las últimas avanzadas, para evitarles cualquier contratiempo, por un jinete morabita.

¡Qué cuadro tan espeluznante se ofreció á sus ojos, al atravesar el campo de la lid! Una falange de africanos se dedicaba á separar cabezas de los cuerpos insepultos de los soldados cristianos, que eran conducidas por otros á una planicie, en cuyo centro se había clavado la lanza más alta de cuantas manejaba la morisma, y en su derredor se iban colocando simétricamente por hiladas, en un rádio igual al de la lanza, siendo ya tantas las hacinadas en torno del asta, que esta se hallaba próxima á desaparecer.

Instintivamente y por un impulso de orror, los caminantes apartaron los ojos de aquella pirámide repugnante, sobre la cual se iba á proclamar á Yusuf *Emir Almunenín*, ó sea príncipe de los fieles mahometanos, que era la suma escelsitud de los sectarios del koran sobre la tierra.

Pero ¡cuán pasajera es la felicidad en este mundo! Cuando desde el sitio de la proclamación llegó el exaltado Taxfin á su tienda, un soldado que reventando rocines acababa de llegar de Ceuta, le dijo:

—Señor: Aláh te dé ánimo para soportar las malas nuevas.

Y le entregó un pergamino enrollado.

A Yusuf se le mudó el semblante, aunque no el color, por ser inmutable el de su rostro, y desliada la misiva, leyó estas breves frases.

«El príncipe Abu-Bekr-ben-Yusuf, acaba de morir. Recordando á su padre, ha volado al Paraiso.»

Un gemido de dolor se escapó del pecho del vencedor de Alfonso, que cayó en tierra de rodillas, se inclinó y permaneció largo rato con la frente apoyada sobre el suelo. Profundos suspiros y comprimidos sollozos llegaban á los circunstantes, que inmóviles, en la situación en que el poternal dolor había anonadado al Emir, no osaron interrumpirle en tan penoso éxtasis. Cuando se incorporó, recobrado el predominio que sobre sí tenía, no quedaba de su reciente compunción otro rastro que sus párpados enrojecidos.

—Ilustres príncipes, esclarecidos capitanes; la guerra santa ha terminado por ahora. Aláh en cuyas manos está la suerte de las criaturas y la clave de los acontecimientos, no quiere que prosiga esta renombrada empresa. Cejémos, pues, en el camino, hasta ocasión más propicia.

Esta resolución disgustó grandemente á los caudillos españoles, comprendiendo que difícilmente se presentaría ocasión más oportuna, para enseñorearse nuevamente de toda la península, destrozados y despavoridos como habían quedado los ejércitos de la cristiandad. Pero ¿qué podían solos, sin el apoyo de Yusuf? Así que amoldándose á las circunstancias, retrocedieron á sus respectivos estados, mientras el lamtunita, más como fugitivo que como vencedor, aguijoneado por un dolor acerbo, y previniendo discordias civiles entre sus propios hijos, repasó el Estrecho, cargado con el inmenso botín recogido en el campo de D. Alfonso..

VIII

Rebasadas por Rodrigo y Teresa (ya la llamaremos por su nombre de pila) las primeras avanzadas musulmanas, siguieron caminando en silencio durante un largo rato, y no lejos del actual pueblo de San Vicente, en un fresco valle sombreado por corpudas encinas, echaron pie á tierra para descansar.

—Rodrigo,—díjole la jóven, tomándole las manos, y envolviéndolo en una mirada más interrogante que todas las lenguas del Universo.—¡Cuánto me duele tu silencio! ¿Qué te pasa que pueda enfoscar tu natural alegría? ¿Eres el mismo que otras veces?

—Sí; yo... el mismo soy.

—No lo pareces.

—Cierto,—contestó con dejo amargo el caballero.—Entonces tenía el rostro terso y despejado, y hoy lo cruza la cicatriz de una tremenda cuchillada. Mis melenas eran entonces tan negras, como eran albas mis esperanzas, y hoy, ¡en solo dos años!, el color de mis cabellos ha

cobijado mi espíritu, mientras ha subido á ellos el de mis ilusiones, y los ha plateado. ¿No es á este cambio al que tú aludes?

—No: es á tu carácter, á tu modo de ser... á ese algo que noto en tí y que no acierto á explicarme.

—¡Ya ves! Desde aquel día... ¡no quiero recordarlo! para mí no ha habido más que satisfacciones: mis moradas han sido los alcázares reales; la guzla y el *mihazor* mis instrumentos favoritos; el canto y la zambra mis ocupaciones habituales. El placer ha embriagado las horas de mi vida, perdidas entre los amorosos cuidados y las adulaciones palaciegas...

—¡Oh!—exclamó Teresa, comprendiendo con abrumadora pesadumbre el blanco de aquellas frases irónicas.

—En cambio tu... tu habrás devorado muchos sinsabores ¿no es verdad? Tu faz refulgente como nunca, tus cabellos compartidos en perfumadas sortijas, el adorno valioso de tu cuello y de tus brazos, que jamás revelaron á mis amorosas miradas los encantos que ahora me descubren, todo me lo dice con una elocuencia maravillosa.

—¡Rodrigo, Rodrigo, ten piedad de mí!

—¿Piedad? ¿pues qué daño te hago?

—¡Me estás torturando despiadadamente!

—No temas. Cuando el dolor me ha dejado á mí con vida, ni tú ni nadie sucumbirá á sus embates.

—¿Luego juzgas que yo no he padecido tanto, por lo menos. como tú?

—No aventuro opiniones: sólo juzgo por lo que veo.

—¿Y qué has visto?... Que loca de alegría he corrido á tí, te he rescatado de una esclavitud segura, y he realizado, en cuanto de mí ha pendido hasta ahora, nuestros ensueños de amor. ¿Es que ya te soy indiferente? ¿es que no me amas?

Y quedó aguardando con notoria ansiedad su contestación, como el reo aguarda su sentencia.

Rodrigo, abarcándola con una mirada entre amorosa y sombría, contraído y apenas acertando á expresar su emoción, contestó:

—¡Que sí te amo!... Pues si no te amase ¿sentiría dentro de mí el infierno que me anonada?

—¡Perdón, perdón!—exclamó la jóven, adivinando el origen del malestar y la desconfianza de su prometido.

—¿Perdón? ¿luego te juzgas culpada?... ¡Ah! ¡bien me lo temía!—concluyó con desesperación el armigero.

—No—se apresuró á restificar Teresa.—Estoy tan pura como el

último día en que te ví. Imploro tu perdón por haber dudado de tí. De esto es de lo que me acuso.

Rodrigo la contempló unos instantes con mirada escrutadora, y dijo:

—Teresa: mi norte ha sido siempre la lealtad. Antes que hacer al prójimo víctima de un engaño, he preferido morir.

—¿Y á qué va encaminada esa observación?

—Tu no debías nunca consentir... tú seguramente no consentirás una mancha sobre mi frente, si tanto me amas. Yo te había elegido para esposa entre todas las nobles doncellas de Castilla, seducido por tu belleza física y por la hermosura de tu alma. ¿Quién me daría hoy seguridades... ¡Oh! no sé como expresar este pensamiento, para que no te fuera ofensivo.

—Omítelo,—le advirtió la hermosa liberta, lanzando un sollozo.— Si mis juramentos te merecieran la fe que otros días, yo te daría esas seguridades.

—Has sido esclava de dos reyes ¡quién sabe si de más!... de reyes para los que no hay más placeres que los que brindan los camarines del haren... ¡y tu eres bella como pocas! ¡No! ¡imposible!

Y con un movimiento brusco, rechazó las manos de su amada, que se cubrió con ellas el rostro, encendido con el color de la vergüenza.

—¡Dios mío! era la mayor ofensa que podías haberme hecho—añadió rompiendo en lágrimas.—¿Por qué no me olvidaste antes de soñarme deshonrada?... ¡Me has herido mortalmente al buscar en tí mi vida!

El caballero sufría horriblemente al oír á su generosa prometida, y de buen grado la hubiese evitado tantas penas; pero aquel suspicaz y exagerado honor de la andante caballería, era una traba inquebrantable que cohibía sus impulsos compasivos y humanitarios.

Desahogado durante un pequeño intervalo de tiempo el corazón contristado de Teresa, dijo á su amante:

—Óyeme, Rodrigo, y si mis palabras no llevan á tu ánimo el convencimiento de mi inocencia, que Dios disponga de mí.

—Espera, Teresa; la noche cierra, y es necesario buscar un albergue. No lejos de aquí descubro una casa de labor, vamos á ella.

Y cabalgando nuevamente anduvieron cerca de otra legua, favorecidos por la luz de la luna, hasta dar en la alquería que había divisado el caballero, en la que la hija del conde de la Bureva, refirió á su acompañante la historia de su cautiverio, con un acento de sinceridad y de persuasión tal, que Rodrigo hubiese hecho campo al concluir, con

cualquier paladín que hubiese dudado de la pureza de la encantadora dama. Mas al expirar el eco de aquella voz que embriagaba sus sentidos, la duda volvió á serpentear como un áspid en su alma, aunque no tan enconada y venenosa.

—Creo en tí—la dijo—pero no sabes cuánto bien me haría, algo que limpiara por completo mi espíritu de recelos importunos; porque tú no querrás que yo abrigue el más leve acerca de tu virginidad.

—¡Todavía!... Pues bien, yo apelo al santo Apóstol, patrón de España, á quien me encomiendo, para que acuda en mi socorro. ¿Te es lo mismo ir desde luego á presentarte al rey, que acompañarme en la peregrinación que me decido á emprender desde este punto?

—¿A dónde?

—A Compostela.

—Iré en tu compañía. ¿No es la felicidad de entrambos la que se va librando en la partida?

IX

Apenas despuntó el siguiente día, la interesante pareja, arrojando embarazosos arreos y empuñando el tosco bordón del peregrino, tomó la ruta de Galicia, abandonando á merced del posadero sus caballos y preseas, en recompensa de su hospitalidad.

¡Qué camino tan penoso fué el emprendido por los jóvenes devotos, sobre todo para ella, cuyos pies delicados no estaban acostumbrados á transitar por tan escabrosos senderos!

Al par que caminaban, oraban.

Al llegar á la cima de un altazano, se detuvieron y miraron hacia atrás, para apreciar el trayecto recorrido, que, según los cálculos de Teresa, debía ser bastante largo.

¡Desengaño cruel! El punto de partida parecía tocarse con la mano.

—¡Cuánto trabajo,—murmuró,—para haber adelantado tan poco! Siento los pies hinchados. ¿Piensas tú, Rodrigo, que podré saludar la cúpula de la iglesia compostelana?

—Con la ayuda de Dios, todo es posible. No desmayes.

Y siguieron su oración y su camino.

¿A qué seguirlos paso á paso en su fatigosa peregrinación? El día que más, avanzaban tres leguas, con lo que el camino se hacía interminable. Cuando él dormía, por las noches, ella velaba, y viceversa. A la segunda noche, Teresa que fué la primera en reconciliarse con el sueño, despertó al cabo de un rato gozosa y sonriente, burlando la

curiosidad de Rodrigo al preguntarle éste la causa. Así que el caballero se entregó al descanso, la joven cayó de rodillas y dió gracias al Apostol por sus favores, notando en los labios del caballero otra sonrisa de satisfacción.

—Ya sé el origen de tu contento,—la dijo al despertar por la mañana.—¡Tienes un intercesor irresistible!

Durante otras dos noches se sintieron poseidos de idéntica alegría.

—Basta ya, Teresa mía. El santo patrón de España durante tres noches se me ha aparecido en sueño, garantizándome tu inmaculada virtud. ¡Ya no cabe dudar de ella!

—¡Oh! gracias, santo mío,—esclamó ella llorando de gozo, y cayendo de rodillas al oír á su amante.—¡Gracias por la vida de honra y estimación á que me vuelves!

—No tenemos necesidad de prolongar nuestro viaje.

—Sí, sí. ¿Cómo, deudora de tanto bien, no había de depositar sobre la sagrada losa un ósculo de gratitud?

—Yo, por tí.

—El que ha reanimado mi alma, dará fuerzas á mi cuerpo, para arribar á su sepulcral morada.

En Braga se confesaron con el prelado, y al mes y medio de emprender su romería, entraban en Compostela.

.....
 ¡Bien pudieron asegurar que sólo para ellos fué propicia la tristemente célebre jornada de Zalaca!

La flor de la caballería castellana y aragonesa perdió en ella la vida ó la libertad: el rey D. Alfonso su prestigio y nombradía; y los monarcas arábigo-españoles las florecientes provincias en que imperaban, cuyas riquezas escitaron la codicia de Yusuf, quien las fué incorporando unas tras otras á su imperio, sin escrúpulos ni contemplaciones. El mismo Aben-Abed, que habia sido el primero en implorar su ayuda contra el rey de Castilla, despojado de sus estados y llevado cautivo al Africa, fué aherrojado con sus hijos y mujeres en una fortaleza de Aghmat; llegando á tal extremo su miseria, según refiere Ebn-Lebanat, que sus bellísimas hijas, descalzas y andrajosas, tuvieron por sí mismas que servirle é hilar para mantenerlo, hasta que el veneno ó el puñal acabó con aquella ilustre familia que tantos días de gloria habia dado, durante su prosperidad, á las armas y á las letras.

PUBLIO HURTADO.

C. de las RR. AA.

de la Historia y Bellas Artes de S. Fernando.

LA CUEVA DE LOS MARAGATOS

I

En plenas Villuercas.



El turista que, dejando á la espalda la verde colina de Mirabel, remonte hacia *La Cabeza del Moro*,—broche central de las Villuercas, á más de 1.500 metros sobre el nivel del mar—ha de hacer alto forzosamente en *El Pozo de la Nieve*, ruinas de un ciclópeo edificio á cal y canto, bajo el que los jerónimos de Guadalupe cobijaban el depósito de tan preciosa sustancia, con la que contrarrestar, allá abajo, los calores estivales, tanto y más que con las claras corrientes de aquellas aguas purísimas y con la fronda de madroñas, castaños, álamos, robles y alisos, que hacen de aquel lugar envidiable el más hermoso paraíso extremeño.

Sibaritismo como el de aquellos Padres de feliz recordación, ni se ha conocido ni se conocerá jamás en Extremadura.

Pasaban ellos los días del verano en el retiro de Mirabel; como pasaban el resto del año ya en las construcciones-palacios que hoy son de los marqueses del Riscal, soledades del *Dehesón* todo encinas su vuelo y todo *jugue* hierbas; ya en las magnas casas de labor del *Cortijo de San Isidro* ó del *Rincón de Valdepalacios*, más á la técnica sin pretensiones que la mejor granja-modelo moderna; ora en las gargantas del Ruecas, ricas en truchas y en los estanques del Guadalupejo, atiborrados de tencas; ya en fin, tras las galerías encristaladas de la fachada sur del monasterio, miniando libros de coro, pintando al lado de Zurbarán, Jordán ó Murillo; bordando femenilmente, con celemines

de perlas y puñados de piedras multicolores, las casullas para las grandes solumnidades de *La Morenita*, ó llevando muy al pormenor las listas de los herejes que entregar al Santo Oficio y los balances agrícolas de una zona de aprovechamientos que se extendía buena-mente de Talavera á Portugal.

El edificio en cuestión nada ofrece de particular, como no sea su pozo medio cegado y su argamasa durísima que no tenía por qué envidiar á la de las construcciones romanas del puente de Alcántara ó el acueducto de Mérida. Los enormes bloques aquí y allá caídos, antes rompieron por la piedra que por la cementación.

Desde el *Pozo de la Nieve* se dirige hacia el sur la crestería de cuarcitas de la *Casque de Santa Ana*, que domina un panorama inmenso, de más de quince leguas de rádio por algunos sitios. Un verdadero dédalo de afloramientos silúricos, que arrancan de la *Cabeza del Moro* y se extienden en anfiteatro hasta abrirse al sur para formar la planicie que el Guadiana besa por su margen derecha.

A lo lejos los picos de Piedrabuena, Herrera del Duque y Garlitos. Más acá los encinares de Castilblanco y la triste braña de Valdecaballeros, cuyo suelo, de esteril aluvión, recubre con muy pocos centímetros una vega guadianesa tan buena como la de Barros y apta hasta para los frutos del trópico. A la derecha las alineaciones montañosas que aprisionan al Rucas entre cantos blanquecinos y rojizos rodados de las calveros que llaman *melonares de los frailes* en el país. A la izquierda los picos más altos del Puerto de San Vicente que aun parecen albergar á los famosos bandidos de los Guadarranques, ó consolar las nostalgias, durante catorce años, de aquel Robinsón extremeño que se llamó Miguel Alía (1). Abajo, á los pies mismos del precipicio, el valle umbroso con que el Guadalupejo separa á Guadalupe de Mirabel y arriba un cielo espléndido, que, cuando está despejado, tiene las profundidades visuales del cielo egipcio.

Apartemos la vista, embebida con las lontananzas de frondas y pueblecillos, entre los que destaca la abigarrada mole del Santuario, y forcémosla á recorrer con perspicacias de lince, las *casqueras y fara-*

(1) La singular historia de Miguel Alía, es merecedora de que se la consagre un día recuerdo más extenso. Se trató de un condenado á muerte por no sé que delito y que hubo de fugarse á los Montes de Toledo y Sierras de Gaudalupe, donde hizo una vida salvaje durante más de quince años, vida tan llena de privaciones y de horrores como es fácil de colegir y en la que realizó la más nimia acción delictiva contra las personas y los bienes de los pastores, hasta el punto de que mereció tal conmisericordia por parte de éstos que su fama de eremita trascendió á más altas esferas. La Condesa de Bor-nos según creo, consiguió, al fin, su completo indulto y el Robinsón extremeño acabó honradamente sus días en el seno de su familia.

Nonos aquellos, que bien lo han de menester por los tesoros enormes que todas aquellas montañas solapan para el vulgo. ¿Quién alguna vez no ha sido vulgo?

Y en verdad que allí *debe haber algo*, como dice la gente. Si todo tiene su razón de ser en este mundo, ¿cómo explicarse si no el destino de la misteriosa cueva del antiguo *Callejón de la Fragua* hoy *Cueva de los Maragatos*, y el de la otra caverna del *Algibe* que se vé por cima? Sus oscuridades no pueden albergar sino *tesoros de moros*; sus angulosas galerías tienen que conducir forzosamente al corazón de la sierra de donde la lenta labor de las aguas roba las pajuelas y pepitas de oro que luego hallan más abajo los lavadores de arenas del Ruecas y el Ibor. Donde hay cuarcita y calcopirita, allí hay oro, que dijo proféticamente el geólogo.

Que allí hay todas estas cosas es cierto. Doquiera se ven escorias dejadas por los beneficiadores del cobre. Los romanos de Émérica Augusta sacaron cobres de allí y de la sierra de Córdoba y cinabrios de Sisipo, ambas más abajo del Guadiana, en las mismas derivaciones villuerqueñas.

Pero además hay allí oro, mondo ya y limpio; oro en barras, oro en joyas y moneda, oro en estatuas de lo mucho que allí enterrasen los moros; los moros del Profeta ó los prehistóricos que, según la ciencia, acaso pasasen en seco el estrecho de Gibraltar...

—¿Lo dudáis, excépticos?—Pues cuento al canto y os convenceréis.

II

Los consortes "Exquisitos",

Uno de los vecinos más estimables de Guadalupe, por aquel entonces de 18... era *El Exquisito*.

Quien conozca el tipo labrador de la frailuna y gloriosa villa, no necesita que se le describa.

Alto, más que mediano de cuerpo; sanchopancesco, magüer que enjuto, mostraba en su fisonomía de hombre de cuarenta años todas las huellas antropológicas de su raza, desde el fino rasgo viril celtíbero de los aborígenes oretanos y el enérgico trazo leonés de los pastores trashumantes, hasta la huella vaga de ciertas consanguinidades imborrables, precisamente con aquellos que no pudieran dárselas según el Derecho canónico implantado por los Urbanos y los Bonifacios contra las tradiciones más sabias de los Fueros municipales hispano-góticos...

aquellos fueros patrios que reglamentasen la hasta cierto punto casta barraganía.

Los grandes y vivarachos ojos del Exquisito no eran, no, los inexpresivos ojos del gañán ó del pegujalero del llano, sino los de una raza como la de Guadalupe, tocada antaño por la magia de una cultura monacal, perdida en aquel rinconcito de la sierra, cuna inmemorial de todos sus ascendientes. El resto, en cambio, de su cara y persona, con las zancas largas, huesosas, el cuerpo como tuero de encina, las mandíbulas progmatisadas, las orejas groserotas, los rudos cañones entrecanos de la borrascosa barba y una boca hecha á todas las rudezas del comer, del decir y del gozar, con la apagada colilla del cigarro sobre el labio, daba fuerte contraste á los ojos aquellos, acusando en el organismo entero de nuestro héroe, ese entrecruce de contrarias sangres y opuestas taras hereditarias, que, en desarreglada ponderación determina la neurosis ó el defecto físico y en rara, por justa proporcionalidad, crea los héroes, héroes cual los que realizasen saliendo oscuramente de Extremadura, la sin igual epopeya de América en su descubrimiento y conquista.

Es decir, que el Exquisito era un hombre rudísimo, pero dotado, sin embargo, por su neurosis latente, de una imaginación excesiva; más femenina que varonil, más visionaria que ponderada y creadora, más embrionaria y falsamente mística que fecunda, cosa intuita, sin duda, con pasmoso golpe de vista como siempre por el numen de sus convecinos, cuando le echasen áuestas el apodo de «*El Exquisito*».

Pero su mujer, su típica *gualupeña*, era más *exquisita* que él, á todas luces.

Os lo podría jurar esto último, sin miedo á condenación, por cuanto yo mismo hube de verla días más tarde á la boca de la «Cueva de los Maragatos», con su cara más negra que morena, cual la de su Virgen, con su pelo lustroso de azabache, asentado y partido en raya, asomando apenas bajo el pañuelo de la cabeza. Su cuerpo pequeñuelo y bien formado, era un cuerpecillo plástico mal traicionado por la tosca vestimenta que le desdibujara, á saber: el zapato basto y bajo, informe zueco de cordobán del país, la saya de pintadillo blanco, con listas azules y negras de los telares caseros del pueblo, sobre refajo colorado, con ramos rosas y verdes y guardapiés orlado con puntilla de punto cuadrangular, clásica indumentaria modificada en verano por chambrilla, no planchada, de percal y el pañuelo roji-blanco *de sandía*, y en invierno por el mantón de lana, traceado en blanco ó en castaño y con flecos, cubriendo al jubón ora de paño para diario, restos ma-

ñosamente cortados de los trajes viejos de *su hombre*, ora de veludillo con bocamangas de terciopelo para las fiestas, amén del indispensable mandil diario de coco, más que de cotonía como el de marras de la dama de Dulcinea.

De aquel cuerpo, vulgar pero gracioso, exhalaba á pesar de su limpieza relativa, jamás rayana en suciedad genuina, ese efluvio magnético que es el mayor acicate amoroso, según fama, de las mujeres de aquella sierra, aura, ¡ay! que habían amortiguado más que los años, que no eran muchos, el descuido típico de la mujer casada extremeña, del que apenas se la puede absolver considerando que, madres sin rival, todo lo olvidan por sus hijos, hasta el cuidado personal por la belleza, el caudal más precioso para las vanidades femeninas.

Abultosa y hasta ligeramente hidrocefala hija de los extremeños descuidos de la lactancia, que atiborra de indigesta papilla á criaturas que solo pueden digerir la leche, era la frente de la Exquisita; hermosos sus cejas y ojos, éstos negros y muy expresivos; demasiado afilada la nariz, demasiado sensual su boca y más que demasiado inquietos por el histerismo de su dueña los dos enormes pendientes de herradura colgando de sus orejillas diminutas.

El carácter de la Exquisita era felino, como comadreja de sierra; dado al chismorreo de la vecindad, al continuo *escalentado*, ó rabieta con los hijos; á la refriega diaria con el manso y dominado marido; pero dado más que nada á lo maravilloso, labor añeja hecha año tras año en sus ineducados cerebros infantiles por supersticiones de pagano sedimento, cuanto por una oratoria sagrada escuchada domingo tras domingo, en sermones, morales siempre, pero de pobre fruto, como dedicados á exaltar sólo las facultades afectivas, hasta un grado al que jamás pueden llegar fisiológicamente sin la ponderación integral de una mente robustecida por la enseñanza de la escuela.

Tales eran los dos esposos de mi cuento, esposos lo bastante listos para no carecer de aspiraciones sobre lo vulgar, pero lo bastante tontos para dejarse embaucar por un nuevo personaje.

Este personaje capítulo aparte merece.

III

El Mendigo. (1)

—¡Avemaría purísima!—clamaba un mendigo, golpeando la puerta del Exquisito.

(1) Lo esencial de este relato es absolutamente histórico. Todavía deben existir vecinos que le recuerden en Guadalupe.

Aquel era un mendigo singular. Su poblada barba negra, su porte y sus modales, acusaban á las claras que bajo aquellos harapos se cubría una persona algo distinguida. Llevaba en el zurrón un grueso rollo de manuscritos.

—¡Una limosna por amor de Dios, á este infeliz que viene de Marrueccs!

Picado por la curiosidad *El Exquisito* hizo entrar al mendigo para que se calentase en el hogar, donde ardían grandes tueros de encina.

—¿Cómo es que viene Ud., buen hombre, de tan lejanas tierras? le preguntó, de buenas á primeras *El Exquisito*.

—¡Ah! exclamó el mendigo, cual si evocase tristísimos recuerdos. Yo he sido rico en otros tiempos y debo volver pronto á serlo. Mi hermano, que vivía en Ceuta, me escribió cierto día manifestándome que habían llegado á su poder unos documentos valiosísimos de diversos tesoros escondidos por los moros cuando fueron echados de estas tierras, y como él padecía una enfermedad que le impedía ponerse en camino para descubrirlos, me ofrecía la mitad de lo que encontrase si me decidía á ir por los papeles yo mismo.

—Ví en un momento realizada mi fortuna, añadió el desconocido. Aquellas joyas de los ricos moriscos, aquellas alhajas de oro, plata y pedrería, sumaban una cantidad fabulosa; pero viviendo yo hacia el norte de España carecía de todo humano recurso y á no ser por la caridad pública que imploré de pueblo en puebló, jamás hubiera realizado el penoso viaje para unirme con mi hermano y recibir de él los papeles de los tesoros. Dios quiso que, por fin triunfase; pronto hará un año que salí de Ceuta lleno de júbilo, con cuanto puede mostrar los sitios de estas sierras en que yacen enterrados los tesoros. Yo, pues, soy rico, aunque parezco pobre y guardo mi secreto porque algunos, por arrebatarme los papeles, me matarían.

—¡Ah, exclamó *El Exquisito*, avasallada ya su fantasía por el relato del morisco; déme, por favor, parte en esos tesoros, que yo también soy pobre!

—Me pide un imposible, replicó el otro, pues ahora tengo que ir al norte para traerme á mi mujer y á mis hijos. Después hablaremos.

—¡No, no, continuaba con suplicante acento *El Exquisito*. Dejádme los papeles; aquí estarán más seguros hasta que regrese. Si no véndamelos, que yo le daré lo que tenga y me pida.

El pobre se quedó como indeciso un buen rato. Por fin, cual si hiciese un verdadero sacrificio, dijo:

—¿Qué podré yo negarle á una persona como Ud? Bien ve que

cifro en los papeles mi fortuna, pero no soy egoísta. Hay en este rollo señas de los dos tesoros más importantes; le venderé los papeles de uno de ellos y con la pequeña cantidad que me dé en cambio, podré hacer rápidamente el viaje y dentro de un mes estaré de vuelta para que saquemos juntos el tesoro segundo.

El iluso de Guadalupe, á duras penas podía contener su alegría.

—¿Cuánto me llevaréis, pues?—dijo al harapiento.

—Poca cosa; no más que treinta duros.

—Treinta duros no tengo, pero sí quien me preste quince.

—¡Sea todo por Dios!

El tío Exquisito salió presuroso á contar á su mujer la inesperada fortuna que se les entraba por las puertas. ¡vana tarea con quien siempre estuviera *de escucha* sin perder sílaba! Entrambos cegaron de codicia, pero la mujer aun más *exquisita* que él, tuvo una idea luminosa:

—Mira, Pepe, le dijo, harto entrampados estamos para echarnos más trampas encima. Además ve tú á saber si seremos capaces de dar con el tesoro por las señas. ¿No sería mejor el que emborrachásemos al mendigo y le quitáramos los papeles?

—Es verdad, asintió el marido, rascándose la cabeza. Tráete media arroba del Valdelanchas y unos chorizos.

Una opípara cena de pueblo restauró las fuerzas del harapiento. Entre bocado y bocado los dos compadres empinaron de lo lindo y es fama que el truhán necesitó más de siete cuartillos para cabecear tras larga charla con los síntomas de una soberbia borrachera. Toda la noche roncó como un bendito, mientras que *El Exquisito* y su costilla le hurtaban á mansalva los papeles.

IV

En busca del tesoro de la cueva.

La historia no cuenta lo que al despertar del mendigo ocurriría en la casa del Exquisito, ni qué fué del mendigo mismo. Solo sí consigna lo que, en una singular literatura de presidio africano y de cursilería soñadora de viejos mitos incomprensidos, decían los papeles misteriosos.

El primero decía así:

—«Aláh es grande y se acuerda de sus elegidos en el día de la tribulación. El que plantó con su mano los árboles del Edén y creó el

Minotauro con los cuernos de oro: el que hizo caminar por los aires á su Profeta en la burra blanca como el armiño, acompañado por los querubes del cielo; el que dió fuego y dulce mirar á la gacela del desierto que salta por los oteros y por los riscos, no abandona á los suyos, por siempre, amén.»

«Compañeros de aquel anillo y aquella pata de la mesa del rey Salomón, fueron los tesoros del poderoso Selim, quien supo esconderlos muy bien escondidos en la cueva que hay á la diestra mano de las Villuercas. ¡Oh, tú, mortal, que esto leas; bien puedes llamarte feliz entre los felices, porque á poco de entrar por la puerta principal de la cueva grande encontrarás una estancia espaciosa y en ella una caja con raspaduras de la pezuña de la misma burra que montó el Profeta. Cojeráslas con la mano derecha y las esparcirás, y una puerta de oro, con goznes de rubíes, ante tí se abrirá. Pero cuida muy mucho de entrar sin tocar al dintel de la puerta, porque así no lo hicieres, dos maragatos de oro, que la guardan, te dejarán caer encima sus enormes mazas de oro y te aplastarán. Dentro de la estancia hay un hombre, una mujer y un niño, todos de oro, un cerdo y una serpiente, de oro también y una arqueta llena de joyas. No cojas al animal inmundo, ni á la que come tierra y se arrastra sobre su vientre. Coje sólo el cofre y las tres estatuas. De nuevo se abrirá la puerta ante tí, pero no salgas sin fijarte antes en los maragatos, porque velan el tesoro con los ojos cerrados que abren sólo mientras duermen... ¡Mira siempre y no imites al depravado Eblis!»

Había otros muchos papelotes extravagantes, con rayas y señales de la cueva, todos concebidos por el mismo abigarrado tenor.

Los dos buenos consortes acordaron trasladarse con todo sigilo á la Cueva de los Maragatos. Tan evidentes eran, á juicio de su locura, las señales del tesoro y tan avasalladora la codicia de entrambos, que decidieron salir del pueblo al día siguiente, sin que se enterase ni la tierra.

Inútil es añadir que la noche anterior no pegaron ojo los dos futuros millonarios. Desde su ya lejana luna de miel jamás estuvieron tan de acuerdo *El Exquisito* y *La Exquisita*.

Lo primero dejar los muchachos, bajo cualquier pretexto, en casa de un pariente, como ya lo habían hecho; lo segundo llevar alguna herramienta, víveres, un par de faroles y la escopeta; lo tercero, al romper el día, estar ya dentro de la cueva y cavar, cavar, hasta dar con la puerta principal que rezaban los papeles, arco de triunfo del paraíso de su ventura. De cábalas para reducir á moneda, sin que

nadie se enterase, lo que moneda no fuere; de comprar una casita; de echar después censos y réditos, vestirse como el médico y la boticaria y hasta de no volver más á aquel envidioso pueblo, no hablemos. Ante lo fabuloso del tesoro, para todo sobraba, sin disputa.

Y en la calenturienta fantasía de aquella pareja codiciosa creían ver, entre las luces fosforescentes del insomnio, montones de oro, duendes y gnomos ventrudos, espías peligrosos de su obra, disputándoles á muerdos y arañazos la posesión del tesoro; galerías retuertas y tenebrosas; pozos sin fondo de aquel recinto dantesco, bellísimo, sin embargo, á sus anhelos, cual leyenda de «Las mil y una noches».

Tres sonoras campanadas de la torre del Monasterio les dieron la señal de partida. Nadie sino ellos las debió oír en Guadalupe, según eran la calma y el silencio que al salir los consortes reinaba en el pueblo. Aun no cantaban los gallos y, puesta ya la luna tras densos nubarrones, habían cesado de ladrar los perros.

Solamente ellos, los dos *Exquisitos*, acostumbrados á los vericuetos de las salidas, habrían podido orientarse, mal que bien, en aquella oscuridad de nublada madrugada. Nadie pudo contemplarles, pues, con su equipo de campaña, á saber: él con la escopeta colgada y un azadón al hombro; ella con los dos farolillos con cantoneras de cristales de colores y el hato de la merienda metido en una espuerta.

Antes del alba, sin tropezar con persona alguna, ya estaban los consortes sobre la *Casquera de Santa Ana*, y apenas comenzaba á esparcirse indecisa la suave luz del nuevo día cuando ya, azada en mano, removían febriles los escombros de la cueva, tarea en la que la historia cuenta que la mujer hubo de superar al marido.

Avanzaba á más andar la mañana. El sudor corría copioso por las frentes de los buscadores; el montón de *mocos* de fragua, tierra y pedruscos del interior, lejos de franquear entrada alguna, iba en terrible aumento.

Aquello era desesperante. Los ecos de la cueva, lentos, misteriosos, sonoros, parecían burlarse de tan ciega y sostenida codicia, diríase que estaban animadas las piedras y que se mofaban de los dos ansiosos saliéndose por los bordes, de la espuerta ó despidiendo chispas al detener al azadón en su camino hacia el tesoro. Consumíase á todo correr el aceite de los opacos farolillos, cuya luz sólo servía para hacer más densas las tinieblas de allí dentro.

Fué necesario todo el peso abrumador de una realidad brutal: la del cansancio, para que aquel par de ilusos que esperaban ver brillar de un momento á otro el oro bajo su herramienta, cayesen agotados,

uno junto al otro, en el fondo de la cueva, cuando ya hacía gran rato que el sol había traspuesto las crestas de la sierra. A los últimos destellos de los farolillos comieron en silencio y con corto apetito, aunque no probaran bocado en todo el día, y, como dos niños grandes, quedaron al punto dormidos.

¡Qué malestar tan hondo, qué ensueños tan horribles los de aquella fría y nublada noche de invierno, pasada sin abrigo en el duro y humedísimo suelo del antro, pues á otra cosa no había alcanzado su loca imprevisión y ceguera! Bien caro estaban pagando su codicia y su villanía con el mendigo.

Rodaban las nieblas por los barrancos como enormes masas empujadas por seres invisibles. De tiempo en tiempo aullaban tras los riscos los lobos, coreados allá abajo por los perros de majada, piaban siniestramente las víboras y una obscuridad grisácea, esa tan característica de las montañas elevadas, empapaba el ambiente, bajo el hálito y frío tenue precursor de las grandes nevadas de las Villuercas, mientras que los dos visionarios, acurrucados uno contra otro en un ángulo de la caverna, se agitaban convulsos bajo los embates de la pesadilla.

Ésta tomaba en sus cerebros todos los macabros proteismos de las ansiedades contrariadas, unidas al miedo que la soledad, el silencio y el sitio infunden en seres naturalmente supersticiosos. Ora se creían obligados á perpétuo cavar bajo siniestro conjuro, y cavando más y más iban labrando su sepultura, sima insondable, á los pies de los maragatos. Ora cerraban éstos los ojos, despertados por el ruido de mil monedas de oro cayendo con extraño tintineo sobre las piedras y alzaban sus mazas hercúleas, tamañas como calabazas de huerta, prontas á descargar un golpe de muerte sobre los temerarios logreros. Ora, en fin, y esto sí que era horrendo, parecían salir del suelo mismo entre ayes de dolor unos resplandores siniestros, seguidos de tenues nubecillas del clorótico fulgor de la luna, fuegos fatuos que se condensaban en mil formas cambiantes, con colas, garras, trompas, agujones, cornamentas, aletas y patas, medrosas, bailando en torno de ellos una danza walpúrgica que terminaba siempre con un estallido de trueno ó una caída infinita, cuyos terrores sólo pueden ser comprendidos por quien haya sufrido una vez siquiera los vértigos de la meningitis.

Aquellos manes del averno, aquellos afrites tremebundos reían, aullaban, chillaban, rugían, balaban y blasfemaban todo junto, ante el temor de que les arrancasen su tesoro, y los ecos á su vez iban prolongando y agigantando aquel estruendo, hasta semejar como si la montaña entera se hundiese en un último y supremo paroxismo.

El miedo pasado por entrambos neuróticos en aquella noche memorable no se podría pagar con todos los tesoros del mundo.

Así les sorprendió á los esposos el nuevo día, y faltos de todo, menos de aprensión y miedo de la noche anterior, optaron por volverse al pueblo y traer algunos de sus compadres para que les ayudasen, aunque tuvieran que partir con ellos. Al fin y al cabo el tesoro daba para todos.

Pero tercios y un punto egoistas, como buenos extremeños, aun no dieron el brazo á torcer. Encariñados siempre con el objeto de su tormento, todavía tuvieron alientos para dar aquí y allá otras *cavochaditas*. Para los que no los tuvieron, ni en su supersticiosa condición podían tenerlos, fué para arriesgarse á pernoctar otra noche como la de marras en la cueva.

Cabizbajos, malhumorados y hasta excépticos sobre el tesoro, descendieron por la ladera, y, muy entrada la noche, se metieron en casita, tan inadvertidos como á la salida.

Mas ¡oh poder de la fantasía extremeña que para cosas de éstas sólo tienen rival en la gallega, como hijas que son ambas del perdido pueblo atlante, que yace sepultado en el mar, entre Europa y América! Confortados con el calorcillo de la lumbre y de la cena primero, y de la cama después, tornaron á su insano delirio de grandezas y, muy de mañana, ya estaban al habla con media docena de compadres quienes, á la simple lectura de los malhadados papeluchos, pronto estuvieron tan ilusionados ó más que ellos.

V

En dónde y cómo se encontró el tesoro.

Nada faltaba á la falange de buscadores del tesoro que de allí á dos días remontaba hacia la *Casquera de Santa Ana*;... nada más que el tesoro mismo.

Componían la cuadrilla *El Exquisito*, su mujer, su primo y dos cuñados de este último: el zapatero y el hojalatero, con sus mujeres á la cabeza, y un retirado de ejército, retirado antes de la edad y por propios *méritos*, uno de esos picapleitos sábelotodo tan indispensables en las aldeas y muy leído en cosas de espiritismo de menor cuantía. Este era, naturalmente, por su *mayor saber*, el director de la empresa.

No hay que decir con esto si las excavaciones irían bien organiza-

das. Los hombres cavaban y sacaban escombros por turno, trabajando con un ardor que es fama no gastasen jamás en sus oficios respectivos; las mujeres alumbraban con hachones de los que se emplean en el oficio de difuntos, guisaban las comidas y repartían de cuando en cuando para cobrar fuerzas, traguillos de añejo Valdelanchas con perfume de camuesa. En cuanto al retirado nunca se supo á ciencia cierta lo que hizo, como no fuese darle vueltas á las logográficas señas de los papeletes y fruncir mucho el peludo entrecejo de bisonte, cual si meditase sobre los más nimios detalles de los manuscritos.

Pasaron así varios días sin fruto.

Más de un convecino entre burlón y envidioso había subido á curiosearles la obra dándoles no pedidos consejos sobre los trabajos, entre el lento liar con la navaja de retuertas y ventradas tagarninas. Más de un compasivo pastor, dejando á las cabrias campar por sus respetos, había echado *unas manitas* con el azadón, y en cuanto á los cazadores de la sierra no dejaban pasar un día sin darse una vuelta por las obras, mientras que allá abajo, en Guadalupe, no se hablaba de otra cosa y muchos, intrigados con la significativa tardanza de los expedicionarios, se preparaban á *hacerles mal tercio* si llegasen á topar con el tesoro. Aquello llevaba trazas de constituir una vesania colectiva.

Los escombros extraídos subían más y más en la boca de la cueva, al par que iban bajando las esperanzas de los buscadores. El cansancio y la falta de víveres amenazaba provocar una crisis y las comadres aquellas, que todo lo añascaban y embrollaban, ya empezaban á hacer de las suyas con sus «pícame que picarte quiero», y sus chinchonerías, las que en dos ó tres ocasiones hubieran hecho venir á las manos á los maridos, á no verse contenidas por la autoridad, nunca hasta entonces pacífica, del picapleitos.

Pasaron más días y aún semanas, pero «la puerta principal» que rezaba el documento no se hallaba por parte alguna. La covacha, limpia de escombros, se había convertido en larga galería de mina. Cada vez aumentaban los mirones de las obras y cada vez arreciaban más en sus sangrientas *pullas*. Por fin, el retirado, como hombre de recursos, tuvo una luminosa idea que puso en seguida por obra; la de traer-se una medium de Logrosán, gran zahorí de las cosas ocultas (1).

Con la llegada de la pseudopitonisa *almorranera* las pesquisas de-

(1) No pretendemos aquí el burlarnos del Espiritismo filosófico, aunque nuestras ideas no coinciden con las suyas, sino del mercenario y farsante con que se han cobijado tantos embaucadores. El hecho de que los buscadores apelaron también á la mediumnidad es asimismo histórico.

jaron de ser físicas para ser psíquicas. Cesó de trabajar el músculo y el nervio hiperestesiado comenzó á hacer de las suyas, ora bajo los golpes de trípode que se subió á la cueva, ora con los conatos sonambúlicos de aquella miss Cook en miniatura. Los ya rematados nervios del Exquisito le traían de nuevo á la imaginación todos los terrores de la primera noche en el antro con cuantos fantasmas les bailasen macabros. Vefase ya en pecado mortal y juró en su corazón hacer confesión de todas aquellas *diablurías* así que bajase á Guadalupe.

La cosa, en verdad, no era para menos. El maldito pie del velador golpeaba de un modo siniestramente inteligente, sin que le forzase á ello mano alguna visible y empezaba á contestar con endiablada sabiduría, á cuantas preguntas preparatorias, extrañas al asunto, se le hacían, ya sobre la edad, nombres y familias de los presentes, ya sobre ciertos secretillos íntimos que los sonrojaron, ya sobre el destino ulterior de personas hacía tiempo fallecidas.

Aquello ponía los pelos de punta. Ninguno de los presentes lo habría podido sufrir sin echar á correr, si no fuese porque con medios tan sobrenaturales no podían menos de saber de una vez á qué atenerse sobre el maldito tesoro.

Lo más espeluznante fué luego la caída en trance de la medium para conseguirlo. Rígida, cadavérica, dormida sonambúlicamente, con los ojos muy abiertos, cual los de los maragatos de marras, gimió, gesticuló y con los brazos extendidos vagó unos minutos por el ámbito de la cueva, haciendo aquí y allá espasmos y muecas horribles. A la fúnebre é incierta luz de los hachones de iglesia, aquello estaba dantescamente imponente y los buscadores, acurrucaditos de terror contra las paredes, no se atrevían ni á moverse. *El Exquisito* se había desmayado.

Aquel espectro viviente de la medium se detuvo un punto al fin sobre el velador y con mano febril trazó sobre un papel unos angulosos garrapatos que ¡oh desencanto! decían:

—«Los grandes espíritus, guardadores del tesoro de las Villuercas se han apartado de vosotros por vuestra poca fe y sobrada codicia. No pueden consentir que os lucreis con el fruto del engaño á un mendigo, ni que seais más ricos para ser peores... Sois, pues, presa de una caterva de espíritus ligeros ó burlones que en la cueva habitan. ¡Purificáos en la oración!»

—¡Y en el trabajo del campo, ilustrado por la ciencia, locos!—rugió al mismo tiempo una voz severa.

Era la del médico del pueblo, docto anciano á quien la conmisera-

ción hacia aquel puñado de neurópatas le había llevado penosamente hasta la sierra.

Y con ademán sacerdotal, profético, de verdadero iluminado por la ciencia, añadió aquél mientras señalaba con las manos hacia la inmensa extensión de tierra que se atalayaba desde la boca de la cueva:

—Sí que hay oro, mucho oro en estas queridas Villuercas. Infinitamente más oro del que podéis calcular, ni prometer pueden esos papeluchos mentirosos. Pero ese oro no está en barras, ni en estatuas, ni le guarda maragato alguno más que el de vuestra ignorancia, sino que está en las venas metalíferas de su suelo; en la fuerza motriz y riqueza fertilizadora de sus aguas, y en esos benditos árboles seculares que regulan vuestras lluvias, sanean vuestro ambiente y embellecen vuestros paisajes; esos árboles á los que tan ciega guerra hacéis con descuajes suicidas que roban el pan á vuestros nietos... ¡Cuidad de vuestros castaños y vuestras huertas; estudiad vuestro subsuelo y vuestra climatología, y el oro, el oro ennoblecido por un trabajo honrado colmará vuestras arcas y moriréis felices... Entre los fabulosos tesoros de moros y moriscos hay en efecto uno certísimo que le tenéis á vuestro alcance, sin verle; y es el de los riegos y cultivos, como en las huertas de Valencia y Murcia!

Los ilusos buscadores dotados, magüer que de codicia, de ese enorme fondo de buen sentido que palpita siempre bajo la rudeza é incultura extremeñas, vieron claramente su error á la luz deslumbradora de la ciencia, en la que el anciano doctor era peritísimo maestro.

Se miraron unos á otros y sonrieron corridos de vergüenza. El sentido común recobró sus fueros y mohinos, pero aleccionados, marcharon, cada uno por su lado, falda abajo de la sierra.

De entonces data el potente resurgir de Guadalupe, porque en el cultivo de su huerta y sus castaños hallaron efectivamente un gran tesoro los antes ilusos buscadores de oro de la Cueva de los Maragatos y, por su ejemplo, todos sus convecinos.

Omnia vincit labor, que dijo el clásico.

M. ROSO DE LUNA.

SOL-VIRTUD

Ando buscando el contento
y olvido todo dolor
viendo, que por el Amor
se llega al Conocimiento.
De Amor vivo me sustento
y en *querer* mi gloria fundo:
busquen los sabios del mundo
alimento á sus quimeras;
de Amor viven las Esferas
¡Dios es grande, Amor, fecundo!

*
* *

Acompañan á mi amor
paciencia, fe y esperanza
y una *prudente templanza*
cuando más *casta* mejor.
La SOBERBIA, con horror
mira, y de toda riqueza
quisiera usar con *largueza*
en su *justa caridad*:
también la *activa* piedad
mantiene su *fortaleza*.

*
* *

Sol, de estrellas rodeado
que de tu amor encendidas
van brillantes y rendidas
viendo siempre al Sér Amado.
¡Dichoso el sublime estado
de adoración en que viven
y pues que de tí reciben
gloria tan extraordinaria,
suba á tí con mi plegaria
el alma de los que escriben!

GENERAL VALLÉS.

EL POETA POPULAR

*Al leal amigo é ilustrado escritor catalán
«El Curioso Barcelonés».*



PERMÍTASEME una breve digresión para demostrar el interés artístico de los apuntes que voy á transcribir después.... Han pasado los tiempos en que el *Verbo-espiritual* de la gran ó extensa familia analfabeta se transmitía oralmente, de unas generaciones á otras y como legado artístico, por el vehículo de los privilegiados de memoria feliz; la *biblioteca oral*, esa literatura nómada popular que desde la adolescencia del romance castellano tuvo dominio extenso en nuestras regiones—testigo de ello es el Romanero, el Refranero, el Cantar *geográfico*, etc.—toca ya sus últimas horas vespertinas; la evolución de una sociedad pretérita rindió especial culto al progreso mecánico de Marinoni, el gran revolucionario en el arte de imprimir, y la impetuosa lluvia del cosmopolitismo enciclopedista ha remojado el alma de la clase popular; hasta los llamados «pliegos de cordel», que en época no lejana llenaron un vacío entre los tocadores del rabel, pandero y zambomba, sosteniendo, aun con adulteraciones, el *saber clásico* del pueblo, han degenerado en *crónica-negra* ambulante, cuyo mercantilismo debiera ser castigado con la mayor severidad... Verdaderamente, las prensas *deben gemir* cuando sirven de medio para *ciertas cosas*, pero sentirán balsámico consuelo cuando se agrupan sus pedacitos metálicos y componen un algo aprovechable para el mundo ilustrado; y puesto que esa evolución mecánica es ley universal, acatémosla con respeto y entusiasmo, que al fin y al cabo tiene mucha razón Eugenio Pelletán (*) al juzgar que «la

(*) Profesión de fe del siglo XIX, págs. 316-317,—Edición del año de 1854. Madrid.

prensa, esta voz de la humanidad, habla al espacio como la sibila. Dice, y la palabra dispersada al momento hiere al instante todas las inteligencias. Sucede al destino y al oráculo de la razón. Cada día enseña algo. El aire está lleno de palabras. Cada hombre, toma y da á cada hombre lo que tiene de mejor, y completa por medio de este cambio el déficit del pensamiento; porque el cambio tiene eso de divino, que todos ganan siempre en el cambio. La filosofía halla al pueblo preparado por los periódicos para comprender la promesa de la nueva alianza; sale del misticismo de la escuela para tratar con el sentido común; consiente en ser popular, práctica, comunicativa, ecléctica, en la verdadera acepción de la idea; rechaza para siempre la brutal doctrina de la sensación, esta muerte metafísica de la inteligencia; proclama la doctrina del progreso, la revelación continua de la historia, la inspiración divina de la razón, la religión permanente de la humanidad»... Acatémosla y sirva de vocinglera para la ciencia del *Folk-Lore* español, cuya indiscutible importancia se ha demostrado tantísimas veces por maestros nacionales y extranjeros; acatémosla y sírvanos hoy para dedicar un apunte al poeta popular, ya que la muerte del clásico «pliego de cordel» es inevitable...

Creo que todos hemos tropezado con alguno de esos tipos populares que, apenas vistos, conquistan primero nuestra benevolencia y seguidamente nuestra simpatía más sincera; la *chispa* espiritual de estos tipos hace brotar entre las arideces de la indiferencia social muchas y puras emociones artísticas, encantándonos con la contemplación de bellezas naturales, semejantes á las que nos ofrecen los policromos valles primaverales. No debemos confundir estos *tipos espirituales* con los *espirituosos* ó anormales *per accidens*: los primeros provocan admiración y se elevan sobre el espíritu vulgar, son elegidos por sufragio universal espontáneo; su chispa señala la procedencia del fuego divino del genio: los segundos consiguen un momento de atención, momento en que dura el juicio comparativo que los clasifica dentro de la escala que empieza en un macaco y termina antes de pisar el sitio del hombre responsable. Entre el *Garibaldi* madrileño, legítimo representante de Baco, y un poeta popular cualquiera, se ven marcadas las diferencias, aunque equivocadamente se les iguale en popularidad; esto no es más que otra corrupción del sufragio universal en la elección del Espíritu-pueblo...

El poeta popular lleva consigo la fiebre creadora del Arte; no tiene noticias del *Arte Poética*, de Horacio; desconoce las reglas preceptivas; su vocabulario es reducido... y sin embargo, rima sus ideas con

oído especial, demostrando que las dos «hermanas gemelas» no necesitan de la lírica erudita para fundirse en apretado abrazo. En estos tipos hay siempre poeta que piensa alto, siente hondo y habla claro, si tenemos en cuenta el *plano* de su cultura; por esta razón á priori y casi indeliberada conquistan el aplauso general. ¡Cuánto ganarían muchos escritores, manufactureros de la *forma literaria*, si recordasen prácticamente el viejo aforismo de «el poeta nace y el escritor se hace.» ¡Y ganarían por ellos mismos! que en resumidas cuentas son los engañados y tarde lo llegan á comprender, cuando pasan los años y en el balance intelectual observan que padecen de un déficit irremediable ante la cuenta del Tiempo, déficit originario de confundir la aptitud natural con el laborioso artificio; ese artificio que hace abortar la producción literaria, ó la concede pocos días de vida después de nacida... Para nada se necesitan los ejemplos; la emoción estética nunca podrá producirse sin el potencial del *acumulador*...

Allá, en la tierra que sirvió de cuna al que escribe este apunte, hubo una época en que nuestro querido é inolvidable poeta Adelardo López de Ayala despertó la afición al pensamiento rimado; larga é inútil resultaría la tarea de enumerar nombres y producciones más ó menos eruditas que en aquellos años se hicieran, para bajar al panteón del olvido. Los rimadores creyeron que con una poca de picardía y un perfecto conocimiento de *las reglas* había bastante para seguir por el camino en que Adelardo sembraba los laureles; muchos años tardaron en convencerse de que todos eran «lugares comunes». Es decir, todos no lo eran, pues dos modestísimos vecinos de Guadalcanal obtuvieron la «sanción popular»—que dice J. Costa—: dos improvisadores llamados el *Botinero* y *Lazo*.

El *Botinero* sabía leer y entretenía sus ocios en hacer pacotillas ó comentarios sobre asuntos locales, al estilo de Pepe Estrañi. Grande fué el número de sus improvisaciones, pues rimaba con extraordinaria facilidad, pero no hemos podido recoger más que las que se transcriben en este trabajo.

En cierta ocasión, el *Botinero* fué á Madrid. Entonces D. Adelardo López de Ayala era presidente del Congreso, y aquel no pudo resistir á la curiosidad de presenciar una de las Sesiones presididas por el poeta; aunque consiguió papeleta especial, sin embargo, tuvo cortedad y fuese á ocupar *lugar en la cola*, logrando entrar en la tribuna pública. Cuando regresó á Guadalcanal le preguntaron y él contestó:

«Metido yo entre la gente
de la popular tribuna,

tuve la grande fortuna
 de poderme recrear
 en una hermosa figura,
 tan llena de majestad,
 que se mesaba la pera
 sentado en su pedestal;
 y lleno de admiración,
 de ver tanta gallardía,
 á mi pobre corazón,
 con júbilo, le decia:
 —¡Es posible que yo vea
 al que hizo en Alcolea
 el gigantesco papel
 de tenerse que entender
 con un bravo general,
 herido y contrariado,
 y un ejército, además,
 que estaba tan disgustado;
 y de que oyeron su voz,
 aquel hermoso lenguaje,
 toda la ira y rencor
 se convirtió en homenaje,
 rindiéndole vasallaje
 todo el Estado Mayor!»

(Nadie lea ese espontáneo desahogo con ojos de preceptista... Preferible es esto que los retumbantes epítetos de Cañete...)

—

Otra vez y en un corrillo se ocupaban algunos vecinos acerca del *modo de obrar* del Juzgado y del Ayuntamiento que entonces *disfrutaban*. El *Botinero* estaba presente é intervino con los siguientes comentarios:

«Entre el Juez municipal
 y su digno Secretario,
 tienen hechos más milagros
 que la virgen del pilar».

—

«Aun cuando algunos letrados
 se propongan disfrazar

lo blanco con lo encarnado,
 el tren de administración
 de aquesta localidad
 se encuentra descarrilado;
 porque el primer maquinista,
 que es un simple fogonero,
 cuando el silbato le avisa
 duda si da ó quita freno...
 Y como tienen las vías
 curvas y cuestas abajo,
 si no entiende quien lo guía
 va seguro á algún fracaso;
 y luego los pasajeros,
 que son los contribuyentes,
 de todos los accidentes
 cargarán con el mochuelo...
 Luego el Alcalde primero
 quiere proclamarse rey,
 atropellando la ley
 con sus modales groseros;
 y me parece mentira
 que este pueblo, siendo grande,
 tenga que supeditarse
 casi á una caballería.

He aquí las semblanzas que hizo de dos personas; la una, de un prestamista ó sanguijuela de primera fila; y la otra, de un pillastre que tuvo habilidad para engañar á algunos padres de familia que constituyeron un depósito de dinero para librar á sus hijos del servicio militar.

«Si quereis analizar
 de ese hombre su valía
 teneis todos que juntar
 vuestra opinión con la mía,
 teniendo que confesar
 que el pobre de Ruibal (*)

(*) Anibal, era un mendigo á quien nadie podía hacerlo trabajar.

más honradez poseía:
 porque este infelíz tenía
 solo la monomanía
 de no querer trabajar,
 mientras que el otro zorzal,
 tiene muy acreditado
 que es un gato solapado
 por donde quiera que va».

—

«Si mirais á don (Fulano)
 con alguna detención,
 os parecerá que es bajo,
 pero estais en un error,
 porque lo tiene medido
 al metro de la razón,
 y se destaca su altura
 sobre el mayor picarón;
 que en diabólicos empeños
 nunca jamás se durmió;
 y siega con su guadaña
 la mies de los intereses
 del que tiene la desgracia
 de con él hablar dos veces;
 que su palabra de almibar
 es reclamo de perdiz.
 á donde acude engañado
 más de un vecino infelíz;
 y que la ley del Reemplazo
 la tiene tan estudiada,
 que le juega una tostada
 hasta al Ministro del ramo.

—

Ya digimos que el otro poeta popular se le conoció por el apellido de Lazo; cuyo apellido pasó á ser sinónimo de satírico, burlón, etcétera. «Ese es un Lazo», suelen decir en Guadalcanal del hombre que se pasa la vida riyéndose de los demás. La mayor parte de sus improvisaciones no pueden transcribirse, porque Lazo fué aficionado á rimar cuantas historietas eróticas corrían por el pueblo; pero lo sabía hacer

con gracia tal que se le dispensaba el *verde cultivo*... Es lástima que no podamos apuntar algunas rimas, que de ningún modo convienen al carácter de nuestra REVISTA, especialmente un diálogo ingeniosísimo entre lavanderas murmuradoras.

Fué también improvisador rápido. En cierta reunión donde se hallaba Lazo, uno de los concurrentes, gran vicioso, por más señas, tiróle de la lengua para que digera alguna de sus frecuentes chanzonetas. El aludido no se hizo de rogar é inmediatamente dijo:

«Manuel tienes por nombre,
y Ortega, por apellido;
y en toda clase de vicios
te encuentro muy pervertido.
Á tí te gustan los naipes,
el billar y la escopeta...
¡Pues ya no te falta nada
para. . . . !»

Otro día corrió por el pueblo, de boca en boca, un suceso cómico-dramático. Al enterarse Lazo hizo la siguiente pacotilla:

«Un maestro zurrador,
con una vara de oliva
estaba esperando una *rata*
que entraba en su tenería.
Y aunque la *rata* era amiga,
grande paliza llevó...
¡No se han de *coger* palizas
en casa de un zurrador!»

Con motivo de un proceso instruído contra el Ayuntamiento, compuso esta rima:

«A un Secretario goloso
lo llamaron á la Audiencia,
por cierto *queso famoso*
que perdiera la existencia.
Como el Fiscal acusaba
de *ratón* al Secretario,
sumándole un gran sumario
de muerdos y dentalladas,

el Secretario dijo:—Señor;
figúrese bien usía
que en casa de un servidor
hay una gata bonita,
á la que buscan los gatos
para hacerla el amor
y lamer todos los platos;
figúrese que la gata
llega á estar muy dolorida
cuando ve que nada cata
en despensas y cocinas;
cuando ve que los demonios,
falsos gatos, falsos novios,
se han comido medio queso,
que guardaba la familia
por ser cosa del Concejo,
cosa de comer prohibida.
Y viendo la pobre gata
que en la culpa está metida,
y que la gente sensata
le atribuirá la comida,
toma la gran decisión
de comerse el medio queso;
y ya que hubiera proceso,
se aguante con atracón.

—
Y basta con los anteriores apuntes para que sirvan de testimonio
del espíritu poético del pueblo.

R. GARCÍA-PLATA DE OSMA.

Alcuéscar, 1909.

POR EL CAMPO DE LA MITOLOGÍA GRECO-ROMANA

Apunte.



LA mitología greco-romana es eco lejano también de la Doctrina Arcaica, conjunto, como sabemos, de verdades trascendentes en Ciencia y Filosofía. Nosotros no pretendemos en este apunte sino echar una ojeada sobre ideas sueltas cogidas al azar en la obra de Gerbhardt, «Los dioses de Grecia y Roma».

La primera Tríada que aparece en la teogonía de Hesiodo es la de Caos, Gea y Heros, pero el sentido de estos tres nombres, no es el que vulgarmente se le adjudica, sino otro harto más excelso.

Caos no es la imagen del desorden, de la desolación y de la muerte, sino sencillamente las Tinieblas Desconocidas, en las que se anulan nuestra razón y nuestros sentidos, el Seno Abstracto de la Seidad No-manifestada del que emana el Universo y á cuya Nada-Todo ha de volver en el último día de su existencia finita. Es, en suma, el Zero-Isthar ó Zoroasther primitivo, el Aun sanscrito, el Inefable caldeo-judío; el En-Soph cabalístico; la Seidad, en fin, no limitada por el tiempo, el espacio ni la existencia: un Todo para el Espiritu y un Caos para la razón.

Gea no es tampoco nuestro planeta Tierra, sino la Raíz de la Materia, el Mulaprakriti sanscrito, el Akasho indostánico, el Bithos ó Materia Prima de los ofitas, etc. Algo que es el Cuerpo del Supremo Espiritu al manifestarse temporalmente como Universo.

Heros ó Eros equivale al Verbo de los gnósticos; al Logos de San Pablo; al Christos ó al Ennoia ofita; al Orus egipcio; es el lazo de la Inteligencia del Cosmos; doble en su propia naturaleza de Entendimiento y de Amor, alma del Universo que liga á la Materia Prima con

el Supremo Espíritu, constituyendo los tres el Adam-Kadmon ó Hombre Celeste.

De esta Trinidad primitiva que es en su unidad la Mónada Pitagórica, nace la Duáda del Erebo y la Noche y del Eter y el Día, alusión concreta al mismo fenómeno anterior ó Nacimiento del Logos del Seno de las Tinieblas Desconocidas y de aquí, por último, nacen Urano y Atlas ó sean el Cielo y la Tierra nuestra; es decir los soles del firmamento; los planetas que constituyen el cortejo de estos soles y el mundo que habitamos, cuerpo de la Humanidad como conjunto.

De la Unión de Urano y Gea, ó sea del lazo evolutivo que liga á la Tierra con los demás planetas, nace Océano ó las aguas primordiales, fuente y asiento de toda vida. Gea es ya la Tierra en sentido estricto, dando nacimiento á doce Titanes, seis varones y seis hembras; si bien dentro del criterio de correlación que reina en el Universo, la alegoría puede aplicarse en sentido estricto ora á solo la Tierra formada sucesivamente por seis dobles evoluciones espirituales y físicas con más la suprema ó síntesis; ora en sentido lato, á la doble evolución de los seis planetas inferiores (el extramarciano desaparecido, Marte, la Luna, la Tierra, Venus y Mercurio) y al gran planeta futuro síntesis de esta evolución y el sexto planeta á su vez de otra serie más excelsa, formada hasta hoy por un planeta trasneptuniano, por Neptuno, Urano, Saturno y Júpiter, y de cuya síntesis ulterior ha de formarse un Sol satélite compañero del que nos da luz y la vida (1). Una interpretación más amplia todavía haría coincidir la alegoría con la primeramente expuesta, que abarca á todo el Cosmos como Síntesis.

La lucha eterna de la Materia con el Espíritu; del Progreso con el Orden; de la Inercia con el Movimiento, está simbolizada con el mito greco-latino por las luchas entre los Titanes. (Las entidades progresivas y redentoras, los Rebeldes de todas las Teogonías) y los Dioses (las Inercias; los que no quieren comunicar á los mortales el Sagrado Fuego, el Fuego del Espíritu). Hay tres momentos idénticos en estas rebeldías, que aluden á tres evoluciones astronómicas diferentes: a) la que formase al planeta Saturno *destronando* á su padre Urano de su trono planetario (como gran planeta el más vecino entonces al Astro-Rey) y alzándose en su lugar, gracias á la madre Gea, que le da las armas evolutivas. Esta formación del planeta Saturno se operó, como todas, á costa de las masas de seis planetas pequeños, como los actua-

(1) Para mayores detalles pueden verse nuestros «Comentarios á la Genealogía del Hombre, por A. Besant», publicados en «La Verdad» de Buenos Aaires.

les del que la Tierra es el cuarto planeta y de aquí la leyenda de Saturno devorando á sus hijos, ó de los dados de Baco y su cuerpo recomponiéndose de los mil fragmentos en que la serpiente Tiphon le dividiese. El brevaje de Metis ó sea la fuerza de la evolución cósmico-planetary, le hace devolver estos hijos devorados, en alusión clarísima de la formación subsiguiente de otros seis planetas pequeños.

b). La evolución que formase después al gran planeta Júpiter, sobre la base del sexto Titán rebelde á Saturno, ó sea la síntesis de otros seis planetas pequeños que, al constituir la masa de Júpiter, hiciese que éste *destronase* á su padre Saturno.

c). La evolución actual de los seis planetas menores, ya dichos, entre el Sol y Júpiter, nuevos Titanes sublevados contra este dios y que algún día, formando otro gran planeta, habrán de sustituir á Júpiter en el rango que actualmente ocupa.

*
* *

Prometeo, hijo de Jafet, y de Asia y nieto de Océano, moldeó al hombre y Minerva le puso la mariposa del alma sobre su frente. Ansioso de hacer bien á la humanidad, robó para ella el Divino Fuego é irritado Júpiter por su osadía, dispuso que Vulcano, con fuego, agua y tierra, formase á Pandora, á quien Minerva dió sabiduría, Venus encantos y mente Mercurio. Pandora, que es Psiquis ó el alma humana enamorada de la Sabiduría Celeste en la hermosa fábula de Apuleyo (1), desciende á las regiones infernales, con orden de llevar á Venus la cajita misteriosa que encierra los secretos de la belleza. Víctima de su curiosidad femenil abre la caja con Epimeteo y los males que ésta encerrara se esparcen por la Tierra; Pandora aterrada la cierra cuando aún no había salido el último de los males: la Esperanza. Prometeo es encadenado en el Cáucaso; un buitre le corroe eternamente las entrañas, hasta el lejano día en que ponga fin á su suplicio «el hijo adorado de un padre enemigo» (Tragedia de Eschilo), despojando de su imperio al propio Júpiter, porque el dios de los dioses ha de contraer un enlace del que habrá de nacer un hijo, más grande y poderoso que su padre y que libertará á Prometeo. Con ello se cumplirá por completo la maldición pronunciada contra Júpiter por Saturno, cuando éste fué destronado y desterrado á Italia por su hijo. Mercurio, el dios de la

(1) Para estudiar esta leyenda, debe recurrirse al excelente libro del Dr. Bonilla San Martín «El Mito de Psiquis, un cuento de niños, una leyenda simbólica y un tratado de Filosofía».

Sabiduría había profetizado á su vez la venida futura del magno hijo de Júpiter, quien, sustituyendo á Prometeo en sus dolores, consentirá en descender, lejos de la celeste luz á las mansiones de Plutón en el Tártaro.

No puede ser más clara esta sublime alegoría. Prometeo es el prototipo de la de quinta Raza ó Aria; por eso nace de Jafet en lo espiritual y de Asia en lo físico y es en sí el mayor de los Titanes; el sucesor de los Atlas ó cuarta Raza libio-ibera, por otro nombre Atlante. El extraordinario desarrollo de su mente se simboliza en su obra perfecta: el Hombre, para quien roba el Fuego del Pensamiento, que, como divino, es solo patrimonio de los dioses, pero no de los mortales. De aquí la maldición de Júpiter ó el Destino contra él, consistente en las dolorosas reencarnaciones cíclicas que de raza en raza y de peldaño en peldaño han de llevar á la humanidad á la conquista de un celeste destino; á la apoteosis de la Tierra como planeta y á la ulterior formación del sexto gran planeta futuro (7.º ó síntesis de la serie de la Tierra), llamado Budha, Hermes, Osiris, etc., por las teogonías, Este sexto gran planeta ó por mejor decir, su Amshaspend ó Espíritu Planetario, es «el hijo adorado de un padre enemigo» (Júpiter); es el Christos gnóstico que, descendiendo á las regiones infernales ó mundo inferior terrestre, sustituye á Prometeo, libertándole á costa de su propio sacrificio Kármico, llamado á completar la evolución planetaria inferior, que ha de dar un sucesor, un «destronador» de Júpiter, cual Júpiter destronase antaño á su padre Saturno y Saturno á Urano, su padre respectivo.

Pandora, como Psiquis, es el Alma humana enamorada de este Heros divino, al que ha presentido con su intuición, pero aún no ha visto con los torpes ojos de su mente. La curiosidad, alma de todos los fracasos primeros y motor evolutivo de todos los éxitos definitivos, impulsa á Pandora á abrir la caja fatal, como á Eva cuando comiese del fruto prohibido, el fruto agridulce del Arbol del Conocimiento ó del Bien y del Mal que en la inteligencia se simboliza. Los males, nacidos todos de las imperfecciones de una mente no domada y embrionaria se extienden por la Tierra pero queda siempre la Esperanza, la celeste Promesa simbolizada en Aquel Mesías astronómico, más excelso que el propio Prometeo y que ha de ser cima y corona de toda esta evolución planetaria futura.

Io ó Iao, es una diosa inferior, que representa por un lado al Jehovah judío ó Macho y Hembra y astronómicamente al par conjugado de la Tierra y con la Luna, base física de aquella evolución fu-

tura. Es hija de Inacho, dios-río fecundador de Argos y fué transformada por la celosa Juno en novilla (alusión á su evolución incipiente) y guardada por el Argos de cien ojos ó Tifón, símbolo de todas las inercias evolutivas. Una mosca pertinaz atormenta á Io (la ignbrancia, la duda) y la hace huir hacia el Cáucaso, sagrada montaña de iniciación en la que topa con el Hierofante Prometeo. Eschilo describe en su tragedia el sublime diálogo entre el Iniciador y la neófito.

Io pierde la razón, porque al recibir la Palabra Sagrada, adquiere la Paz que sobrepuja al entendimiento, pero el oráculo de Themis (Karma, Justicia ó Destino) le anuncia que por su frente pasará amiga mano, á cuyo contacto nacerá Epafo en la Argólida y, gigante indomable, hallará fuego más poderoso que el rayo; voz más impetuosa y potente que la del trueno. Epafo es, pues, otro de los múltiples nombres del gran planeta futuro. Io tuvo altares en Egipto bajo el nombre de Isis y aparece en los antiguos monumentos con el niño Horus (Epafo) sobre su regazo. Una vez que este *niño* haya nacido, será perseguido de muerte por la esposa de Júpiter, pero los curetas ó coribantes (sacerdotes iniciados) le harán desaparecer. Su madre Io, tras larga peregrinación en su busca, le halla al fin en Siria, criado por la reina de Byblos (la Pitonisa ó Sibila, guardadora de los Cánones Sagrados, donde están escritos todos los cósmicos misterios del Destino).

*
* *

La existencia de las Sibilas, dice el historiador Cantú, es universal y su aparición histórica casi simultánea en diversos lugares de la Tierra. Su existencia y la de sus Libros Sagrados tiene tanto grado de certeza como cualquier otro hecho de la historia antigua. Entre todas ellas, que moraban durante siglos en apartadas y misteriosas cavernas, median relaciones muy íntimas, cual los vínculos que han ligado siempre, á través del tiempo y del espacio, á todas las Fraternidades Ocultas del planeta. El propio Gebhardt dice que el misterio que envuelve á su memoria es un eco indudable de Tradiciones Primitivas, desfiguradas bajo el grosero ropaje de la fábula, gracias al cual han podido conservarlas, de generación en generación, las indoctas multitudes.

Casandra, la primera Sibila para los griegos, obtuvo de Apolo el don de profecía, á cambio de su amor, que luego le negó. No pudiendo el dios retirar la su palabra, la hubo de condenar en desquite á no ser jamás creída. Esta es una alusión evidente á la Doctrina Secreta,

que jamás halagó á los poderosos y que, pan de los humildes, jamás es por los poderosos creída.

Cumas fué la colonia griega más antigua de Italia. Su Sibila presentó una vez los nueve Libros Sagrados á Tarquino, pidiendo por ellos un precio exorbitante sobre toda medida. El rey reusa aceptarlos y la Sibila quema impasible tres de ellos y pide otra suma aún mayor por los seis que quedan. Segunda negativa del rey y segunda quema de otros tres libros por la Sibila. Aterrado el rey la detiene cuando ya iba á destruir los otros tres últimos y la otorga cuanto pidiese. Fueron llevados los tres últimos libros al Capitolio y custodiados allí en urna de pórfido lejos del alcance profano hasta que el incendio del Capitolio en tiempos de Sila (¿Si-bi-la?) los hace desaparecer. El Senado romano prevé las calamidades que con tamaña pérdida va á descargar sobre la república y envía solícito comisiones sacerdotales á Cumas, Grecia y Asia, para reconstituir el tesoro perdido. Desde entonces acudió á ellos la república en religiosa solemnidad cuando sobrevinían circunstancias muy críticas, celebrando fiestas *«en honor de un Dios de ignorado Nombre y en forma ritual todavía desconocida»*. La Egloga IV de Virgilio se deputa como una alusión honda á semejante Rito. Los Padres primeros de la Iglesia citan con respeto á la Sybilla Cummana y el canto elegiaco del «Dies irae» se invoca su testimonio para robustecer el del propio profeta David. Marcio, ciudadano y acaso sacerdote romano vaticinó el desastre de Cannas y dijo que la institución de la disciplina sibilina era el único medio de salvar la República. Pocos años después la peste se enseñoreó de Roma y el Senado restauró la fiesta sibilina, celebrándose anualmente el día 5 de Julio, en lo que el terrible azote cesó. Cuéntase en cierta antigua leyenda que, reunido el pueblo para la fiesta, cayó el enemigo de improviso sobre él, pero surgió no se sabe de donde una lluvia de certeras flechas y los romanos pudieron volver en seguida á sus juegos en honor del Dios Salvador, sin que el sacerdocio hubiese siquiera interrumpido sus cánticos. A la vista del oráculo de Apolo en Actium obtuvo Augusto su victoria sobre Cleopatra.

*
* *

Autores hay, dice Gerbhardt, que creen, siguiendo á Plinio, que el nombre de Roma fué el vulgar, pero tenía otro nombre secreto, acaso relacionado místicamente con el de Romaka-pura de que nos hablan las tradiciones orientales. La revelación de este nombre era

castigada con la muerte. Macrobio piensa si sería tal nombre el de Valentia. La conexión de esto con el sacerdocio etrusco-atlante, de tan obscura historia, es evidente. Acaso algún día descubra la prehistoria algo relativo á las luchas de los iniciados etruscos de Italia con los pueblos sepultados más tarde en la gran catástrofe atlántica, á la manera de la relación que los sacerdotes de Sais hicieron á Platón y que éste inserta en el *Times*.

Marte, al decir de las leyendas, lleva á Rea Silvia á un monte hospitalario, á la manera usual de los mitos de esta índole, para que pudiese dar á luz á los dos gemelos Remo y Rómulo, lejos de la persecución del tirano Amulio, quien, apoderándose al fin de ellos, los manda arrojar al Tiber. Las aguas del desbordado río salvan piadosas á los tiernos infantes, al modo como á Moisés le salvan las aguas del Nilo, en clarísimo simbolismo de la gran catástrofe atlante que la fábula romana, como la fábula bíblica conmemoran. Remo y Rómulo son llevados al desierto, como el pueblo israelita y como más tarde Jesús y allí bajo la higuera Ruminal, como á Buddha bajo el árbol Bodhi, ó Arbol de la Sabiduría, se les revela el inmenso destino de su pueblo, que, siglos más tarde, ha de ser épicamente cantado por la *Eneida* de Virgilio. Acompaña é instruye á los dos jóvenes el jefe de los Reyes-Pastores (ó Iniciados que los condujesen y salvarsen de la catástrofe atlántida). Tratando luego de fundar su Ciudad (místicamente su Fraternidad iniciática) consultan los Auspicios, es decir, estudian las claves astrológicas de la evolución de los pequeños y los grandes planetas, tal y como las describimos al comentar la leyenda franco-española del «Caballero del Cisne» (Lohengrín) contenida en «El Mito de Psiquis» del Dr. Bonilla San Martín (1). Remo ve seis buitres (los seis planetas de la evolución inferior), pero Rómulo ve doce buitres (las dos series completas planetarias, ó mejor dicho, los místicos zodiacos de las doce Jerarquías Creadoras de que nos habla la «Genealogía del Hombre», de Annie Besant) y es erigido en sacerdote y rey. A los dos hermanos el surco ó recinto amurallado de la ciudad, (demarcación de los deberes de la Fraternidad Oculta). Remo los trasgriete y es muerto por Rómulo. Para aplacar sus manes se establecen las fiestas Remurales ó Lemurales. Nunca sucede á Rómulo y crea las cronologías romanas, pero muere por una imprudencia cometida en la mágica evocación del rayo ó del fuego. La historia del pueblo-rey

(1) Los detalles de esta admirable y sin par leyenda cosmogónica, pueden verse en nuestros citados «Comentarios á la Genealogía del Hombre».

continúa luego del modo consabido, hasta abarcar con su Derecho al mundo.

*
* *

Un estudio profundo del mito greco-romano establecería la continuidad más perfecta entre los restos atlánticos de los libio-iberos, con las iniciaciones ulteriores de los ario-caldeos y los ario-egipcios. El mito astronómico caldeo se vería contenido con toda su pureza entre los etruscos, como entre los lituanios y los druidas. Veríase también, sospechamos, á toda la cultura ocultista de la cuenca mediterránea desde Egipto y Caldea hasta los últimos Kabalistas, cultura que ha tenido por centro al Mar Latino y por eje de dispersión la serie de montañas que, arrancando de la meseta de Pamir, se prolonga por el Irán, la Armenia, el Cáucaso, los Kárpatos y Balcanes, los Alpes y el Pirineo.

Todos los grandes imperios que recuerda nuestra corta historia, han afectado directamente á esta zona. Los demás yacen en una penumbra histórica que convendría muy mucho se desvaneciese para asentar las bases de otra historia más verdadera y amplia y más en armonía con la que el Planeta nos enseña.

R. DE L.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La Escultura Hispanocristiana de los primeros siglos de la Era, por JOSÉ RAMÓN MÉLIDA, de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, Director del Museo de Reproducciones Artísticas.—De **Pequeñas Monografías de Arte**, Revista mensual ilustrada de Arquitectura, Pintura, Escultura y Artes decorativas.—Madrid. Imprenta de Bernardo Rodríguez, calle del Barquillo núm. 8. —1908, 27 págs.

Concrétase esta interesante monografía á la escultura cristiana desde el siglo III al VII ú VIII, en España, según las muestras que nos ofrecen veintiséis sarcófagos, que son los propiamente escultóricos que se conservan ó conoce el docto académico.

«Este estudio—dice—fácil en Roma, donde existen colecciones numerosas de análogos monumentos; fácil en Francia, donde el Museo de Arlés atesora más de ochenta sarcófagos romano-cristianos, es difícil en España, porque sus elementos se hallan dispersos en iglesias y museos, siendo, por lo mismo, más necesario agruparlos en un trabajo de conjunto como el que, por vía de ensayo, vamos á ofrecer aquí.»

Y este *ensayo*—aunque por la pericia con que está desarrollado bien merece otro nombre—nos enseña de qué manera tan velada, los cristianos, en los días de persecución, exornaban sus sepulcros, con escenas, aun tomadas de los mitos paganos, que ellos interpretaban conforme á sus creencias, y que son seguramente los de mejor arte. Los hay apreciables después de la paz de la Iglesia (año 313), con representaciones bíblicas y marcado estilo romano, y la decadencia se acentúa desde el siglo V pudiéndose atribuir al VII ú VIII el de Briviesca, de bárbara factura y difícil interpretación. Son de notar también los que muestran influencias bizantinas y griegas, como el de Écija, «ejemplar único y notabilísimo» descubierto en 1886 en la iglesia de Santa Cruz, en el que se ve esculpido el sacrificio de Abrahán, el Buen Pastor, en el centro, y Daniel en la cueva de los leones. Tiene epígrafes griegos.

Mucho agradecemos al Sr. Mélida el ejemplar que nos ha remitido de esta monografía, tan interesante para orientarse en ulteriores descubrimientos y tan magistral en cuantas observaciones encierra.

Les Camps de Scipion a Numance.—*Deuxième rapport (Fouilles de 1907)*, por A. SCHULTÉN.—24 págs.

El ilustre profesor de Erlangen autor del artículo que citamos, in-

serto en el número correspondiente al primer trimestre del corriente año del *Bulletin Hispanique*, y del cual artículo ha hecho tirada especial, remitiéndonos un ejemplar que agradecemos, goza ya de renombre bien justificado por sus felices investigaciones en Numancia, de que hubimos de leer otro trabajo, el año anterior, en el mencionado *Bulletin*.

En éste de ahora, traducido al francés por el Dr. A. Florance, nos describe los siete campamentos de Escipión por él descubiertos, ilustrando el texto con fotograbados, dándonos minuciosa noticia de los objetos encontrados.

Propónese, en la cuarta expedición que haga, terminar las excavaciones de Castillejo, lugar en que se asentó el campamento más importante, el cuartel general, sin duda alguna, de Escipión, donde han aparecido restos de fortificaciones aún más antiguas; y, como remate de su estudio, levantar un plano de los alrededores de Numancia, que comprenda cuantos datos topográficos y arqueológicos han revelado los recientes descubrimientos.

S.
